

Defensa de la lectura

La población española vive de espaldas al libro. En 1993, por ejemplo, el 50 % de los españoles no leyó ni un solo libro, lo que supone un bajísimo índice de lectura, que sitúa a España en el puesto décimo entre los doce países de la Comunidad Europea (aunque, paradójicamente, sea el segundo país productor de libros). Otros datos, como el analfabetismo funcional creciente, las dificultades de la escuela para formar lectores competentes, la incapacidad institucional para impulsar planes de fomento de la lectura coherentes y eficaces, la ausencia del libro en las televisiones públicas, vienen a demostrar la escasa importancia que el libro y la lectura tienen para la sociedad española.

Hoy más que nunca parece, pues, necesario salir en su defensa, y a su defensa dedicamos este número especial de *CLIJ*, que hemos preparado inspirados en *El defensor* de Pedro Salinas, espléndido libro de ensayos sobre el lenguaje y la literatura (editado por Alianza y del que reproducimos algunos fragmentos seleccionados por el catedrático de literatura D. José

García López) y en colaboración con la Fundación Círculo de Lectores. Dicha Fundación patrocinó el II Seminario «La sociedad lectora», que, organizado por la Dirección General del Libro y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, se celebró en Madrid el pasado mes de febrero, y en el que participaron, entre otros, el filósofo Emilio Lledó, con un magnífico discurso inaugural, los escritores José M^a Merino y Luis Landero, y el escritor y periodista Pedro Sorela, con sendas ponencias que reproducimos en la primera parte de la revista.

Además, y para ampliar el abanico de opiniones, hemos buscado otros *defensores* como los críticos Constantino Bértolo y Felicidad Orquín; la traductora y directora del programa literario de TVE *Señas de Identidad*, Esther Benítez, y el escritor y director de *Mil paraules*, programa literario de la Televisión de Cataluña, Emili Teixidor. Sin olvidar al poeta Luis García Montero, de quien reproducimos un brillante ensayo en defensa de la poesía, publicado en el volumen *¿Por qué no es útil la literatura?*, de Hiperió; a Carmen Alborch, ministra de Cultura, que ocupa nuestra sección habitual «¿Por qué leer?», y a nuestro *defensor gráfico*, el pintor y dibujante catalán Cesc, que ilustra nuestras páginas con una pequeña antología de su obra dedicada al libro y la lectura.

Su generosa colaboración y sus valiosas aportaciones vienen a explicitar, espléndidamente, esa defensa del libro y la lectura que la simple existencia de una revista como *CLIJ* lleva implícita. Esperamos que les resulte estimulante.

Victoria Fernández



ANNA MIRALLES

Victoria Fernández

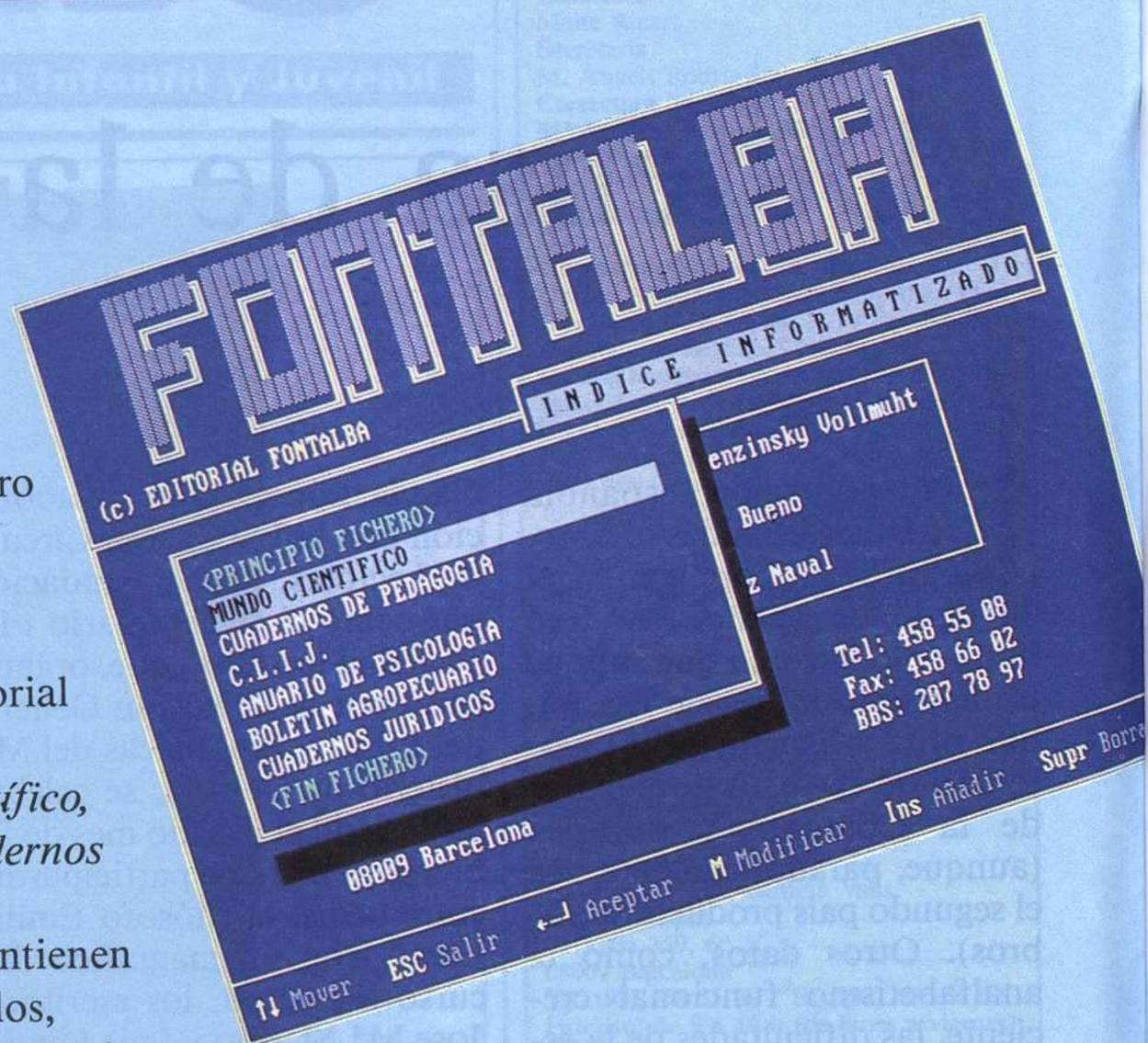
CLIJ

Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil

BASE DE DATOS de uso público y gratuito

Consulte gratuitamente a través de su ordenador personal vía módem los índices de CLIJ. Podrá realizar la consulta por número de revista, fecha de publicación, autor, tema, etc.

Editorial Fontalba ha creado la primera Base de Datos del sector editorial que le permite acceder a los índices de todas sus revistas: *Mundo Científico*, *Cuadernos de Pedagogía*, *CLIJ*, *Cuadernos Jurídicos*, *Anuario de Psicología*, *Boletín Agropecuario*. Los índices contienen la referencia de más de 7.000 artículos, fácilmente localizables según diversos criterios de selección. La *Base de Datos de Editorial Fontalba* ofrece también un buzón electrónico con múltiples servicios como petición de números atrasados, gestión de suscripciones, notas para redacción, petición de fotocopias de artículos seleccionados, inserción de publicidad, etc.



Establecer comunicación con el teléfono (93) 207 78 97
mediante el programa de comunicaciones.

Requisitos para la conexión:

- Ordenador personal.
- Módem compatible Hayes.
- Programa de comunicaciones estándar.

Si desea podemos facilitarle gratuitamente un programa específico para conectar directa y fácilmente con nosotros.

Especificaciones técnicas:

- Velocidad: 1.200 baudios.
- Bits de datos 8.
- Paridad N.
- Bits de stop 1.

DEFENSA DE LA LECTURA

La voz de la lectura

por Emilio Lledó

El lenguaje es lo que permite al hombre acceder e interiorizar el mundo de la cultura y de la naturaleza. Por otra parte, el lenguaje literario nos permite construir, un discurso «superador del latido efímero de la vida», en palabras de

Lledó. Acerca del papel que desempeña la lengua en la comunicación y, sobre todo, como elemento esencial en la constitución del individuo como ser humano trata el siguiente artículo.



La cultura no es un hecho, no son museos o bibliotecas, sino que es una energía, son actos de lectores, actos de contempladores, ojos que sepan mirar, ojos que sepan leer, ojos que sepan asimilar, ojos que sepan dialogar con ese mundo exterior que se nos acerca o al que nos acercamos. El descubrimiento de la subjetividad ha sido uno de los logros de la filosofía moderna. Trazamos la frontera de la Modernidad en Kant, por ejemplo, y desde él nos hemos acostumbrado a distinguir dos formas de sujeto: el psicológico y el trascendental. El término *trascendental* desde la perspectiva kantiana quiere decir, de forma muy esquemática, que hay una parte esencial de nuestras representaciones que no tiene origen empírico, pero que, de algún modo, tiene que ver con la experiencia y, en cierto sentido, se nutre, paradójicamente, de ella. Dice Kant en la *Crítica de la razón pura*: «Llamo trascendental a todo conocimiento que se ocupa, no tanto de objetos cuanto del modo de conocerlos». Ahora bien, ¿dónde está ese modo?, ¿quién pone ese modo?, ¿quién modifica?, ¿quién «manerifica»? Este modo de conocer expresa la esencia de nuestra personal relación con el mundo, este modo es lo que nos construye como individuos y nos hace sujetos.

Sin embargo, este proceso de recepción en nuestra intimidad, o —por emplear un término quizá más claro— en nuestra vida, de toda la serie de estímulos que nos llegan de fuera (incluyendo entre ellos y de una manera especial el lenguaje y, en grado supremo, el lenguaje de la escritura) es algo extremadamente delicado. Y no tanto porque lo que se recibe adquiere la forma del recipiente, sino sobre todo porque esa forma no es una estructura estática, no es un recipiente estático, no es un ánfora, siempre idéntica a sí misma, sino que es un recipiente móvil y que no está en la mente de la misma manera que están en nuestro rostro los ojos. Los ojos

humanos son, en cierto sentido, idénticos para todos los individuos, que, además, no pueden hacer nada para modificar su constitución, para alterar sus cualidades y posibilidades (tal vez la única función que podamos hacer con nuestros ojos sea abrirlos o cerrarlos). Pero esos «ojos del alma» (como dice Platón en la *República*), formados paso a paso desde el horizonte del lenguaje en el que hemos nacido, no sólo nos abren al mundo de la cultura y de la naturaleza, sino que están ahí para que los modifiquemos, para que los alteremos, incluso para que los deformemos y, a través de ese modo de recibir e interpretar nuestras palabras, para que incluso nos engañemos por medio de ellas.

Por tanto, este hablar interior, este lenguaje interior, esta estructura dinámica, esta marcha interior de nuestras ideas, procede en su mayor parte del fondo común de la lengua en la que hemos nacido y del lento desarrollo y solidificación de ese hablar en el centro de nuestra personalidad.

Construcción de la literatura

La palabra *persona* tiene su origen en el tér-

mino latino *persona*, esto es, la máscara que solían llevar los actores romanos. Conforme a la etimología latina, la máscara no lo era tanto porque en sus rasgos se hubiera coagulado una particular expresión de temor, de burla, de alegría; los actores trabajaban siempre con ese estereotipo, con ese mascarón de proa inalterable, aunque la voz (a través de esa inmóvil y abierta oquedad de la máscara y que los labios tal vez crispaban) sonaba, resonaba, «personaba», se constituía como individuo.

Esa voz que en la cultura griega hablaba el discurso del poeta trágico o cómico, a pesar del estereotipo inerte de la máscara, de los versos o la prosa que fue, representación tras representación transmitiendo, era símbolo de algo vivo, continuamente recreado en el aire semántico que a través de esa boca sonaba. Era una voz, pues,



que usaba el lenguaje desde el particularísimo proyecto de una obra literaria que construía otro discurso distinto del trivial discurso de la vida, de sus necesidades, de sus inmediatas y efímeras urgencias, un discurso hecho de arte, o sea, superador del latido efímero del tiempo de la vida, y que es algo singular y donde el animal que habla deja ver, o dejaba ver, esa sorprendente facultad para decir otra cosa, para ser verdadera y originalmente él mismo, para «personarse» como lenguaje, para ser lenguaje de esa mismidad. El lenguaje no sólo era hacer que las palabras se refirieran a las cosas, no sólo se agotaba en su es-

tructura referencial, sino que era al mismo tiempo expresión de esa mismidad.

Sin duda, recuerdan ustedes el famoso texto de la *Ilíada* del canto IX, cuando Aquiles dice:

«Mi madre, Tetis, la diosa de pies de plata, dice que el Hado ha dispuesto que mi vida acabe de una de estas dos maneras: si me quedo a combatir alrededor de Troya, no volveré a la patria, pero mi gloria será inmortal; si regreso, perderá la ínclita fama, pero será larga mi vida, pues la muerte no me sorprenderá tan deprisa. No volveré a la patria, pero mi gloria será inmortal.»

Se trata de la fama, esto es, de sacrificar el efímero tiempo de la vida, de los latidos, por el tiempo, eterno hasta cierto punto, *athanaton*, inmortal —como diría Platón—, de la literatura. La fama era también el «ser dicho», el «ser hablado». Y era común todavía cuando no se había comenzado a escribir, cuando la letra aún estaba balbuciendo en torno al siglo VII a. de C. Cuando los griegos aún no escribían y sólo los poemas homéricos se cantaban, Aquiles intuía claramente en estos magníficos hexámetros la diferencia entre la vida efímera del cuerpo y la efímera de la fama, del decir, e intuía y casi pronosticaba la literatura.

El instrumento que podía llevar a cabo este proceso de recreación de las palabras, la construcción de la literatura, para que efectivamente se descubriese en ellas todas las posibles resonancias que la semántica de las palabras encierra, para que no pudiesen ser utilizadas nunca por el férreo discurso del poder o de la sociedad trivializada y estupidizada por el manejo de términos vacíos, fue —como saben— la *paideia*, la educación, la formación. Se trataba, sobre todo, de hacer una continua crítica al lenguaje para que en el diálogo ese *logos* que fluía de boca en boca fuese contaminándose de las dudas, a través de esa

I. Laberinto de los libros

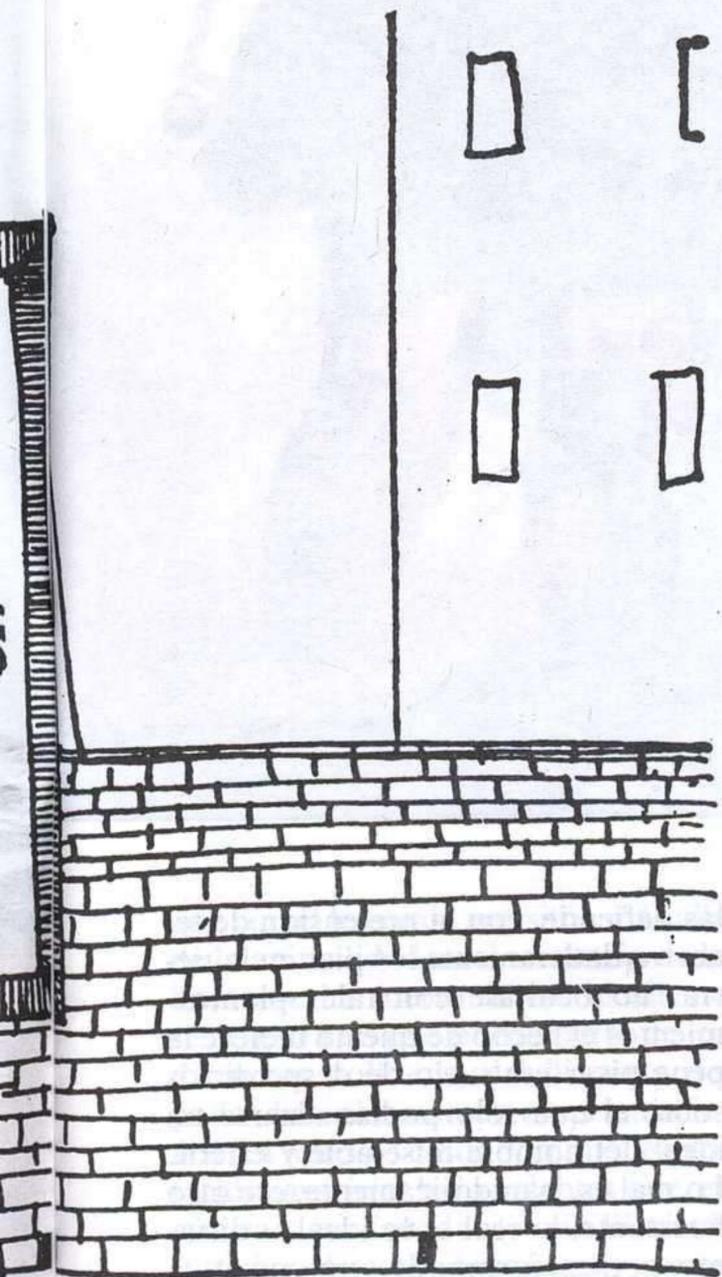
«I was thinking which is the best way out of this wood: it's getting so dark.»

Lewis Carroll.

Monstruos de la naturaleza

Al principio fueron los monstruos. Cuando la Naturaleza se ensaya y ejercita en sus caprichos creadores, empieza por Dinosaurios; sus hijos primeros alcanzan tamaños fabulosos, dimensiones que amedrentan. La Naturaleza no tiene medida, y desmandadamente se lanza a una orgía de tentativas disparatadas, que acaban de mala manera. El Tetrabelodón, elefante de cuatro colmillos, lo cual, al parecer, le da ventaja notoria sobre el desgraciado y menesteroso elefante de dos, es un callejón biológico sin salida. Tanto le pesa la dentadura, que, para aguantarla, el pescuezo se le mengua y se le mengua, hasta que ya no puede alcanzar con la testa al suelo, y muere de grandeza. Mejor dicho, de exceso, de cantidad. Oportuno símbolo de imperios y soberbias. Así se extinguen otros graciosos animales de ese entonces. La Naturaleza se impone sus propios castigos, y el Megalosauo y compañía sucumben, enfermos de tamaño, por desmesura, de puros monstruos que eran.

Cuando más adelante el hombre, sin duda más proporcionado, y por las señas —que se llaman Historia— con algunas mejores condiciones de sobrevivir que el Megaterio, se pone él a crear, también se le va la mano. Las primeras civilizaciones inventan Estados enormes, erigen fábricas poderosas, como la torre de Babilonia; se



DESC, UNA HISTÒRIA D'UN PAÍS, BARCELONA: CAIXA DE BARCELONA, 1986.

paideia, de esa educación, de esa estructura crítica de la mente, de las dudas, de las perspectivas, de la riqueza que cada conciencia individual le prestaba. En este ejercicio dialéctico consistió la auténtica forma de iniciar, mucho antes que Wittgenstein, el espectáculo en que los usos del lenguaje no engarzaban sólo los eslabones formales en los que pueden conjugarse las palabras, ni siquiera se agotaba en el mero juego de su pragmática, de su proyección al mundo y en las situaciones concretas hacia las que las proposiciones se dirigen, o de las que las proposiciones emergen. Había otra forma pragmática más sutil, aquella que se había ido desarrollando en la vida de un individuo libre, que había descubierto en la lengua un instrumento de comunicación, pero sobre todo un elemento esencial de su constitución como ser humano, como persona: somos lo que somos porque hablamos, porque decimos lo que decimos.

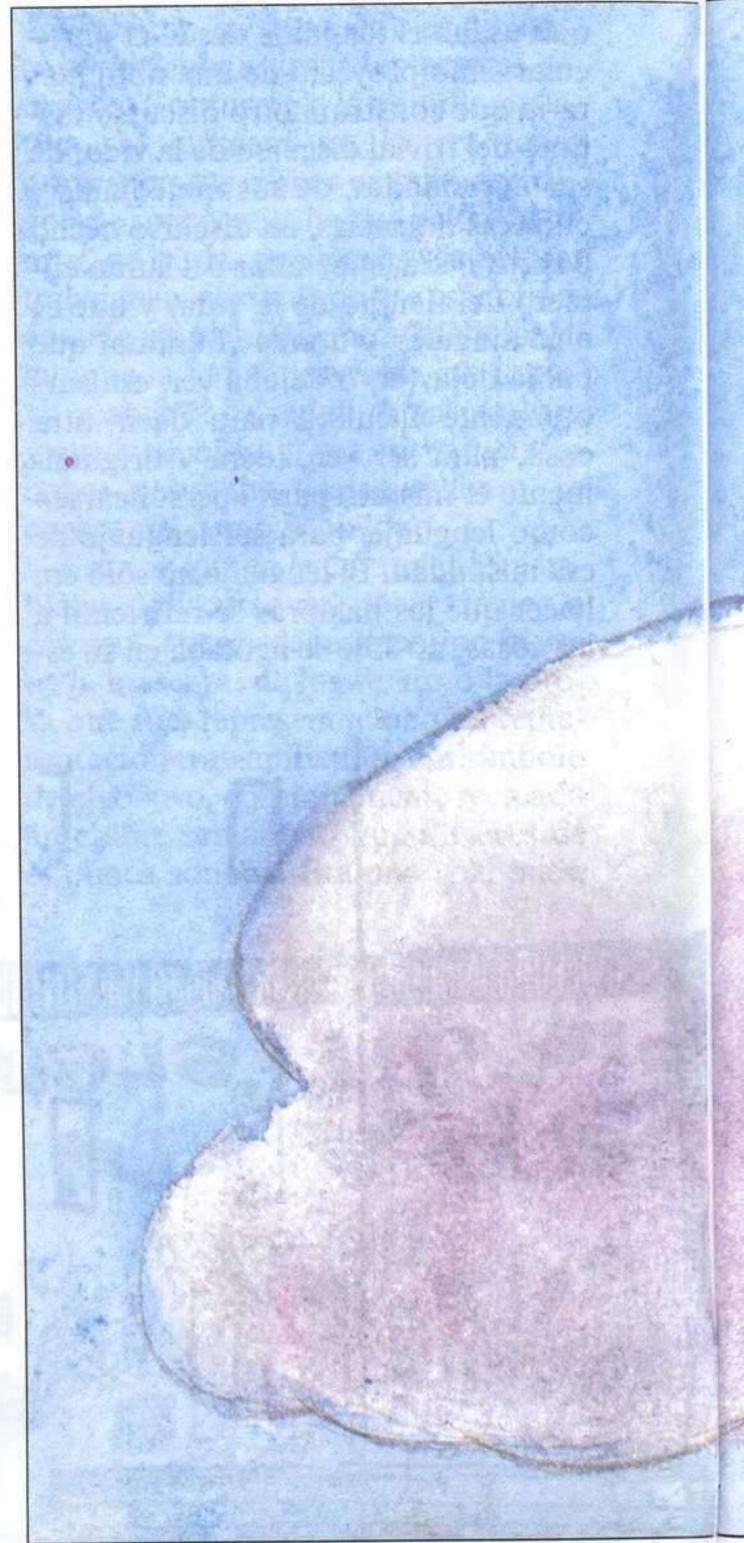
La voz de la letra

No es posible planteamiento educativo alguno, si no se cree firmemente en una renovación del ideal ilustrado, en los principios de la Ilustración. Este planteamiento implica hacer refluir en una buena parte de los elementos que constituyen la ideología de nuestro tiempo tres viejas ideas directrices que, a pesar de haber sufrido el desgaste de una malversación de fondos ideales del humanismo, siguen hoy tan vivas como siempre o como nunca. Estas ideas son la razón, la verdad y la solidaridad, que, naturalmente, tienen que desenvolverse, renovarse, repensarse, reflexionarse y especularse en el horizonte de los problemas contemporáneos. Es cierto que estos problemas, en el fondo, son los mismos de siempre: la defensa de la vida, la defensa del espacio real o ideal, donde han de desplegarse la vida, la armonía, la paz, la liber-

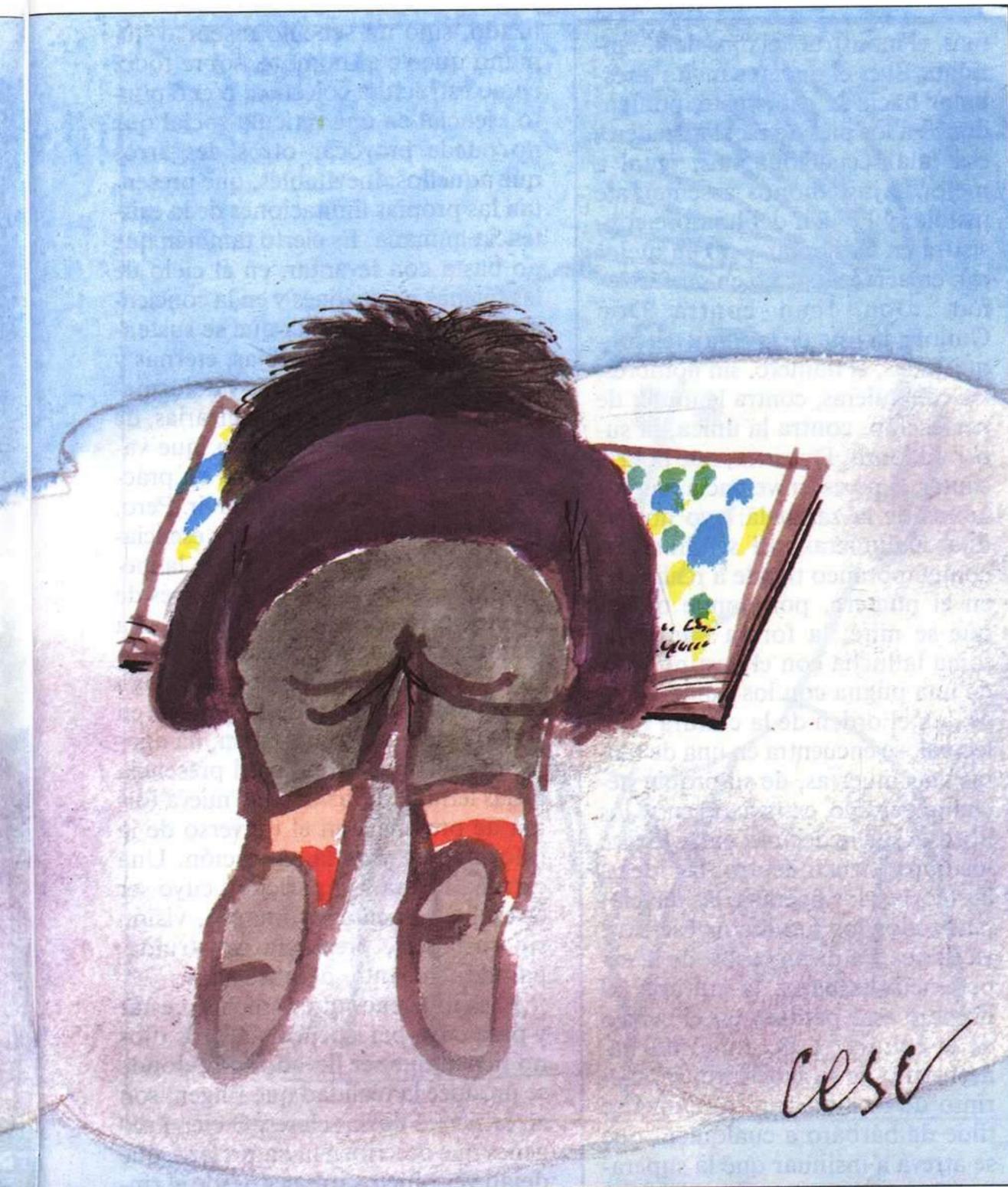
tad, la justicia, el bien, la belleza, el progreso, la «posibilidad». Sin embargo, todo esto no son más que huecas palabras, si no se vuelve continuamente sobre ellas, si no se reflexionan, si no se descubre lo que tienen de estimulador y creador y, al mismo tiempo, no se desenmascaran sus sucedáneos o los espectros que tantas veces ocupan su lugar.

El hecho de que estas ideas directrices (esas utopías, esos idealismos) aparezcan en el lenguaje humano quiere decir, sencillamente, que los hombres las han inventado, que los hombres las han necesitado, que han tenido necesidad de ellas. Esas supuestas palabras abstractas, esa voz de la letra, son tan reales como el sol, como los árboles, como el mar, como los ríos y como la tierra. Están en la lengua con la misma consistencia con que las cosas están sobre la tierra. Tal vez lo más maravilloso de esas palabras sea el descubrir la capacidad creativa del hombre, la construcción de la literatura como arte, como territorio que, surgido de la mente y la sensibilidad, inventa también ese espacio teórico donde realizarse. Esas palabras jamás habrían surgido, jamás se habría descubierto el territorio que señalan, no existirían en el lenguaje humano y sólo existirían las palabras que señalan el mundo concreto, si la especie humana no las hubiese considerado tan necesarias y vitales como el aire, la luz o el agua. Una terrible clausura de nuestro horizonte de posibilidad es suponer que esos términos únicamente funcionan en el campo de la utopía, en el ámbito de los sueños, o de los irrealizables deseos, y que en nuestro tiempo han sido sustituidos, al fin, por esas otras palabras que parece ser han movido de verdad la historia: el poder, el egoísmo, la violencia, la aniquilación.

Lo peor de estas perspectivas, digamos, pesimistas del hombre y su destino es que a veces se sostienen bajo supuestos argumentos realistas o pragmáticos, como si la ideología que



las defiende, con la pretensión de tener verdaderamente los pies en la tierra, no ocultase con tales planteamientos el hecho de que no merece la pena pisar ese suelo de desperdicios sobre el que sólo podría alzarse un ideal del hombre miserable y estéril. Lo real es, paradójicamente, ese otro horizonte, lo real es lo ideal —diríamos, transformando un poco a Hegel— lo real es ese otro horizonte



1992.

que con el lenguaje nos sitúa más allá de la animalidad en el territorio de lo humano. La fuerza de ese idealismo se muestra en que buena parte de los discursos políticos, del discurso del poder, ha enmascarado otras intenciones (en muchos casos dominio, explotación, avaricia) bajo palabras que, en este caso profanadas (como libertad, justicia o derechos humanos), no eran en el fondo más que eso que suele de-

cirse la pleitesía que el vicio rinde a la virtud.

Pero, como decía, esa terminología de las grandes creadoras palabras de la historia tiene que repensarse sin cesar. Los ideales de la Ilustración no expresan sólo el testimonio de una determinada época histórica en la que fueron más o menos contradictoriamente proclamados, sino que están mezclados con los momentos más

fructíferos de lo que suele llamarse el pensamiento occidental. La necesidad de repensar y recrear esa terminología tiene en nuestro tiempo inevitables urgencias. Nunca ha habido tantas posibilidades de comunicación como hoy, nunca las palabras, el lenguaje, y no digamos las imágenes, han tenido tantos medios para circular por ellos; pero por eso mismo, y paradójicamente, nunca nos ha amenazado tanto el silencio o, en el peor de los casos, la manipulación o, en el «peorísimo» de los casos, la mentira. ¿Cómo no reflexionar sobre la verdad o la solidaridad, en un horizonte en el que la naturaleza no sólo convive con la cultura en su manifestación técnica, sino que empieza a ser suplantada, tergiversada, deformada por ella? ¿Cómo no descubrir entre los asombrosos avances tecnológicos, indudables, de nuestros días que a pesar de ellos, y tal vez contra ellos, asoman la oscuridad y los pequeños monstruos de la caverna?

La creación de un lenguaje interior del que emerge la literatura, la consolidación de una estructura mental, el cultivo del pensamiento abstracto que es esencialmente lenguaje, la lucha por recrear continuamente en torno a los principios de verdad, justicia, libertad, belleza, generosidad, todo eso marca el camino del progreso y de convivencia. Y esto es, a su vez, cultivo y cultura de las palabras, revisión del inmenso legado escrito, que no es otra cosa que pensar con lo pensado, desear con lo deseado, amar con lo amado; en definitiva, soñar los sueños de las palabras, que duermen en el legado de la tradición escrita, de la tradición real, y que al soñarlas las despertamos y, al tiempo que las despertamos, nos despertamos nosotros con ellas.

Imágenes que hablan

Y esto, creo, no es la repetición de un discurso ético desgastado y trivia-

afanan tras lo magno; pirámides y esfinges se empeñan por perdurar sobre las arenas hasta hoy día, como lecciones de exorbitancia. A los leones asirios responden los colosos egipcianos, modelos del rodense. Pero los griegos son los grandes maestros de la medida. Ellos descubren, antes que nadie, que la grandeza puede muy bien no consistir en el tamaño, y que la belleza de la forma casi nunca se encuentra en la disformidad. La preocupación de la escultura griega por los cánones es una de las más hermosas páginas de la historia del hombre. Preciosa es entre todas la noción de la medida, certero camino hacia la verdad. Las ciencias progresan al compás del arte de medir; de medir cada vez mejor y con más precisión. Diríase que los humanos tienen ya superada la etapa de lo monstruoso, y que el hombre se ha decidido a ser como uno de ellos, eminente, dijo: «medida de todo lo humano».

Y sin embargo, ese arte de la medida, que se va defendiendo, tan maravillosamente en el gótico, y en el mismo vértice del barroco, hasta el siglo XIX, ha llegado hoy día, en este preciso momento, al borde de su mayor riesgo. Porque el hombre del siglo XX se ha enamorado de los monstruos, y adora el tamaño, sobre todas las cosas. De emblema le serviría el Coloso, con leyenda no en griego, sino en inglés de América: «*The bigger the better*». Cuanto más grande, mejor. Trágico lema, manantial de confusiones sin cuento, aunque sí con cuento, de la humanidad moderna.

Los muchos libros

En este Olimpo de monstruos hay uno tan grande como el que

más, el monstruo, el dios de la cantidad. Él es el que nos invita a resbalar hacia la catástrofe, poniéndonos a los pies de ese deslizadero, esa falaz ecuación: más, igual a mejor. Ajustémonos a semejante insidia, y la vida del hombre consistirá en aumentar y no en mejorar, en acrecentar, no en perfeccionar. Don Juan contra Don Quijote: la lista de las mujeres conquistadas, el número, sin nombres, las cualesquiera, contra la mujer de perfección, contra la única, la super Aldonza, Dulcinea, que podría cantar, si no es irreverencia, las palabras de la zarzuela: «yo no soy una cualquiera». El ser humano contemporáneo tiende a realizarse en el número, por donde quiera que se mire; la forma que en él toma la lucha con el destino es la de una pugna con los números. Y así, en el orden de la cultura intelectual, se encuentra en una de tantas vías muertas, de su propia hechura: perdido, extraviado entre los libros. Quiere decirse, entre lo que los libros tienen dentro: las ideas, las teorías, los poemas, las relaciones, todos los productos escritos, ya sabios, ya primorosos, de la experiencia humana, la cultura. El hombre está perdido en el centro de la cultura. Y es, como nunca, monstruo de su laberinto, el laberinto de lo monstruoso. Quizá se tilde de bárbaro a cualquiera que se atreva a insinuar que la superabundancia de libros, sin más, puede ser tan lesiva para la cultura como su escasez. Consuele, en ese caso, el tener por precedente de nuestra barbarie, nada que hace ya un siglo, a Edgard Allan Poe, que escribía, en su *Marginalia*: «La enorme multiplicación de libros, de todas las ramas del conocimiento, es uno de los mayores males de nuestra época». Pero es un hecho que la copiosidad creciente de material impreso que solicita a diario

lizado, sino un sencillo discurso humano que ve al hombre, sobre todo, como estructura colectiva, como punto esencial en una retícula social que no puede provocar otros desgarros que aquellos, inevitables, que presentan las propias limitaciones de la existencia humana. Es cierto también que no basta con levantar, en el cielo de las buenas intenciones y en la conciencia individual sobre la que se sustenta, la bandera de las viejas, eternas y tantas veces abandonadas y deformadas palabras; se trata de realizarlas, de afirmar que no han muerto, que valen para algo, y de ponerlas en práctica, de vivirlas y hacerlas vivir. Pero, ¿cómo? Uno de los elementos esenciales de esta vivificación es, creo, la memoria y son las letras que a través de la memoria se nos manifiestan. La memoria, la voz del pasado, la historia, el inmenso e incesante diálogo con la escritura del pasado. Porque en nuestro tiempo, como saben, ha aparecido, distinta de esa sutil presencia de las letras y de la voz, una nueva forma de presencia en el universo de la información y de la educación. Una extraña forma de aparición, cuyo ser es exclusivamente ser imagen, visión sin sustancia, presencia construida, paradójicamente, de ausencias.

Esas imágenes que vemos sin estar y para cuya percepción nuestros ojos no tienen que ser llevados allí, donde se produce la realidad que fingen, son en principio de dos clases. O bien imágenes que describen la naturaleza, que dejan ver objetos irreales desde el rincón donde un determinado aparato nos las muestra sin tener que ir allí, donde esa realidad se realiza; o bien imágenes que nada tienen que ver con la realidad, que no expresan nada realmente de lo que está ocurriendo, sino que son productos de ficción, productos inexistentes, sin realidad alguna más que la que les presta la arbitrariedad o la necesidad de alguien que las maneja.

Pero esas imágenes que están ahí, que están ante nuestra presencia sin



1990.

ser presentes, que están sin estar y sin que nosotros estemos con ellas, que no son sino pura ficción, tienen una misteriosa fuerza y una inmensa debilidad. La fuerza proviene de que son como la vida. Recuerden ustedes el texto de Platón: la escritura es como la pintura y sus imágenes están ante nosotros como si tuvieran vida, aunque si alguien les pregunta, responden con el más inmenso y espectacular de los silencios. Se trata de una vida que no late, de hombres que hablan pero

cuya voz jamás podrá dialogar de verdad con la nuestra.

Es cierto, sin embargo, que, como las grandes obras pictóricas, muchas de esas imágenes, aunque estén fingiendo y su ser, incluso su estar, su movimiento, no sean el suyo (imágenes que, además, viven en un tiempo que no es el nuestro), pueden ser expresión de formas supremas de sensibilidad, de arte, y alimentan y agrandan el murmullo (ese diálogo, ese lenguaje) de nuestra intimidad. Des-

de la pura ficción que representan, como el gran teatro griego, efímero también, en el angosto tiempo de su representación, esa realidad cuyo ser se sostiene en el ser de nuestra mirada nos arranca un diálogo que es reflejo del diálogo de nuestra intimidad y del diálogo del lenguaje que realmente somos.

Los límites de ese ser visto, de esa visión, de esas imágenes que hasta cierto punto hablan porque nosotros les hablamos son los límites de nuestra alma, de nuestras esperanzas y desvelos, de nuestra soledad y de nuestra solidaridad. Un mundo para ver, pero que, al poder dialogar con el hombre, aunque sean criaturas del aire, alientan por ello nuestra vida. Son, además, criaturas del *logos*, del aire semántico que articulan, pero no sólo del *logos*, sino de la sensibilidad total de los seres humanos. Si esas imágenes tienen sentido es porque se enhebran en el lenguaje que somos, porque son ecos de algunas de nuestras más hondas voces, porque «rompen a hablar» en nuestra intimidad.

Pero hay otros productos del aire, otros hijos del aire —o tal vez hijastros del aire— cuya existencia fingida tiene que ver la mayor parte de las veces con la teratología, la monstruosidad. Por encima del universo de lo real, incluso por encima del universo de la ficción que sueña todavía con el arte (el sueño de los hombres), aparece ese otro universo, creciente cada día y que constituye la mayor parte de ese nuevo mundo de las imágenes; imágenes cuya voz ensordece el oído humano y cuya presencia atonta, desgarrar, atormenta, enturbia y ofusca la mirada. No sabemos realmente por qué existen, la estupidez o la crueldad no tienen casi nunca justificación, pero siguen ahí, paradójicamente, y mientras muchas veces los intelectuales predicán monótonamente sobre los derechos humanos, esos esperpentos, continúan atentando diariamente, ante nuestra total insensibilidad, con-

tra los modestos derechos humanos de los ojos, de nuestra mirada.

Este atentado puede ser más feroz si a través de él se fomenta solapadamente la ideología de la violencia y de la falsedad y, sobre todo, si actúa ante seres humanos que no han tenido tiempo de inventar, de redescubrir o de descubrir ese «murmullo interior», esa voz de la letra, esa defensa de la intimidad que nos alberga y tantas veces nos protege. Porque, además, ese imperio de viento, esas tempestades visuales que asfixian la posibilidad de leer, de pensar y, por consiguiente, la posibilidad de ser vienen acompañadas de una ideología que se expresa en aforismos que parecen ser lugares comunes de nuestra contemporaneidad.

¿Una imagen vale más que mil palabras?

Así aceptamos con la mayor sumisión, y después de haber escuchado el

discurso del futuro de la Modernidad, tesis como aquellas que dicen que una imagen vale más que mil palabras. ¿Qué imagen? ¿Qué es valer? ¿Qué palabras? Sin un detenido análisis, sin una crítica del sentido del fundamento de tal expresión, sería justificado decir también, con la misma arbitrariedad, que una palabra vale más —y me quedaría tan campante— que mil imágenes. ¿Imágenes, repito, de qué? ¿Palabras, de qué? ¿Qué imágenes son las que valen más que mil palabras?, ¿qué miles de palabras no llegan a valer una imagen?, etc. Ésta es la reflexión, éste es el discurso, éste es el diálogo de la Modernidad, el dialogar con esas frases más o menos estereotipadas y que, sin duda, tienen un sentido, no están ahí porque sí: están porque no.

Dejando a un lado el problema, por otra parte muy interesante, de la manipulación —tanto se ha insistido en ello—, de la falsificación que comportan muchas veces las imágenes, un

simple universo visual no puede actuar si no existe un cauce de recepción, si no existe el cobijo, la matriz de las palabras. Las imágenes no tienen sentido si no hay un Yo que las reciba, si no hay un cauce que las acoja, si no hay una mirada... una pequeña intimidad, un pequeño lenguaje, un pequeño ser, una persona que «personee» un poco esas imágenes.

Las palabras realmente insustituibles son, por tanto, aquellas que estructuran nuestra personalidad y que forjan la sustancia del pensamiento, el ser ese mismo que realmente somos.

Sin ese mundo interior, pues, que es *logos*, sin ese Yo que ha sido bajo mis pensamientos, las imágenes carecen de valor, son gesticulaciones que no alcanzan la expresión, colores y perfil. Las intuiciones, las imágenes sin conceptos son palabras ciegas. Es verdad que los conceptos sin intuiciones son vacíos, que el mundo de la mente donde radica el lenguaje necesita llenarse con ese otro mundo que desde la historia y la realidad intuimos y que esa experiencia del mundo que nos rodea, de las instituciones a través de las que aprendemos el mundo, estructuran los elementos de nuestra naturaleza, convirtiéndonos en personas. Pero son las palabras, que nos señalan los límites y fronteras de nuestro espacio interior, las que defienden la objetividad y sustancialidad de las imágenes, las que nos enseñan a ver las imágenes. Como la vieja y magnífica canción, «ojos que no ven, lo que ver quisieran, qué verán que vean». Por tanto, no hay visión sin un querer, sin la materia de un lenguaje que ha forjado nuestra posibilidad de ser entre la continua reflexión de las palabras, entre el renovado planteamiento de lo que, engarzado en el lenguaje, nos ofrece la experiencia del mundo. No hay un ver que sea realmente ver, desde una mente que carece de la contextura y el entramado del lenguaje, de las palabras, de la escritura.

Algunas teorías contemporáneas



DÍA DEL LIBRE (NO PUBLICADO), 1980.

que pretenden sobrepasar la galaxia de Gutenberg han sostenido que el lenguaje condujo al pensamiento por un camino de abstracción que fragmentaba el mundo y le privaba de tocarlo, de mirarlo, de sentirlo; pero el mundo de las imágenes ficticias, de los colores electrónicos, sustentados en la electricidad, que tanto admiran algunas de esas corrientes de la imagolatría, ¿qué tocan del mundo?, ¿qué palpar, qué carne del mundo nos ofrecen? Precisamente la lisura de esas visiones enmarcadas en el espacio electrónico sólo puede ser vista, ser percibida, desde el cobijo o matriz del lenguaje. Del lenguaje con el que nos decimos a nosotros mismos al decir las a ellas, dando por supuesto que hayamos sido capaces de recrearnos, de convertirnos en lenguaje, en mundo interior, en un discurso que nos habla y con el que nos hablamos.

La crítica que podemos hacer a la supuesta tesis del supremo valor de las imágenes plantea alguno de los principios fundamentales en donde hoy se mueven la literatura, la escritura y la lectura, así como algunas de las más hondas corrientes ideológicas de nuestro tiempo. Es verdad que las imágenes con las que hoy está salpicado el mundo tienen la inmediatez de lo real, parece como si ocuparan su tiempo y su espacio, que coincide con el nuestro, pero ese golpe a nuestros ojos, para humanizarse, tiene que «romper a hablar», tiene que poder descargar en la intimidad el fluir del pensamiento, del análisis y de la reflexión. Pero la imagen visual tenía que decirse, agruparse o interpretarse, aunque fuera en principio de una manera elemental y primaria.

No basta con el fogonazo de la intuición, que, como la imagen, está supeditada al instante y a la inmediatez de la temporalidad. Pensar (eso por lo que el hombre es hombre y que lo ha caracterizado) es, por el contrario, desplegar la sucesión de esos instantes en el espejo de la reflexión. Recuerden la famosa expresión de Aristóte-



CESC. 1992.

les cuando escribía acerca de lo que es el pensamiento y que decía que es algo que nos maravilla, que nos asombra. Por consiguiente, es distancia, y el pensamiento, al asombrarse, se distancia de la realidad. Esto se nos ha dicho y se nos ha interpretado muchas veces y nosotros, para no encontrarnos con el vacío, con la distancia, con el hueco de esa lejanía de las cosas,

empezamos a construir teorías, a interpretar el mundo, a utilizarlo, a manejarlo y, hasta cierto punto, también a manipularlo.

El asombro crea el pensamiento. Ahora bien, lo crea el asombro, pero no el pasmo. El hombre que se asombraba no se pasmaba. *Pasmo* creo que quiere decir algo así como paralizarse, coagularse, pararse. Y hoy esta-

nuestra atención y nos hace llamadas a gritos —los colorines de las portadas chillonas— desde los escaparates, coloca al hombre culto moderno en un apuro: ¿cómo entenderse con esa multiplicidad? Bien mirado, es un problema de distribución: lo que hay que distribuir es el tiempo. Se trata de leer muchos más libros de los que leía un *clérigo* del siglo XIII, un *culto* del siglo XVII o un *enterado* del siglo XIX, dentro de los mismos trancos de tiempo en que al hombre se le ofrece la vida, en veinticuatro horas por día. Porque en esto de la lectura y de los libros también el hombre se encuentra afrontado con el gran protagonista de la tragedia moderna, a saber, el tiempo. A primera vista, pues, el problema se plantearía así: ¿Cómo se las puede componer el hombre de hoy para leer tanto libro en tan poco tiempo? Pero acaso antes de aceptar *prima facie* esa formulación, conviene que se hagan algunas reservas.

El poco tiempo

¿Será cierta esa presunción, que hace pavonearse de orgullo al individuo contemporáneo, de que no tiene tiempo, de que le falta el tiempo para todo, tras la cual se sobreentiende que está muy ocupado y le solicitan mil tareas del mundo? Es este alarde de los más comunes, y todos, grandes y menudos, lo repiten, como contraseña para ingresar en el cerco de los importantes. Yo llevo muchos años buscando personas conversables, amables, que no me salgan a las primeras de cambio con la usada monserga: «Sí, pero tengo tan poco tiempo... Ando tan mal de tiempo...». ¡Qué novedad, qué sorpresa el dar con una persona que no regatee el minuto, ni escatime las horas, y que teniendo en sí algo,



CESC (FRAGMENTO).

mos, más que en un mundo de asombro, me temo —y odio las profecías—, en un mundo de pasmos.

Otro de los argumentos para la supuesta valía de la imagen sobre las palabras se sustenta sobre la preeminencia que pudiera tener la vista ante el oído. Pero sin entrar a analizar las posibles diferencias, el hecho es que hoy la percepción de las imágenes obra sobre esa inevitable estructura lingüística que caracteriza la esencia del ser humano. Somos, no por ver (cosa que es común con los otros mamíferos), sino por tener lenguaje, por haber despegado de la animalidad y por esa capacidad de construir un *logos*, un pensamiento abstracto en nuestra conciencia, y por la posibilidad maravillosa de escribir y de leer, que es el momento supremo de la abstracción.

En el mundo de la visualidad, en la inundación continua de fantasmas, es más necesario que nunca —y respetando lo que tenga de real ese mundo imaginario de imágenes, esto es, lo que tenga de manifestación de algo real— el cuidado del lenguaje, el cultivo de la interpretación, de la literatura, de la voz de la letra, de lo que hacemos con ese lenguaje para que

pueda ser captador y asimilador de esas imágenes que lo enriquecen y estimulan, y para que, sobre todo, pueda rechazar ese dominio de visiones que nos acosa, un dominio que somete el desarrollo de la mente a un futuro cegado por el chisporroteo de esferas que lentamente ocupan el lugar de lo real y que nos lleva otra vez al fondo de esa caverna de la que parecía que hacía milenios que habíamos logrado escapar.

El lenguaje, el *logos*, ha logrado salvarse del tiempo efímero con ese genial descubrimiento de hace no demasiado tiempo (comparado con los miles de años desde los que el hombre habla), 2.700 años en nuestra cultura desde lo que el hombre escribe, y en ella el hombre ha encontrado la salvación de la memoria, de las experiencias, y ha sido capaz de crear esa semilla inmortal que, como en el texto del *Fedro*, crea el mundo y además, según dice Platón, da felicidad; lo contrario es el olvido. Y el olvido supongo que debe ser algo parecido a la muerte. ■

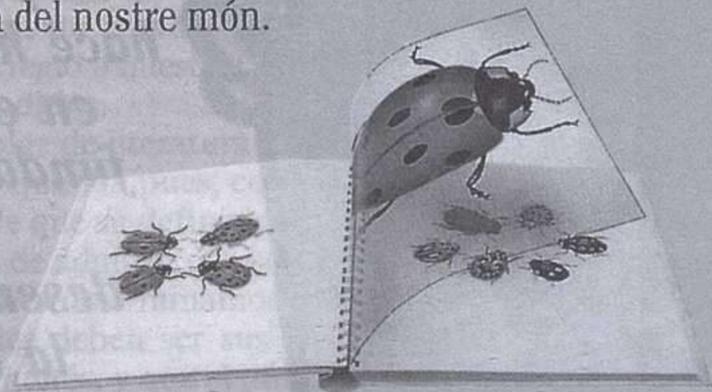
Conferencia inaugural (fragmento) del II Seminario «La sociedad lectora». Madrid, 1994.

Aquests llibres són màgics.

Màgics?



Els llibres de la col·lecció Món Meravellós són màgics perquè els fulls transparents et descobriran l'interior de les coses, el que hi ha a dins i a fora, el que hi ha al davant i al darrera... És a dir, la màgia del nostre món.



A partir dels 3 anys.

A cada pàgina dels llibres de la Biblioteca Interactiva Món Meravellós hi trobaràs un món màgic per mirar, per llegir, per tocar, per manipular, per transformar i explorar. La col·lecció tracta de temes relacionats amb la natura, les arts plàstiques, les ciències i altres camps del coneixement i l'expressió.

A partir dels 8 anys.

MÓN MERAVELLÓS

cruilla
S A B E R

El escritor y la literatura infantil

por José María Merino*

Desde su experiencia como lector y escritor, José María Merino defiende, en el siguiente artículo, el papel fundamental de la literatura infantil como vía de acceso a la lectura de literatura sin adjetivos. Y rompe una lanza en favor de ciertas lecturas infantiles cargadas de buenos sentimientos que para él, y para



muchos otros, fueron importantes en su experiencia como lector y escritor. En resumen, reivindica la literatura como fuente de placer, y hace hincapié en el papel fundamental que desempeñan la escuela y el profesorado en la formación inicial de lo que el autor llama lectores literarios.

CESC
DÍA DEL LIBRO 1971.

Los adultos creemos saber cuáles deben ser los contenidos de la literatura más adecuada a los lectores jóvenes, y cuando escribimos para ellos damos énfasis a determinados valores que nos parecen propios del género, con la voluntad de suscitar una visión solidaria de las relaciones entre los seres humanos y cierto optimismo jovial, cargado generalmente de buenos sentimientos.

He formado parte recientemente del jurado de un concurso organizado por la editorial Alfaguara para jóvenes autores de la Enseñanza Secundaria —cuyo límite de edad debía coincidir con el Curso de Orientación Universitaria— y en los relatos que se seleccionaron para ser publicados por su superior calidad no resaltaban precisamente esos valores, o si lo hacían, era en el contexto de un notable pesimismo social y de una visión sombría —o ridícula— de la familia, con perplejidad individual, violencia, sentimientos de pérdida y melancolía... y sólo por azar algún *final feliz*. Pero lo más curioso es que ninguno de los jóvenes autores y autoras de relatos escribió un texto que pudiésemos clasificar claramente como *infantil* o *juvenil* con arreglo a nuestras categorías y sobrentendidos.

Para hablar de literatura infantil o juvenil hay que ser, pues, conscientes ante todo de que su definición y práctica es cosa de adultos, que somos nosotros quienes determinamos directamente cuáles deben ser sus temas y puntos de interés, y que el público infantil o juvenil, por su propia condición, no tiene capacidad de oposición ni de crítica frente a nuestros designios.

Sin duda esto es una responsabilidad grave para quien trabaja en el campo de tal tipo de literatura, en cualquiera de sus aspectos, no sólo en el de la creación o la edición, sino también en la tutoría docente o bibliotecaria, y debemos tener una visión autocrítica de nuestro trabajo, para intentar ajustar seriamente el produc-



CESC, DÍA DEL LIBRO 1975.

to del mismo a esos lectores inexpertos, aceptando que el fundamental papel de la llamada literatura infantil debe ser el de servir de iniciación para el acceso a la lectura de literatura sin adjetivos.

Primeras lecturas

Pero no pretendo teorizar, pues mi relación con la literatura infantil no procede de ninguna aproximación especulativa o teórica, sino de la pura práctica, como lector primero y luego como autor de libros. Y como lector debo decir ante todo que ciertas lecturas infantiles —alguna de ellas

cargada de *buenos sentimientos*— fueron para mí, efectivamente, la vía de acceso a la literatura sin adjetivos.

A través de las primeras lecturas de ficciones literarias, bastante antes de la pubertad, descubrí que las novelas daban entrada a un mundo paralelo al de la realidad cotidiana, con cuyos personajes me era posible identificarme para correr aventuras entre sorpresas que iban suscitando elementos de carácter dramático o de carácter maravilloso. Pero eran tales sorpresas y la maestría con que estaban urdidas, y no los posibles ejemplos de buenas conductas, los que prendían de verdad mi interés lector.

Seguramente las novelas y los cuen-

o mucho, de valioso no lo defiende y lo escude avaramente tras de la rodela de su reló! Porque el reló se lleva ahora en la muñeca, como el guerrero antes el broquel, y se alza contra el osado que nos demande dos minutos de atención, para parar el golpe. Y el caso es que nadie duda de esa afirmación, sea el que fuese el que la profiere. Confieso que yo, sin duda por naturaleza suspicaz y receloso, no puedo por menos de maliciarme algo cuando tal o cual prójimo, notoriamente incapaz de hacer nada, me asegura que no tiene tiempo para hacer algo.

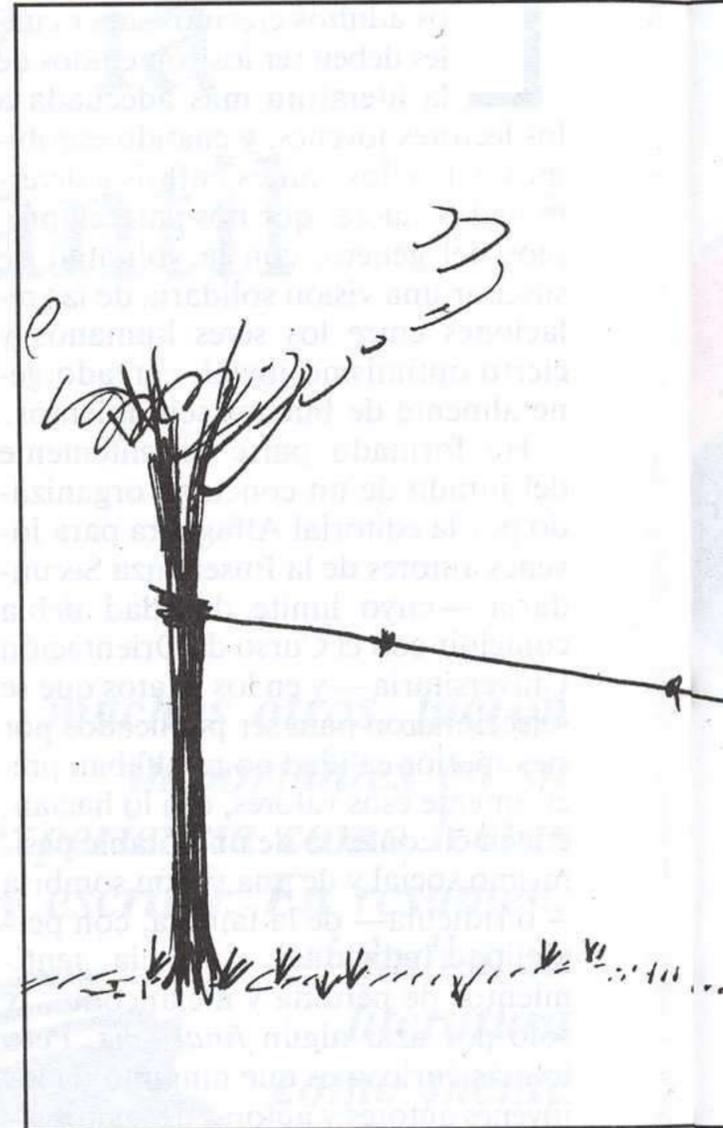
.....
Muy poco tiempo queda, de acuerdo, pero ¿por qué no estar de acuerdo en que ese poco tiempo que hay, de solito se entrega, sin vacilar, a la película estúpida, en el cine de la esquina, o al partido de *baseball* en el *stadium* arrabalerero? Ya se me alza enfrente la imagen del sabihondo a decirme que si así sucede es que lo que la gente desea es divertirse, y por eso van tras la diversión —baile, deporte, película divertida— siempre cinética, casi siempre cinemática. ¿Pero no monta eso a decir que el libro, la lectura no divierten? ¿O que divierten en grado menor? ¿Que las damiselas que hace cien años se recreaban en seguirle los pasos a Clarisa Harlowe, a Constanza, la fregona insigne; a Gil Blas de Santillana, a Werther, han trocado sus favores y ahora les siguen las carreras a los agonistas de la pelota y, aún más, se desgañitan para que se desalen? ¿Que el caballero, el mismo que solía leer un siglo hace a Montesquieu, a Macaulay, en sus horas asuetas, ahora circula por pastos de primoroso verde, esforzándose por colocar una bolita en un agujero? Y no es que yo proponga ni favorezca, ¡Dios me libre!, el retorno a usos

anticuados, ni a modas bien muertas, no. Lo único que me atrevería a proponer es algo más de sinceridad: a decir a las claras que quizá el hombre que cree encontrarse apurado para leer, por cortedad de tiempo, se engaña miserablemente, en el supuesto de que no quiera engañarnos; le faltan no el tiempo, sí las ganas. El querer, la preferencia. No hay que desahogarse, cargándole todas las cuentas al tiempo, el gran pagano. La verdad podría ser que lo que ha mudado, más que la disponibilidad de las horas, es el rumbo de los gustos, es la consideración de las cosas y su valor respectivo.

¿Escapatorias, arbitrios, soluciones?

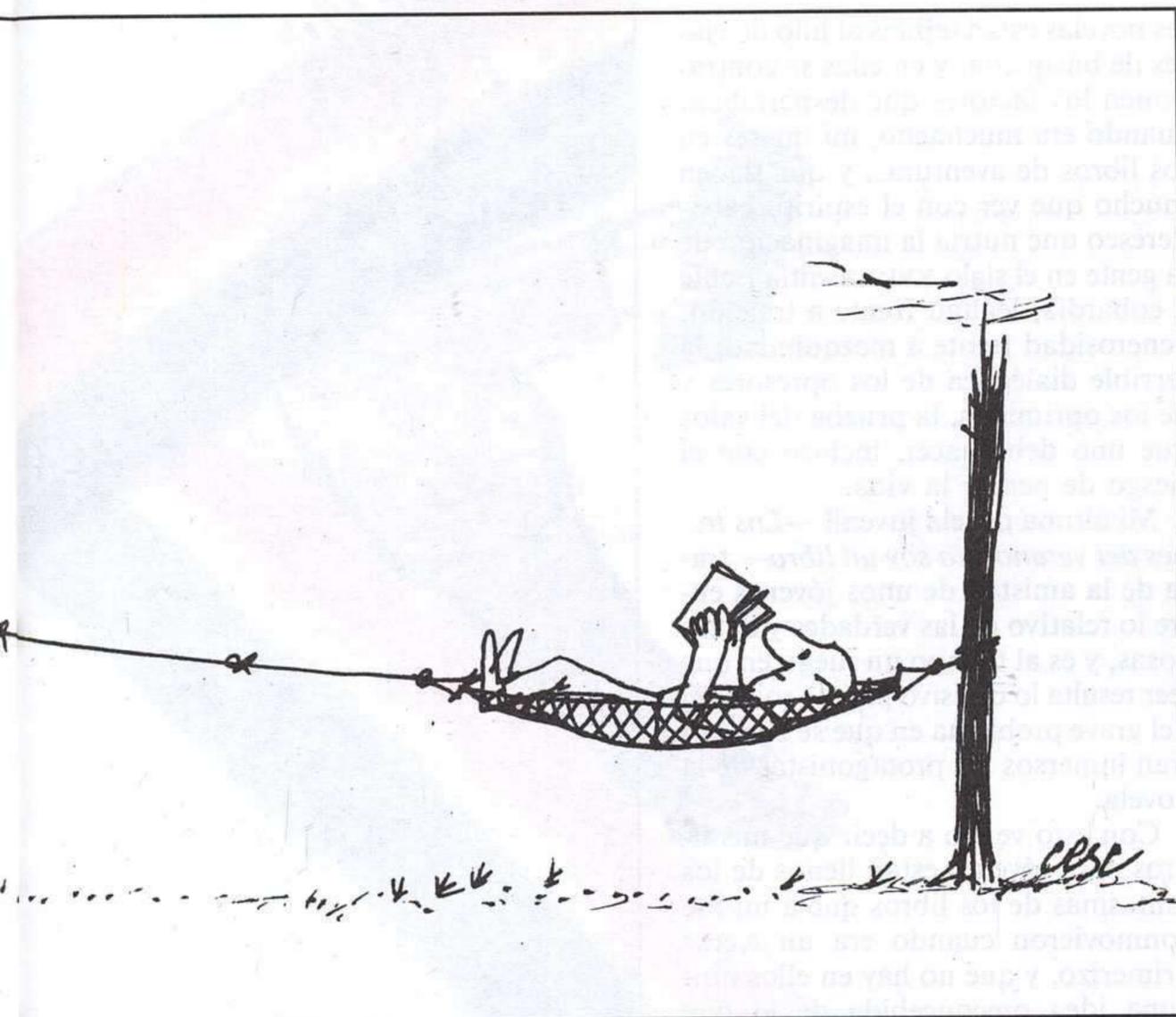
Se manifiestan en la anterior digresión ciertas sospechas sobre lo que tenga de rigurosamente cierto e inescapable lo de la falta de tiempo del ciudadano de hoy. Pero eso no empece a la tremenda realidad general del conflicto en que se afrontan tiempo y lectura, los libros que esperan, y que se cuentan por millares, y las horas que se nos conceden, que no pasan, ni en este siglo de la técnica, de veinticuatro al día.

¿Por dónde está la salida? Las gentes la buscan afanosamente; se echa mano de trazas y expedientes de todo orden con objeto de buscarle las vueltas al tiempo y ver de conciliar esos dos pavorosos imposibles. Pero los modos y las vías de la busca mueven en su gran parte a mayor confusión y extravío. Se representa en ese escenario un enorme juego de la gallina ciega, y los jugadores, vendados los ojos, se enredan más y más en el gran embrollo, y multiplican ellos mismos las vueltas y celadas del laberinto. En ese enmarañarse hay visos y destellos cómicos, pero por



tos literarios que imprimieron su sello con mayor fuerza en mi primera sensibilidad tenían gran carga simbólica: hablaban del lugar apartado que resultaba un paraíso perdido, del viaje hacia el tesoro, de la autosuficiencia del naufrago en la isla, del gran río junto a la pequeña aldea que propiciaba la evasión de lo cotidiano, de los paisajes como personajes dramáticos, del terror sobrenatural como catarsis de los miedos domésticos... Esa primera carga simbólica se la debo a Spyri, Borita Casas, Mallorquí, Stevenson, Defoe-Wiss-Ballantyne-Verne, Mark Twain, Scott, Bécquer y Poe, por lo menos.

En aquellas lecturas que me abrieron las puertas de la ficción literaria fui descubriendo que las novelas resultaban ser varias cosas: ante todo, uno de los mejores refugios para la



1980.

imaginación; además, una especie de mandala, o centro, ideal para ensimismarse; a la vez, un espejo riquísimo de comportamientos y maneras de pensar, y el escenario en que cabían los más cambiantes y asombrosos decorados.

Descubrí también que en las novelas había muchas otras cosas que no estaban en los programas académicos, aunque de ello no fuese consciente hasta muchos años después de haber abandonado las aulas: una intuición certera del tiempo, tanto en la sucesión de las distintas eras históricas como en su propia sustancia —con esa diferencia entre el tiempo que se vive, el que se recuerda y el que se sueña, que tan claro resulta en los buenos relatos—, una geografía mucho más viva e inteligible que la de los libros de texto y una idea precisa de lo

que es una voz que cuenta y de las diferentes maneras de contar. Aprendí mucho también sobre mundo real y mundo imaginario —es decir, sobre la creación artística— y adquirí un benéfico relativismo para ver la variedad y contradicción de las cosas de la realidad.

La aventura de escribir

Iba a decir que escribí por azar mi primer libro para jóvenes —considerando como tal *El oro de los sueños*—, pero no sería cierto, pues uno de mis primeros libros —que conservo inédito— fue una novela para niños que me rechazó uno de los editores importantes de los años 60 con el argumento de que era «demasiado imaginativo»: «Puede que algunos ni-

dentro le anda la tragedia del hombre extraviado, del monstruo de su laberinto. El libro y todo lo que el libro significa se alzan, frente al hombre, en figura gigantesca y amedrentadora, a lo goyesco, entre cíclope y espantajo, y amenazan con aplastarlo bajo su masa. Reprodúcese aquí el tema esencial del drama contemporáneo: las criaturas salidas de la invención del hombre se sublevan contra su creador, y el universo se colma otra vez de ángeles rebeldes, de máquinas insurrectas que marchan en formación cerrada sobre el aterrorizado maquinista.

Para lidiar con este crecimiento monstruoso del libro se proponen variados atajos, evasivas y soluciones. El mismo hecho de que sean tantos, y tan lamentables algunos, los arbitrios propuestos, bien dice que el hombre de hoy está como acorralado por las huestes de los libros, y se defiende, a tuerzas o a derechas, con palos de ciego, o con destellos de inteligencia.

Examinemos algunos de los recursos ingeniosos para lidiar con el problema. El primero, lo llamo el de la razón bruta.

La vía de la razón bruta

Precisamente cuando empezaba a percibirse en el orbe de las ideas una reacción contra el racionalismo del siglo XIX, un príncipe británico del ingenio, al que todavía hay empeño en mirar como mucho más frívolo de lo que era, escribió: «La fuerza bruta, la resisto, pero lo que no puedo aguantar es la razón bruta». La agudeza de Wilde daba una vez más en el clavo, porque nuestro siglo está lleno de predicadores y propagandistas de la razón bruta. De ella viene uno de los intentos de remedio, que por desdicha va creciendo en favor. Su santo modelo podría ser Procusto,

ños vayan a ser poetas, pero otros serán ingenieros, abogados o médicos», me dijo afablemente aquel editor, un hombre de prosapia liberal. Eran los tiempos en que los cuentos de hadas se consideraban dañinos —enseguida llegaría Bruno Bettelheim para poner las cosas en su sitio— y a mí no se me ocurrió contestar a mi rechazante que la imaginación no tenía por qué resultar pernicioso para nadie, ni siquiera para los ingenieros, los abogados o los médicos.

Con los años, he escrito algunas novelas para jóvenes, y por lo menos un libro de cuentos que a ellos no les desagrada, pero tanto en éstos como en mis libros *canónicos* la referencia subyacente de mi primera experiencia lectora sigue siendo fundamental: así, doy especial importancia a la historia que voy relatando y a la voz que la narra, y utilizo, entre otros elementos dramáticos, los propios escenarios físicos, moviendo casi siempre mis ficciones entre el mundo real y un cierto trasmundo onírico o fantástico.

En el libro de cuentos a que me he referido —*Cuentos del reino secreto*—, utilicé como aspecto unitario del conjunto los paisajes de mi recuerdo infantil y juvenil, la ciudad en que me crié, las aldeas que conocía por razones familiares o en las aventuras de un modesto excursionismo. En cuanto a las tramas, todas ellas son de corte fantástico y algunas rozan el horror, en memoria de aquellos cuentos de miedo con los que nutría de niño mi sincera atracción por las historias espeluznantes.

La novela a que he aludido —*El oro de los sueños*— fue la primera de una trilogía que luego se titularía *Las crónicas mestizas* y en la que recordé algunos de los jóvenes héroes de mis lecturas juveniles —aunque al mío lo hice mestizo— en un momento crucial de la historia —la conquista de América por los españoles— y en los espacios geográficos tan asombrosos para los europeos de aquellos tiempos. Las tramas fundamentales de ta-

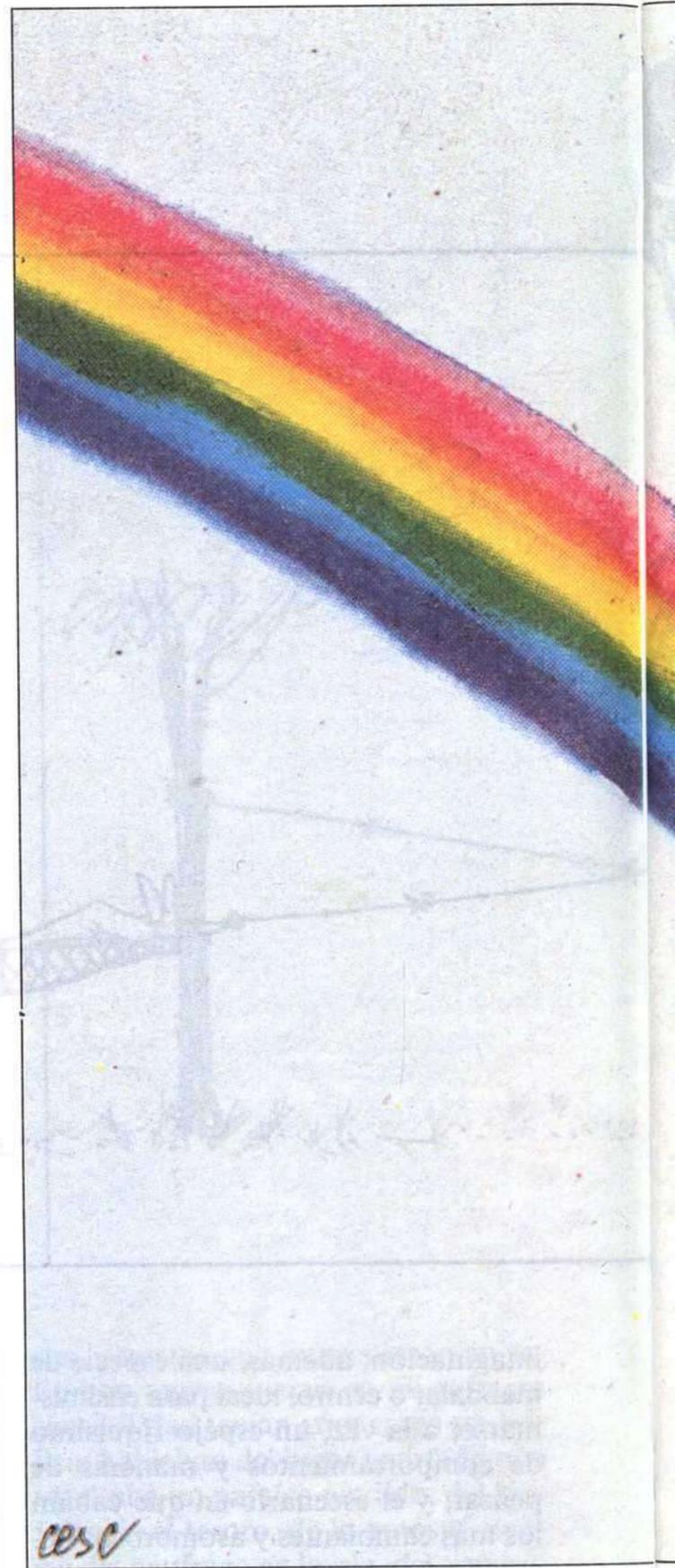
les novelas están tejidas al hilo de viajes de búsqueda, y en ellas se contraponen los factores que despertaban, cuando era muchacho, mi interés en los libros de aventuras, y que tienen mucho que ver con el espíritu caballeresco que nutría la imaginación de la gente en el siglo XVI: valentía frente a cobardía, lealtad frente a traición, generosidad frente a mezquindad, la terrible dialéctica de los opresores y de los oprimidos, la prueba del valor que uno debe hacer, incluso con el riesgo de perder la vida.

Mi última novela juvenil —*Los trenes del verano/No soy un libro*— trata de la amistad de unos jóvenes entre lo relativo de las verdades y de las cosas, y es al tiempo un juego en que leer resulta lo decisivo para la solución del grave problema en que se encuentran inmersos los protagonistas de la novela.

Con esto vengo a decir que mis libros para jóvenes están llenos de los fantasmas de los libros que a mí me conmovieron cuando era un lector primerizo, y que no hay en ellos ninguna idea preconcebida de lo que deba ser la literatura infantil o juvenil. En su prólogo a *Platero y yo*, Juan Ramón Jiménez decía: «Yo nunca he escrito ni escribiré nada para niños, porque creo que el niño puede leer los libros que lee el hombre, con determinadas excepciones que a todos se le ocurren», y yo estoy de acuerdo con las palabras del poeta.

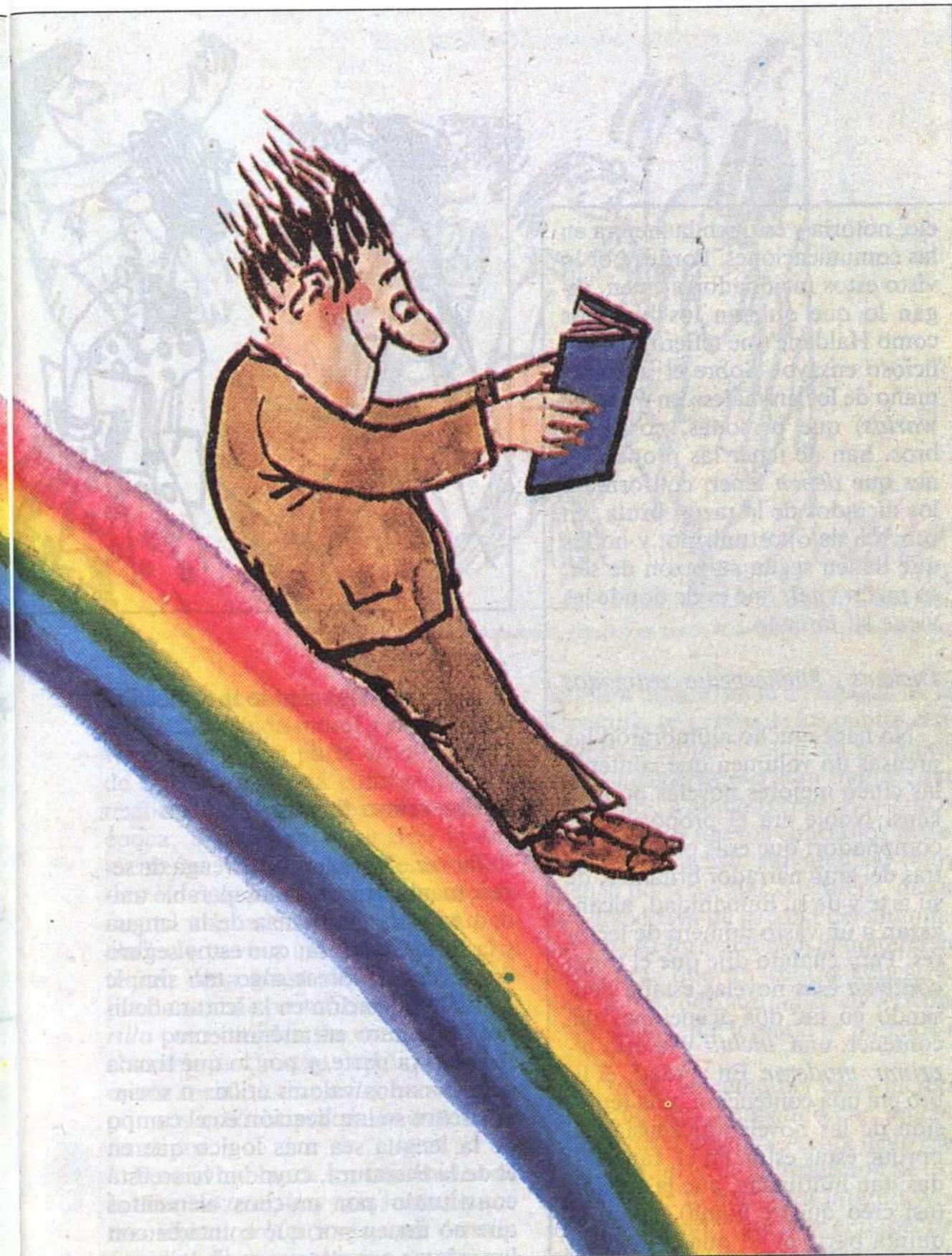
La literatura fuente de placer

Pero sin duda hoy la literatura infantil ha llegado a ser un capítulo importante de la industria editorial y de la vida cultural y educativa, y a través de sus productos se está transmitiendo a los lectores jóvenes una idea del mundo y, sobre todo, una idea de la literatura. Por eso es conveniente hablar de ella en cuanto género, aunque, a mi entender, sin olvidar que lo que resulta ante todo imprescindible



es analizar la relación entre la literatura y los lectores más jóvenes, con independencia del tipo de libros de que se trate.

Durante muchísimos años, la postura oficial frente a la lectura de libros ha sido de temor y cautela, porque nadie ha desconocido la importancia de los libros para la difusión de ideas y mensajes. La desconfianza hacia lo imaginario novelesco ha tenido antiguos detractores. Algunos, tan inteligentes como el gran Montaigne, que



9a. FIRA DEL LLIBRE DE BARCELONA, 1985.

menospreciaba «ese fárrago de libros con que se divierte la infancia», es decir, las novelas de caballería. Contraponiéndolas a las Sagradas Escrituras y fustigando a sus lectores, el fraile navarro Pedro Malón de Chaide, por la misma época, diría: «Con trastocar pocas letras se llamaran mejor de bellaquerías que de caballerías. Y si a los que estudian y aprenden a ser cristianos en estos catecismos les preguntáis que por qué los leen y cuál es el fruto que sacan de su lección, res-

ponderos han que allí aprenden osadía y valor para las armas, crianza y cortesía con las damas, fidelidad y verdad en sus tratos y magnanimidad y nobleza de ánimo en perdonar a sus enemigos...».

¿Para qué seguir citando? Durante muchos años, la novela totémica de la literatura española y el crédito de su autor han sido utilizados como advertencia indirecta de los peligros de la lectura de novelas, olvidando que la obra postrera de Cervantes —*Los*

trabajos de Persiles y Sigismunda— es un libro de aventuras, prodigios y encantamientos más vertiginoso que el propio *Amadís*. Sin duda parte de aquella vieja desconfianza hacia la imaginación novelesca —que durante muchos años estuvo representada por las novelas de caballería— ha permanecido en nuestros hábitos educativos.

Sin embargo, el análisis de las enseñanzas mínimas de la Educación Primaria recientemente implantada, que afecta a los estudiantes españoles entre los 6 y los 12 años de edad —período crítico para la iniciación a la lectura de ficciones— nos permite encontrar, acaso por primera vez en nuestra historia, el objetivo de que el alumnado utilice la lectura como *f fuente de placer*. La luminosa expresión queda bastante apagada si consideramos que tal objetivo va rodeado de muchos otros que, diseñados desde una perspectiva principalmente instrumental de la lengua y literatura, y al no poder establecer claramente el campo de influencia de cada una de las dos, convierten la amalgama en obligada transmisora de valores extraliterarios que, además, se producen al margen del mundo de la imaginación, y cuyo peso es tan considerable, que es de recelar que acaben asfixiando aquel *placer* de leer tan escuetamente aludido.

Un análisis somero de tales enseñanzas nos hace temer que, aunque diseñadas con indudable voluntad de mejora, no permitan que la *lectura por la lectura*, la *lectura como pura diversión*, encuentre todavía el sitio necesario entre las actividades académicas encaminadas a formar a los lectores jóvenes. Obligada a servir de instrumento auxiliar para la enseñanza de la Lengua y a acarrear, además, elementos de comunicación, información, aprendizaje, actitudes críticas, valores éticos, sociales y culturales, etcétera, es bastante probable que la literatura, en su aspecto sustantivo de fuente de lecturas libres, gozosas y no

y su herramienta el famoso lecho. El razonamiento bruto que lo informa cabe formularlo así: ya que no sea posible dilatar las horas, achiquemos los libros. Si no se pueden ahorrar los días, conforme a nuestras necesidades lectoras, ¿por qué no volverse al otro personaje de la tragedia, y azocar, estrujar los libros para que su lectura quede en menos espacio horario? Si Homero o Rabelais, o Tolstoi, se empeñaron en escribir y escribir a espacio, con serena majestad, como el lento río undoso, nosotros, sus herederos y beneficiarios, ¿debemos ajustarles las cuentas de sus cuentos, meter en cintura a los tales derrochadores y a sus escritos, reducirlos de tamaño, sin escrúpulo, hasta que sus nobles cervices antiguas se humillen ante nuestras democráticas y modernas exigencias? Lo cual ya da por supuesto que cualquier gran obra, tenida por clásica y magistral, es, además, poseedora de una cualidad elástica, que la permite ensancharse o encogerse, a gusto del tiempo de los consumidores. Habría así, y de hecho los hay, Quijotes, por ejemplo, para todos: Quijotes de diez minutos (en *comics* o *funny strips*, en *muñequitos*, yo lo he visto); Quijotes de diez horas y Quijotes de toda la vida. Transferido al problema de la navegación trasatlántica, muy difícil en este instante, equivaldría este sistema a someter a los aspirantes a pasajeros en los tan escasos piróscafos, a una operación diminutiva o reductiva previa al embarque, que, corrigiendo las exageradas proporciones de los cuerpos de los navegantes, los convirtiera en enanos; así, un trasatlántico cualquiera capaz de acarrear en sus profundos dos mil hombres de tamaño normal, acaso pudiese cargar con cinco o seis mil liliputienses, en el mismo espa-

cio, notoria y estupenda mejora en las comunicaciones. Porque por lo visto estos racionadores creen, digan lo que quieran los biólogos como Haldane (me refiero a su delicioso ensayo «Sobre el justo tamaño de los animales» en *Possible worlds*) que personas, cosas, libros, han de tener las proporciones que *deben* tener, conforme a los dictados de la razón bruta, en función de oportunismo; y no las que tienen según su razón de ser, su razón vital, que es de donde les viene su tamaño.

Dickens y Shakespeare castigados

No hace mucho alumbraron las prensas un volumen que contenía las cinco mejores novelas de Dickens. Noble era el propósito del compilador: que esas obras maestras del gran narrador británico, de su arte y de su humanidad, alcanzaran a un vasto número de lectores. Pero cuando dije que el tomo *contenía* esas novelas estaba pensando en las dos acepciones del contener: una, *incluir* y la otra *reprimir, moderar*. En verdad, el libro era una contención, una represión de las novelas dickensianas, porque éstas están en él, tan sisadas, tan mutiladas, que la versión (así creo que se llama) ocupa la quinta parte de lo que ocuparían las cinco novelas tal y como Dickens las escribió. ¡Estupenda proeza que requiere valor y ánimo nada comunes! La autora del volumen estima que Dickens es un novelista extraordinario de la lengua inglesa y de la humanidad en general; en lo cual bien puede ir asistida de razón. Esa eminencia le hace merecedor de que todos le lean. Pero en la operación de trunca y cercén del autor, va implícita la más terrible crítica que se le puede hacer a un novelista: que no sabe hacer novelas, que escribe tan



subsidiarias, siga siendo la cenicienta del sistema.

Sobre cómo formar lectores

Tal vez el problema provenga de seguir manteniendo esa inseparable unidad entre la enseñanza de la lengua y la de la literatura, que estoy seguro de que no favorece algo tan simple como la iniciación en la lectura de libros por puro entretenimiento.

Por otra parte, y por lo que toca a determinados valores éticos o sociales, acaso su implicación en el campo de la lengua sea más lógico que en el de la literatura, cuyo universo está constituido por muchos elementos que no tienen por qué coincidir con los valores que nuestra sociedad considera óptimos. Los prejuicios, tópicos y valores hoy en desuso que puedan subyacer en Homero, Boccaccio, Shakespeare, Quevedo, Balzac, Stendhal, Faulkner o Celine no invalidan sus obras como aportaciones necesarias para el patrimonio literario. La verdadera calidad de los libros, como los demás resultados de la creación artística, no depende de los ejemplos morales que muestren ni de los buenos sentimientos de que puedan estar impregnados.

Cargar la enseñanza de la literatura —puesto que va inextricablemente



CESC (FRAGMENTO), PERSPECTIVA ESCOLAR, BARCELONA: ROSA SENSAT, 1985.

unida a la de la lengua— con elementos de formación moral y cívica es olvidar que buena parte de la historia de la literatura está constituida por textos subversivos de los valores de su época, o que han infringido gravemente las actitudes morales entendidas en cada momento como socialmente más adecuadas. Además, es abrir cierta vía a una estrechez de criterios, llena acaso de buena fe, que pueda acabar proscribiendo el *Lazarillo* por considerarlo un ejemplo rechazable de cinismo personal e hipocresía social, o *Las mil y una noches* por sus estereotipos de la condición femenina.

Pero al hablar de los contenidos de la enseñanza no hay más remedio que recordar al profesorado, que tiene la función de desarrollarlos y transmitirlos. Mi experiencia como escritor que acude algunas veces a un centro educativo para hablar de literatura es que, cuando entre el estudiantado hay lectores, y hasta lectores apasionados, hay detrás un profesor o profesora sirviendo de mediador y de acicate, luchando generalmente contra las rigideces académicas y formales del sistema.

La incidencia del profesor en la iniciación de jóvenes lectores y, por tanto, el tema de su propia formación literaria y de los conceptos que debe tener claros respecto al papel de la li-

teratura infantil en la enseñanza de la literatura, sería otro de los puntos cruciales a estudiar. Y también esa moda de los *talleres de escritura creativa* que ha llegado a muchos centros —con el apoyo de los nuevos conceptos pedagógicos—, acaso sin analizar muy bien si no sería más fructífero, desde la perspectiva de la edad del alumnado y de su formación en la materia de literatura, que un centro educativo sea, sobre todo, un *taller de lectura*. Pues solamente leyendo se aprende a escribir.

El tema, en cualquier caso, merece ser estudiado y debatido con mucho mayor detenimiento. Ahora de lo que se trata aquí es de la formación de lectores desde la literatura infantil, y si me he detenido tanto en el papel del sistema educativo es porque creo que le corresponde un protagonismo especial. No valoro poco el papel de la familia —yo mismo soy un lector formado en casa, gracias a la buena biblioteca familiar y al estímulo de mis padres—, pero creo que a la gran masa de lectores debe iniciarlos la escuela, o no los iniciará nadie.

Junto al tema de la formación inicial de lo que llamaré lectores literarios, es preciso aludir a las *bibliotecas especializadas* en literatura infantil. Mi concepción de que la literatura infantil solamente cumple una función importante si sirve de

pórtico para acceder al resto del universo literario, me obliga a recordar que en una biblioteca, por muy infantil o juvenil que sea, no deben estar ausentes los clásicos, y que el peligro, en el momento que vivimos, está en que las bibliotecas llamadas infantiles se vean desbordadas por la carrera de las novedades que, incansables, va produciendo el mundo editorial, hasta convertir su actividad en un remedo de esa costumbre de *usar y tirar* implantada por el ciclo habitual del consumo. También en lo que toca a las bibliotecas infantiles debo, por tanto, defender la idea de que son umbrales para facilitar el paso a la pluralidad de los libros y a la universalidad de la literatura, de modo que los niños no lleguen a pensar que sólo son libros dignos de leerse, para encontrar algo de diversión, esos objetos ilustrados en su interior o presentados con portadas de vivos colores.

Para terminar, habría que tocar un tema sin duda candente, el de la competencia, ante el público infantil, de los libros y los productos de la implacable y atronadora oferta audiovisual. También aquí acudiré a mi experiencia para decir que el ser lector adicto no me impidió, de niño, encontrar en el cine y en los tebeos espléndidos refugios para la imaginación. Creo, pues, que los medios audiovisuales, que son unos complementos excelentes para la formación, pueden ser también maravillosos campos de entretenimiento. Pero sigo convencido de la superioridad del código lingüístico sobre los de la imagen, de la superioridad de la palabra escrita para la transmisión de ideas y de sentimientos. Somos lo que somos gracias a los libros, y estoy seguro de que empeoraremos el día que los perdamos, si tal cosa llega a suceder. En cualquier caso, una parte de esa responsabilidad nos corresponde a todos nosotros. ■

* José María Merino es escritor.

Ponencia del II Seminario «La sociedad lectora». Madrid, 1994.

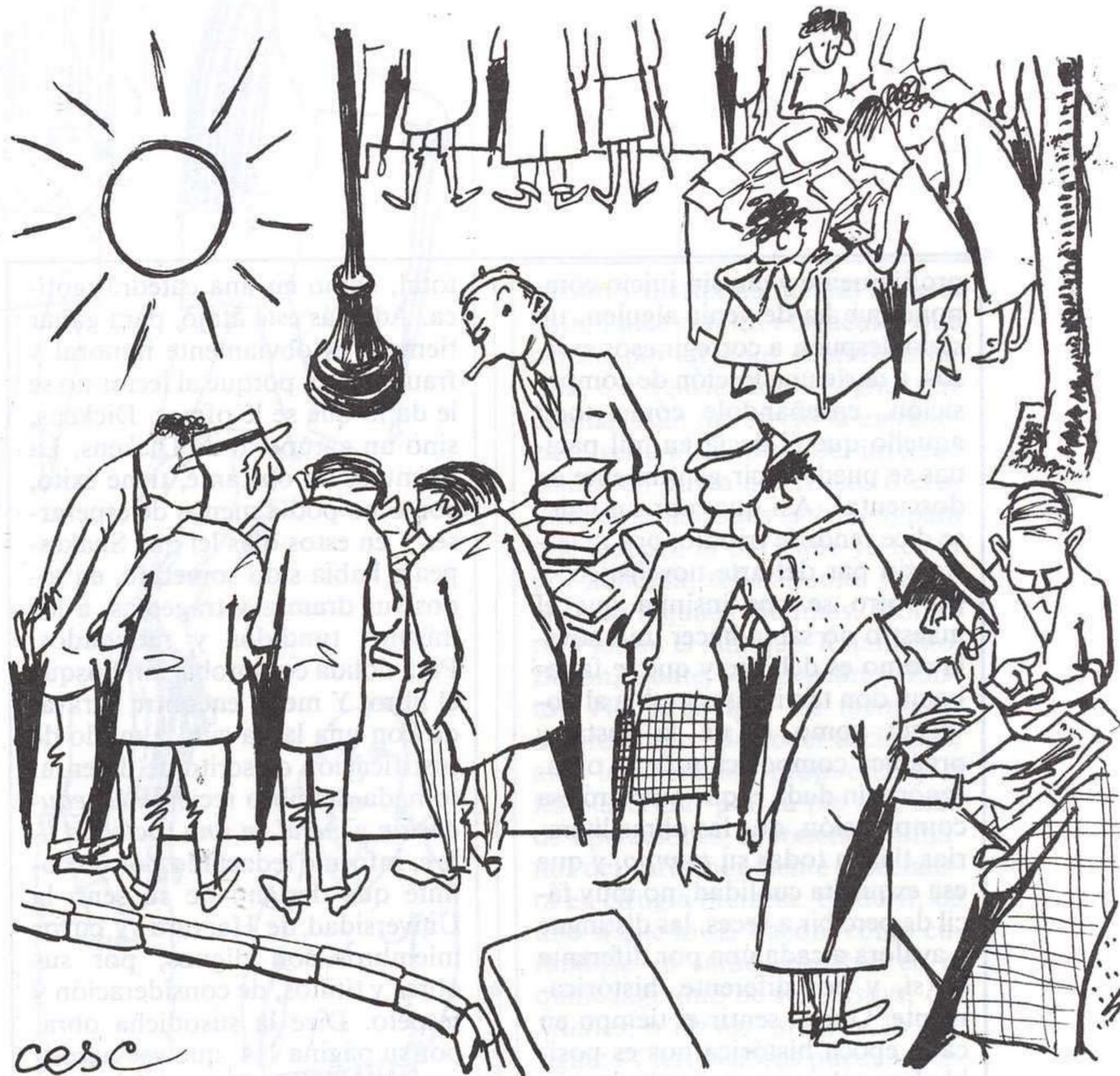
Experiencia pedagógica de un escritor

por Luis Landero*

El arte narrativo es quizás el más viejo y popular del mundo. Nos pasamos la vida contando historias, así que todos somos más o menos sabios en este terreno y, de hecho, cuando el profesor nos enseña las técnicas narrativas o las figuras retóricas, ya las hemos utilizado cientos de veces en nuestros relatos de la vida cotidiana. El autor del artículo, escritor y profesor de Literatura, propone, pues, que a la hora de enseñar literatura, si

ello es posible, se aprovechen estos conocimientos innatos, conectando los contenidos con las experiencias de la vida.

Como lector, como escritor, como profesor, alguna vez he pensado en la posibilidad de que la literatura desaparezca del mundo para siempre, pero enseguida me he consolado con la certeza de que, en efecto, podremos imaginar un mundo sin literatura, pero de ningún modo sin mesas redondas y congresos y cursos sobre literatura. Esto, a mí no me cabe en la cabeza. Es más, exaltado por esa convicción, yo me imagino sin dificultad que un día avanzado del siglo XXI, cuando parece que la cultura impresa tiene ya sus horas contadas, y sin anuncio previo, con ese repente de catástrofe con que suele asestar la historia sus mejores y más certeros golpes, ocurre que escritores, editores, distribuidores, librerías, lectores, profesores y críticos se levantan en armas contra la dictadura de la imagen. Forman patrullas de combate, toman los centros neurálgicos de las redes comunicativas, sabotean satélites y repetidores, detienen y fusilan en juicios sumarísimos a los presentadores de televisión, y un batallón de filólogos asalta y devasta esos Palacios de Invierno que serían la Metro o la ITT. Se liquida a los zares y, enseguida, en un proceso tan frenético y concatenado como el que desarticuló en un vuelo a los países socialistas, y cuyas fases y mecanismos en vano los historiadores de un futuro remoto intentarán reconstruir, se impone la dictadura mundial de la letra impresa. De la noche a la mañana, un día nos enteramos de que un poeta lírico se ha alzado con la Presidencia de los EE.UU., en tanto que al sur, el resto de América empieza a aunarse al fin bajo el liderazgo de hierro de un dramaturgo experimental. Escindido en géneros literarios y en disciplinas humanísticas, el mundo amenaza con volver a la política de bloques y a la guerra fría, y en todos los países, salvo en aquéllos donde algún premio de letrados hubiera impuesto una opción totalitaria, surgirían partidos nunca



DIARIO DE BARCELONA, 23-IV-1954.

vistos: el PC (Partido Costumbrista), la UEB (Unión de Editores de Bolsillo), el PP (Prosistas Populares), etc. Se provee de uniformes de campaña y armas automáticas a los bibliotecarios. Los profesores de literatura dan sus clases a punta de pistola. Por donde pasa el caballo de un crítico literario, ahí no vuelve a crecer más la hierba de la imagen. Taxistas y albañiles habrían de revalidar sus puestos de trabajo con la demostración de haber leído con aprovechamiento 200 libros y compuesto al menos un cuento y un soneto. No se pedirían ya *currículum vitae* sino *currículum retoricae*. Habría depuraciones, habría delaciones («Mi vecino del tercero no ha leído a Galdós ni ha releído a Juan Goytisolo»), habría torturas, sambenitos y capirotos, habría insignias y carnés, y un nuevo fantasma recorrería el mundo: el de la literatura. Ingenieros informáticos y teledictos empecinados («nostálgicos del pasado, reaccionarios»,

en definitiva) celebrarían reuniones clandestinas para ver anuncios de televisión y jugar a los videojuegos.

—Papá, ¿es verdad que antes existía una cosa que se llamaba televisión, y que le dabas a un botón y salían marcianos y asesinos?

—¿Dónde has oído esa tontería?

—No sé, lo ha dicho en clase un profesor con barba.

—Anda, déjate de pamplinas y sigue leyendo *La perfecta casada*.

Educar la sensibilidad

En fin, bromas aparte, la verdad es que yo nunca me he parado a pensar en serio en la pedagogía de la literatura. Lo he intentado ahora, para intervenir aquí, y la cosa es que no se me ocurre nada, fuera de algunos tópicos que no merece la pena reiterar, pero que, así y todo, habré de hacerlo. Como soy profesor de Literatura

prolijamente y tan sin juicio compone que ha de venir alguien, un siglo después, a corregir esos excesos, a darle una lección de composición, enseñándole cómo todo aquello que él decía en mil páginas se puede decir gentilmente en doscientas. Así que, por un lado, se dice rendirle tributo, por maestro sin par del arte novelístico; y por otro se nos insinúa que el maestro no sabía hacer una novela como es debido, y que le faltaba un don tan indispensable al novelista como el de la justa y orgánica composición de la obra. Ignora sin duda el que perpetró esa comprensión, que las obras literarias tienen todas su *tiempo*, y que esa exquisita cualidad, no muy fácil de percibir a veces, las distingue y avalora a cada una por diferente en sí, y por diferente, históricamente. Que el sentir el tiempo en cada época histórica nos es posible hoy solamente a través de esas huellas que nos deja el arte de las variadas formas de sensibilidad de lo temporal.

Tales operaciones se realizan siempre por razones extrínsecas a la obra y ajenas a su valor literario. No se motivan los cortes en consideraciones que apunten a la mayor belleza o perfección del libro, sino en supuestas necesidades exteriores del todo a él y a su propósito. Es como si un museo, para dar a conocer al público uno de esos grandes y elocuentes lienzos de Veronese o Tintoretto, le recortaran unos cuantos palmos de cada lado, so pretexto de que en la sala del museo falta espacio, y debe colocarse, junto a ésta, otras pinturas. Va también este arbitrio contra el sentido de la unidad y totalidad orgánica, de integridad de la gran obra, ya que cada escena, cada capítulo, existen en función de la obra entera, y son miembros, partes vivas, del organismo

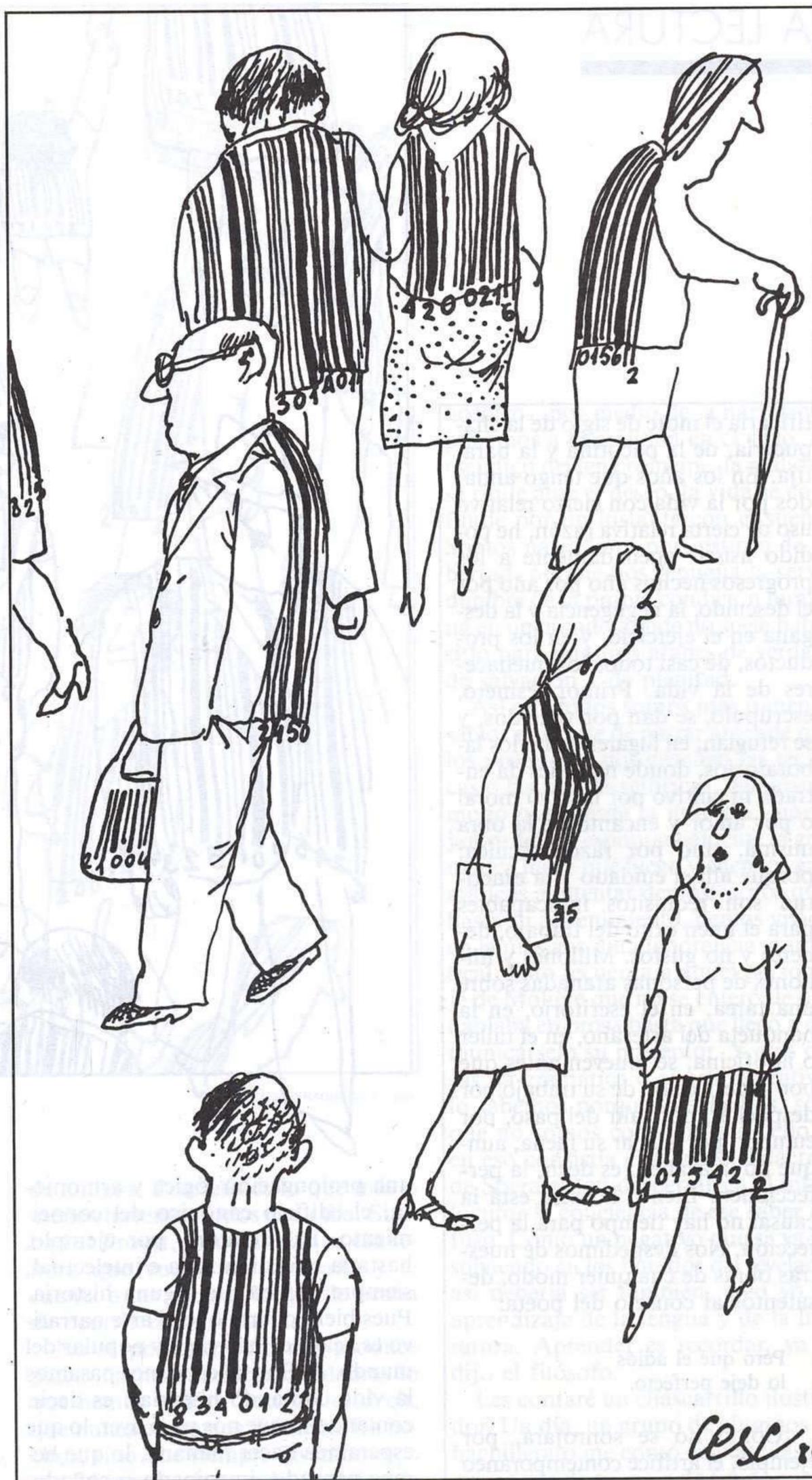
total, como en una catedral gótica. Además este atajo, para ganar tiempo, es obviamente inmoral y fraudulento, porque al lector no se le da lo que se le ofrece, Dickens, sino un gatuperio de Dickens. La fórmula, no obstante, tiene éxito, como no podía menos de esperarse. Y en estos días leí que Shakespeare había sido sometido, en todos sus dramas y tragedias, a los mismos tundidos y mondados. Para dolido comprobación busqué el libro. Y me lo encontré agravado con una larga cita, a modo de justificación o escrito de defensa, tomada del libro reciente *La educación general en una sociedad libre*, informe redactado por un comité que designó de su seno la Universidad de Harvard, y cuyos miembros son dignos, por sus obras y títulos, de consideración y respeto. Dice la susodicha obra, por su página 114, que «se necesitan versiones de las grandes obras limpias de dificultades innecesarias e infructuosas, y que merced a una obra de resumen y refactura (*editing*) se hagan más accesibles al lector común». Mucho me interesó lo de las *dificultades*: (El texto original dice: «*unnecessary and unrewarding obstacles*»). Recordaba yo cierto hermoso pasaje de Coventry Patmore, en *Religio Poetae*, donde se refiere al gusto de leer libros difíciles u oscuros para todo aquel «que busque más que simple diversión, y aunque el camino sea áspero y quebrado, con *peñas enormes y escarpadas colinas...*». Y otro, unos versos de Lope de Vega, perdidos en una comedia:

No estiman los hombres
las empresas llanas.
Todo lo que es fácil
como fácil pasa.

No menos se me vino a la memoria la utilidad que para la edu-

desde hace ya bastantes años, supongo que habré de tener por fuerza algunas experiencias pedagógicas, pero ocurre que no las tengo ordenadas didácticamente ni listas para ser expuestas. Más que un profesor, yo soy acaso un lector experimentado, y como además soy escritor, aprovecho también esa circunstancia para hablar desde esa perspectiva. Mis clases son muy sencillas: leemos y comentamos lo que leemos. En casa, los alumnos leen libros amenos y más o menos fáciles (jamás se me ocurriría dejar a solas una tarde de domingo a un adolescente con *La Celestina*, por ejemplo); en clase, abordamos lecturas más arduas (por ejemplo, *La Celestina*). Como a mí me apasiona la literatura y considero que leer es uno de los mejores placeres que existen, por eso, intento ante todo que mis clases sean razonablemente placenteras y apasionadas. Para ello cuento, claro está, con la complicidad de los autores, que ellos son los que en definitiva enseñan de verdad literatura. O mejor dicho, educan la sensibilidad. Porque, antes que enseñar literatura, hay que educar la sensibilidad. Y la sensibilidad no se enseña: más bien se contagia.

En gran parte, la literatura es una aventura personal, una revelación intransferible. Es un poco como el amor o como un dolor de muelas, que no se pueden explicar. O te enamoras o te duele la muela: quien lo probó lo sabe. Un profesor puede incitar a emprender esa aventura personal, señalar rumbos, abrir puertas, contagiar el entusiasmo —lo cual ya es mucho—, pero no se puede enseñar literatura en un sentido estricto, salvo a quienes previamente estén poseídos ya por el demonio de la literatura. Por eso, me parece una barbaridad pedagógica anteponer la enseñanza de la literatura a la formación y afinamiento de la sensibilidad artística, o de la educación estética. Eso se llama empezar la casa por el tejado. Eso es algo así como regalarle un juguete de cuer-



CESC, UNA HISTÒRIA D'UN PAÍS, BARCELONA: CAIXA DE BARCELONA, 1986.

da a un niño no para que juegue, sino para que estudie la maquinaria que lo anima. De ese modo, se destruye el encanto y la espontaneidad, se convierte al niño en un adulto prematuro, se le pervierte estéticamente. Y lo mismo ocurre con el lenguaje: antes que aprovechar la pasión y la inventiva lingüísticas que hay en todo niño para fortalecer así su competencia idiomática, se le enseña sintaxis arbó-

rea. Hay cierta pedagogía insana, y un punto bellaca, que es cómplice del mal gusto que señorea hoy en nuestra sociedad.

Narradores por instinto

Existe en el hombre, desde la niñez, un saber espontáneo y difuso sobre el que quizás habría que construir, como

cación y disciplina mental tiene el enfrentarse con los obstáculos que ofrece, por ejemplo, la sintaxis latina, e ir venciendo página por página. Aún me creció la extrañeza al ver a los autores del informe acudir en busca de críticos o eruditos especializados (*scholars*) para que realicen la obra que yo tengo por nefanda, señalándoles ya con el dedo algunas víctimas: Homero, Platón, el Antiguo Testamento, Bacon, Dante, Shakespeare y Tolstoi. No sé lo que los mentados autores dirían, de poder decir algo, ante la operación propuesta, y si les placería ir por su pie a la sala de operaciones, a ponerse en manos del correspondiente especialista en cirugía literaria. Es decir, de uno sí que lo sé. Bacon, como curándose en salud, escribió en el quincuagésimo de sus *Essays, On Studies, o De los estudios*, lo que sigue: «Ciertos libros pueden leerse por delegación, y cabe hacer extractos de otros. Por esto, tan sólo tratándose de temas de menor cuantía (*less important arguments*), y de la clase inferior de libros. De otra suerte estos libros destilados son lo mismo que el agua destilada: cosas sin gusto». Supongo que el futuro «abreviador de Bacon» no incluirá estas palabras en su periódica. Si prosigue tan feliz tendencia no tardaremos mucho en encontrarnos que la gran literatura universal ha sido escamoteada, y la sucede una serie de mixtificaciones, imposturas y engañosas, que correrán los mundos amparadas en los nombres mismos de Homero, de Cervantes, de Balzac, a los que traicionan y desnaturalizan sin reparo. Pero después de todo, ¿a qué viene tanto escrupulo si se logra el objetivo príncipe de nuestros días: ganar tiempo?

La vía de la selección

«Plus élire que lire.»

Paul Valéry.

La tentativa de la fuerza bruta, la carnicería y matanza realizadas sobre las obras clásicas a nada lleva, sino a la evasión del problema so capa de resolverlo. Tampoco el intento de los aceleradores de la lectura, el hacer violencia al tiempo, conduce muy lejos, entre otros motivos porque la víctima del ataque se defiende muy bien. Y las otras técnicas —excluida esa de la prisa, por inadmisible—, las de las *Artes* de tal cual o cosa, procuran parvo y muy relativo remedio a la desesperada situación. Lo que conviene es conformarse: conformidad con el tiempo que nos es dado por providencia de Dios, sin propinas ni estirones posibles; conformidad, en consecuencia, con esa realidad que se nos impone de no leer en ese trecho temporal más libros que los que en él queda leer, honda, fecunda y delicadamente. ¿Que no pueden ser muchos? Pues que sean buenos. De Séneca en adelante abundan los testimonios de varones ilustres que se pronuncian en favor de los pocos libros bien leídos, y en contra de los muchos leídos malamente.

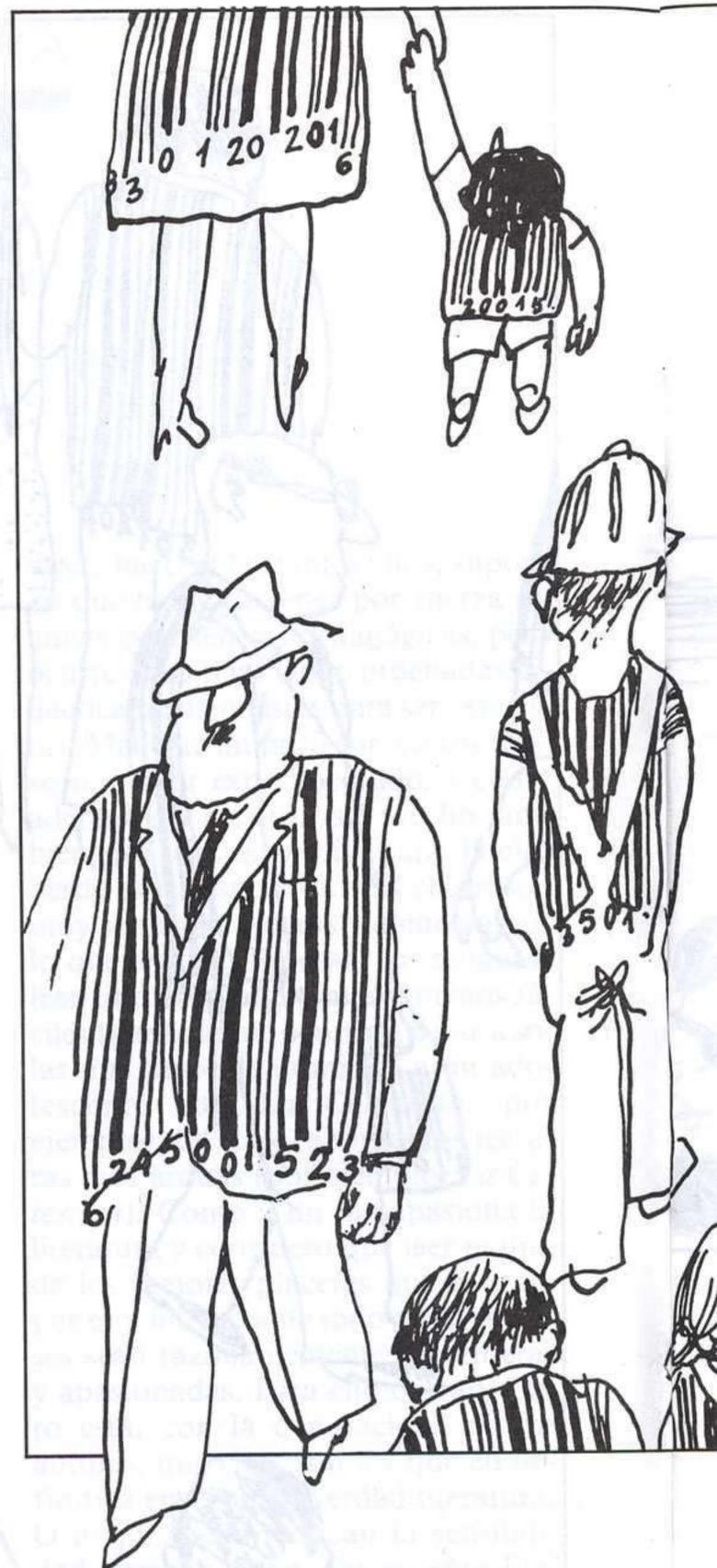
El siglo XX y la chapucería

Por desgracia nuestro siglo no se aparece como el más inclinado y propenso al bien leer. Esto de hacer bien las cosas va quedando reservado, en nuestros días, a unos pocos sectores de la actividad humana: los laboratorios, los campos de deportes y las secciones de contabilidad. Allí sí que se apura mucho. En el resto, nuestro siglo jus-

tificaría el mote de siglo de la chapucería, de la pacotilla y la barajita. En los años que tengo andados por la vida con cierto relativo uso de cierta relativa razón, he podido asistir apenadamente a los progresos hechos año por año por el descuido, la negligencia y la desgana en el ejercicio, y en los productos, de casi todos los quehaceres de la vida. Primor, esmero, escrúpulo, se dan por vencidos, y se refugian, en lugares como los laboratorios, donde no se les da entrada ni cultivo por motivo moral o por amor y encanto de la obra misma, sino por razón técnica: porque allí el cuidado y la exactitud son requisitos inescapables para el buen éxito del trabajo, deberes y no gustos. Millones y millones de personas afanadas sobre una tarea, en el escritorio, en la banqueta del artesano, en el taller o la oficina, se mueven antes que por la perfección de su trabajo por despachar, por salir del paso, por cumplir; por acabar su faena, aunque no la acaben, es decir, la perfeccionen. Bien a la vista está la causa: no hay tiempo para la perfección. Nos despedimos de nuestras obras de cualquier modo, desatentos al consejo del poeta:

Pero que el adiós
lo deje perfecto.

¿Cómo no se sonrojará, por ejemplo, el artífice contemporáneo —que sin duda se toma por muy superior, en cuanto que contemporáneo, al de todas las épocas pasadas— al mirar en las vitrinas de los museos las joyas primorosas del siglo XVI y XVII? Se vaga por las salas del Louvre, del Victoria and Albert, y la vista cae sobre prodigiosos objetos de marfil, sobre manuscritos cubiertos de miniaturas, obras de aquellos siglos que ciertos maestros, llaman bár-



una prolongación lógica y armoniosa, el edificio canónico del conocimiento. La literatura, por ejemplo, hasta la más discursiva e intelectual, siempre nos cuenta alguna historia. Pues bien, ocurre que el arte narrativo es acaso el más viejo y popular del mundo. Al fin y al cabo, nos pasamos la vida contando historias: es decir, contando lo que nos pasó ayer, lo que esperamos hacer mañana, lo que hemos pensado, imaginado o soñado, contando lo que alguien nos contó, o recordando, que es también una forma de narración. Todos somos Simbad, ese mercader que vive pacíficamente en Bagdad y que un día se embarca para ir a negociar a lejanas tierras, sufre un naufragio y corre aventuras magníficas. Y esto le sucedió siete veces. Luego, con los años, regresa definitivamente a Bagdad, retoma su vida ociosa y se dedica a contar sus andanzas a un breve auditorio



CESC (FRAGMENTO), 1984.

de amigos. Pues eso es lo que más o menos hacemos todos cada día. Simbad es Proust, pero también es esa señora que vuelve del mercado y le cuenta a las vecinas lo que le acaba de ocurrir en la frutería.

No sé por qué, pero nos produce placer narrar, recrear con palabras lo que hemos vivido. Recrear: es decir, que nunca contamos fielmente los hechos, sino que siempre inventamos o modificamos algo: a la experiencia real le añadimos la imaginaria, y eso es sobre todo lo que nos produce placer. De ese modo, vivimos dos veces el mismo hecho: cuando lo vivimos y cuando lo contamos. A menudo pasa que, en la realidad, hemos representado papeles secundarios en un suceso; al contarlo, sin embargo, nos reservamos el papel de protagonistas (aunque sólo sea porque lo contamos desde nuestra perspectiva). La realidad nos pone en nuestro sitio; luego,

nosotros, por medio de la narración, ponemos a la realidad en el suyo. El mendigo deviene príncipe, la realidad se rinde ante el deseo, la vida se confunde por un instante con el sueño. Somos narradores por instinto de libertad, porque nos repugna la servidumbre de la propia condición humana en un mundo donde no suele haber sitio para nuestros afanes de verdad, de salvación y de plenitud.

Así que todos somos más o menos sabios en el arte de narrar antes de que los profesores nos enseñen las técnicas o las figuras retóricas, del mismo modo que, desde la infancia, manejamos feliz y espontáneamente la gramática hasta que luego vienen los gramáticos a intentar demostrarnos que, hasta su advenimiento, hemos vivido en la más absoluta ignorancia gramatical. Esto recuerda a aquel personaje de Molière que no se enteró de que hablaba en prosa hasta que llegó a comunicárselo su preceptor. Y esas cosas, la gramática o el arte narrativo, lo sabemos porque lo sabemos, sólo que no somos conscientes de ello, y en eso consistía el método didáctico de Sócrates: en despertar en el interlocutor la conciencia de ese saber difuso. Como un negativo que se va resolviendo en los líquidos del revelado, así debería ser también, creo yo, el aprendizaje de la lengua y de la literatura. Aprender es recordar, ya lo dijo el filósofo.

Les contaré un chascarrillo ilustrador. Un día, un grupo de alumnos de bachillerato me contó en clase las experiencias de su viaje de fin de curso. Allí había simultaneidad (hablaban varios a la vez mezclando distintas secuencias del relato); daban versiones alternadas del mismo hecho según el punto de vista de cada cual; combinaban la primera, la segunda y la tercera personas; unos contaban retrospectivamente y otros linealmente; daban saltos en el tiempo (uno anunciaba el final y otro decía: «Sí, sí, pero espera, que antes hay que contar lo que pasó en el autobús»); se interrumpían,

baros, el XII, el XIII. Se traspasa el umbral de una catedral gótica, y la luz que nos alumbra viene cernida por vidrieras de labor finísima, construcciones tan delicadamente pensadas como ejecutadas en su materia. Junto a eso el siglo *progresado*, el gran siglo del progreso, opone el «cinco y diez», los artículos de pasta hechos en molde, la mercancía de munición. Y es por que premura y voluntad de número, de cantidad, obligan a producir mucho, sea como sea, a hacer de prisa; lo cual equivale, casi siempre, salvo en el caso del genio excepcional, a hacer mal, o a producir cosas que lo mismo da que existan o no. ¿Será posible, en un mundo donde casi todo se hace de cualquier modo, aspirar a que las gentes hagan una cosa bien, leer? ¿Y para leer bien, leer menos libros?

Pereza y cantidad

Por raro que suene, para mí eso de leer muchos libros puede venir de propensión perezosa, de laxitud de voluntad. Recorrerse a la ligera, superficialmente, seis volúmenes apretados, da menos trabajo que leerse a fondo un diálogo de Platón. Por eso se nos desoyen tantos consejos para leer menos y mejor: ¡es tanto más fácil leer más y peor! Y luce, en sociedad; tanto en la sociedad de los letrados como en la de los nescientes. Éstos se asombran siempre de «lo mucho» que ha leído uno. Y aquéllos, también presos dentro del concepto numeral de la cultura, admiran o envidian al colega incansable que sabe decir unas cosas del libro de ayer, que «está al corriente». Sostengo, por caprichoso que parezca, que el leer muchos libros afanándose de tomo en tomo, sin pausa, no es sacrificio; el sacrificio estaría, en todo caso, en esforzarse por leer

mejor; aunque al parecer sea más descansado, en realidad demanda más energía espiritual, del mismo modo que al sistema cardíaco y pulmonar se le da más trabajo recorriendo seis kilómetros por riscales y serranías que doce por llanadas.

Pero convenidos en que ha de leerse menos, se trata de que esa disminución del número de libros no dé en merma de nuestro provecho y placer, ni en rebajo de su altura. Ha de ser una *aminoración selectiva* que, por sabia manera, nos aumente, quitándonos. A menos unidades —libros— leídas, se ha de obtener más; y disminuyendo la cantidad tiene que acendrase la calidad. Esta vía de lo selectivo nos abre un ancho horizonte. Pero antes de ir hacia él se nos impone pensar un poco, y no aventurar nuestros pasos sin discurso ni prudencia.

¿Cuál ha de ser el criterio selectivo? ¿Cuáles sus modos operantes y sus órganos? ¿Quién es el llamado a elegir, cuáles sus títulos y sus principios? Porque si la observación de los hechos no nos engaña, al infortunado lector que en busca de luces eche por esta vía le esperan tropiezos nuevos y riesgos mayores.

Credo

Creo, como yo anticipé, que el hombre moderno ha de aconsejarse a sí mismo ciertas limitaciones en ese desordenado apetito por la lectura que algunos dan por señal cierta de superioridad. Resignarse a no saberlo todo, de todo. No nos pongamos en el camino de morir de atracones, de finar la vida por donde queríamos prolongarla. Esa voracidad que hace a muchos embaularse página tras página, a la carrera, sin tiempo para tomarles



pían unos a otros fragmentando el relato; utilizaban distintos registros: patético, irónico, notarial, burlesco, barrocos unos, clásicos otros, y otros románticos y otros impresionistas; hacían cambios bruscos de perspectiva; incurrieron en digresiones; a unos les gustaba narrar y a otros describir y a otros especular... Yo les juro que ellos no habían leído el *Ulises* de Joyce, ni *La montaña mágica* de Thomas Mann, ni a Proust ni a Musil. Así que yo me prometí a mí mismo que, cuando tuviese que explicarles algo de teoría literaria, haría como Sócrates: despertarlos a la conciencia de un saber que ellos ya sabían, pero que no sabían que lo sabían.

¿Enseñar literatura?

Y algo semejante ocurre, por poner otro ejemplo, con el tiempo narrativo. El tiempo de los libros, el tiempo escrito, se parece mucho al del recuerdo. *El diablo de la botella*, de Stevenson, es un relato que ocupa unos dos años y medio: 30 meses. De ellos, casi todos están despachados convencionalmente, y la verdadera acción ocu-

pa unas cuantas horas de unos cuantos días, dispersos en esos 30 meses. En la vida diaria y objetiva, sin embargo, no podemos omitir el tiempo anodino: lo tenemos que vivir todo, minuto a minuto. La vida, con su tiempo lento y a menudo vulgar, se nos antoja a veces una suma de peripecias irrelevantes. Pero si uno mira el pasado, entonces advierte una trama de episodios significativos. La vida, de pronto, tiene un argumento, y se parece mucho a una novela: el tiempo gris ha desaparecido, o hace las veces de un hilo que uniese las perlas de nuestras mejores o más intensas experiencias. La vida, en el presente, es como un tapiz visto muy de cerca: no vemos sino las minucias, las insignificancias del entramado; cuando nos alejamos, distinguimos nítidamente sus figuras.

Así que la memoria selecciona y poetiza el pasado, y convierte nuestra vida en una obra de arte. Cuando recordamos, la memoria nos está ofreciendo una lección magistral y práctica de teoría literaria, de manejo del tiempo imaginario.

Voy a ilustrar, con un breve ejemplo, cómo la memoria poetiza el pa-



DIARIO DE BARCELONA, 23-IV-1987.

sado. Gracias a los rotos del olvido, en la memoria se reúnen sensaciones que jamás existieron juntas, sino en tiempos diferentes. Eso se llama sinestesia: verde viento, dulce melodía. Es decir, sensaciones inencontrables en la realidad objetiva. Y es que ocurre que las cosas sólo pueden recordarse con fidelidad una vez. A la segunda, el recuerdo está ya contaminado por algún detalle de la primera evocación. Si yo rescato hoy un color azul de hace tres años y en ese instante oigo la risa de un niño, quizá cuando quiera recordar el color años después, recordaré también la risa, y llegará el momento en que no se conciba el uno sin la otra, y entonces habré de decir: «Azul risueño», y juraré que es una expresión tan oportuna como real. En la memoria se quiebra la linealidad del tiempo, y sus pedazos se mezclan como si los barajásemos. Antes que en la literatura, la sinestesia existía ya en la vida: es una consecuencia del naufragio del tiempo en la memoria. La sinestesia es una experiencia existencial. Entre *azul* y *risueño* hay una elisión de varios años. Por eso, el presente no es poético, por eso Funes el memorioso no podría haber incurri-

siquiera el gusto, es muy a menudo, en vez de muestra de potente apetito y cabal salud, indicio de vanidad y ambiciones, de un acucioso afán de lucir, de aparentar; nuevo hijastro de la manía cuantitativa. «Hay que estar enterado»; «*il faut être à la page*». Estos dichos actúan como mandamientos, en muchas almas inocentes o presuntuosas, que antes se declararían reos de parricidio que confesar que no han leído este o aquel libro de moda, o realmente importante. Doquiera se encuentra hoy día de esos «cultos» archileídos, que destilan citas y chorrean autoridades sin que por ninguna parte se les note el juicio que la frecuentación de tantos juicios debía haberles dado.

Y en los ejemplos mejores, cuando ya no media, consciente o inconscientemente, el estímulo de la vanidad, sufre el hombre moderno de un delirio de lecturas, equivalente al delirio de grandezas del megalómano vulgar. En Norteamérica se llama a un cierto tipo de amante frenético de las riquezas «*the get rich quick*», «el hacedineros apresurado». Este hombre arroja toda su energía, bien mondana de escrúpulos y distintos éticos, a la faena de amontonar dineros a toda prisa y a cualquier costa. En la esfera intelectual también se encuentran acelerados, que todo lo atropellan por añadir cifras y nombres a su haber de lecturas. Y de ahí una cierta angustia, de frecuente observación, en bastantes intelectuales; son los angustiados acuciados de secreta y, por lo demás, noble ambición de ganarle la carrera al tiempo y a los números, y leerlo todo. Cualquier selección implica renuncia. Y si no hay más vía de salvación que la selectiva, el primer paso de la facultad de elegir ha de consistir, por penoso que sea, en renunciar a esa pre-

tensión totalitaria de la lectura. Se atribuye a un campesino español el apotegma bien conocido: «Todo lo sabemos entre todos.» ¿Por qué no va a trasladarse a «Todo lo leemos entre todos»? Ése es el gran consuelo de los autores secundarios, en los que pensaba con maternal delicadeza Virginia Woolf. Cabe la esperanza de que siempre habrá unos ojos que caigan noblemente curiosos sobre un libro de versos de segunda o tercera vez, de esos desvalidos o desdeñados por los profesores; o que discurren, gustosos, por una novela poco transitada en nuestros días.

Creo que la facultad señora en la lectura ha de ser la selectiva; pero de la lista no *se parte*, como querrían los abogados de las centenas; a la lista *se llega*. Ése es el magno error de enfoque: empezar, artificialmente, por donde ha de acabarse, naturalmente. La faena de echarse cada cual sus cuentas sobre los mejores libros corresponde a cada individuo, es tanto derecho como deber, y, en consecuencia, intrasferible. Ni esa selección puede venir impuesta autoritariamente desde fuera, ni es dable formularla en cifras inflexibles o en nombres tasados. Si el alma es atributo supremo del hombre, la lectura, función nobilísima suya, por respeto a tantas dignidades, nacidas para el ejercicio del libre albedrío, nunca se las debe forzar con esos tranquilos de periócas, listas y clásicos abreviados. La decisión sobre la validez y eficacia espiritual que tengan en una persona las páginas de una tragedia de Shakespeare o una novela de Dickens, sólo a esa persona le corresponde, después de habérselas leído todas. Late, por detrás de esos *tratamientos* para lectores, una cierta desconfianza en el ser humano, en sus potencias de discernimiento para llegar a saber lo que le gusta, y por

qué, soltándose de las fáciles andaderas.

Si esa tarea de la selección no tiene más actor posible que cada uno, tampoco tiene otro tiempo marcado, asignado para un cumplimiento, que no sea el tiempo de la vida entera. Se inicia con el advenimiento y ejercicio consciente de la razón, y no hay límite que poner a su práctica más que el que forzosamente aguarda, cuando antes, cuando después, al de todas las cosas humanas. La lectura, que no es actividad meramente racional ni emocional, que es concurso feliz de las varias potencias del alma y a todas debe incluirlas en sus labores y en sus fiestas, ha de seguirnos por nuestra vida, ceñida a sus vueltas, ajustada a sus pasos, inseparable de ella, viviéndose en sus distintos estados y edades. Y tiene la virtud de operar en nuestra existencia, compensadamente y a contra-tiempo; porque cuando empiezan a flaquear y a traspillarse ciertas facultades y energías corporales, ella se siente más capaz y segura de sus obras, y consuela al hombre de otras faltas, transfiriendo el placer y la dignidad de vivir a sus más altos asientos. De suerte que la famosa lista de libros preferibles se presenta únicamente posible en forma de codicilo testamentario y última palabra.

Entonces, se dirán algunos, a vueltas de tanto discurrir, ¿lo único que se propugna es dejar al apurado lector solo frente al monstruo, sin norma y sin arma? No. Si propongo que despida a esa tropa de tutores, guardadores y mediadores, no es para abandonárselo, fácil presa, a las garras de su enemigo; es porque creo que su defensa a él le corresponde y que él tiene que ejercitarla, sin vicarios. Pero hay que enseñarle a defenderse. Ése es el deber de la sociedad. Y ahí viene el último artículo de mi credo.



CESC (FRAGMENTO), 1954.

do en sinestesia, porque el olvido, y por tanto la invención poética, le estaba vedado.

Con todo esto podría quizá pensarse que la pedagogía puede llegar a ser el asunto más sencillo del mundo cuando se conectan los contenidos con las experiencias de la vida, y cuando hay pasión, amor y sentido común. Y así debía de ser. Sin embargo, todos sabemos que el diablo dispone las cosas de otro modo. Yo soy lector, escritor y profesor, por este orden. El lector que soy piensa a veces que la experiencia estética tiene mucho de revelación personal, y que en esa medida es intransferible y casi incommunicable. Y pone aquel ejemplo que aducía Tolstoi de un ciego al que intentaban explicarle cómo era el color blanco. «Es como la leche», le decían. «Entonces, ¿se vierte?», preguntaba el ciego. «Bueno, digamos que es como el papel.» «Luego entonces, ¿cruje?» «No, digamos que es como la nieve.» «Entonces, ¿es fría?», inquiría el pobre ciego. No había modo de transmitir aquella experiencia elemental. El profesor que uno es, sin embargo, es menos tajante y piensa que, a pesar de todo, algo se puede hacer: si no enseñar literatura, sí poner a los alumnos en disposición de dejarse seducir por ella. Los dos, con los años, han ido sucumbiendo a la paradoja de que la literatura se aprende pero no

se enseña. Al menos, en eso están de acuerdo los dos.

Pero luego viene la realidad con sus rebajas. Miren ustedes: un alumno medio de tercero de BUP o de COU lee silabeando y a trompicones, tiene dificultades casi insalvables para entender el editorial de un periódico, escribe con oraciones simples donde apenas aparecen otros verbos que *ser* y *estar*, su bagaje léxico es exiguo, quiere explicar algo y no le alcanzan las palabras. Pero, eso sí, cuando salga a la calle, o cuando llegue a su casa, los hechiceros de la cultura de masas, en complicidad con la mayoría de los ciudadanos, le tendrán preparado el desquite por medio de algún espectáculo con el que hace tiempo que no consigue conectar la cultura escolar. Lo que la escuela enseña, el mal gusto social lo niega y escarnea. De ser el gran consejero áulico, la vieja y noble cultura humanística, y también la literatura, ha pasado a desempeñar funciones de bufón, y a competir desventajosamente con los otros bufones que ha aportado la más ínfima cultura de masas. Como mucho, le queda aún el pálido resplandor de lo que un día fue: es un bufón cuyos chistes plantean todavía enigmas, y cuyo fulgor estético y moral puede llegar a provocar la alta emoción, y la alta amenidad, del arte y del conocimiento. Pero el hombre común de hoy está cansado de enigmas, y en cuanto a la emoción y amenidad estéticas, los otros bufones las proporcionan más baratas, cómodas y bonitas.

Y, sin embargo, pocas cosas hay tan necesarias hoy como enseñar historia, filosofía o literatura. Porque si ellas no consiguen civilizar a este mono que parece no acostumbrarse a vivir sin el rabo, no sé yo qué otra cosa podría salvarlo. Particularmente, espero que no sean ni los dioses ni los caudillos. ■

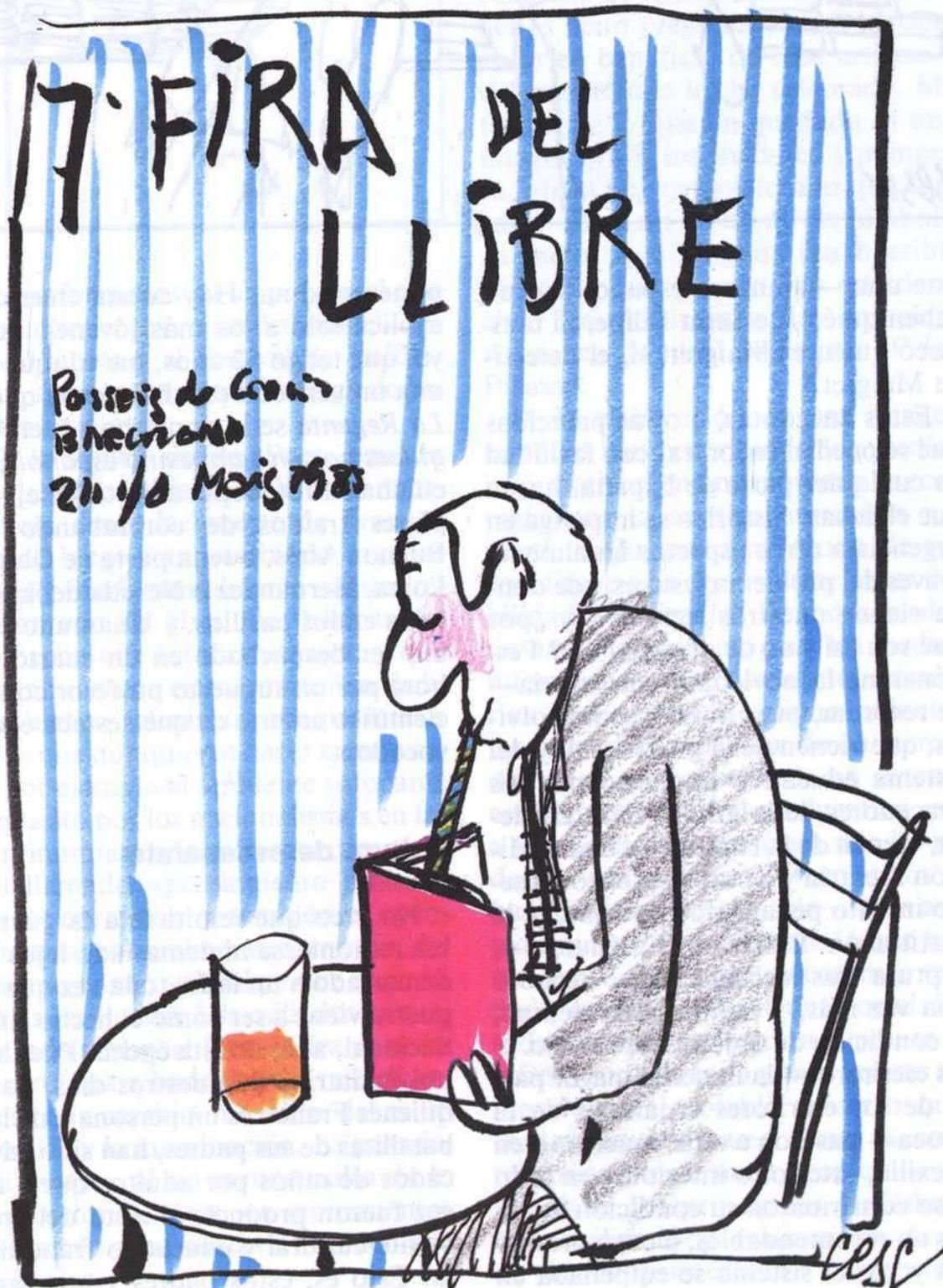
* Luis Landero es escritor.

Ponencia del II Seminario «La sociedad lectora». Madrid, 1994.

La información cultural

por Pedro Sorela*

El problema de la lectura en España tiene, en opinión de Pedro Sorela, profundas raíces culturales, históricas y económicas. El franquismo supuso la ruptura de una tradición literaria tras la cual el libro recobró la condición de objeto sospechoso; pero, con la democracia, que ha propiciado lo que se llama cultura light, tampoco se ha sabido subsanar esta carencia. La reforma de la educación, la creación de una red de bibliotecas escolares, y una elevación del tono cultural en las cadenas de TV pública son las tres propuestas que hace el autor para dar un empuje a la cultura del libro en nuestro país.



Hace un par de años me encontré a final de curso, después de los exámenes, a uno de mis alumnos de redacción en la Universidad Complutense. Era uno de esos jóvenes vestidos de negro que se sientan en la última fila y miran con aconsejable desconfianza hacia el profesor, y pertenecía a lo que yo llamaba el «ala cinematográfico-leninista» de la clase, pues algunos de ellos siempre andaban recomendándome extrañas —y, a menudo, buenas— películas de cines de madrugada. Este joven, que no me había dirigido la palabra durante todo el curso, se acercó al final —después de la entrega de notas— y me dijo algo así como: «Quería agradecerle los libros que nos ha hecho usted leer. Yo no sabía que se podía leer así. A partir de ahora tengo la intención de convertirme en un adicto».

No cuento esta anécdota por lo que podríamos llamar *vanidad pedagógica* —mi soberbia se alimenta de otros hechos menos inocentes—, sino porque esa frase, «yo no sabía que se podía leer así», me parece desde entonces extraordinariamente significativa. Y espero que a ustedes también se lo parezca cuando les diga la lista que al estudiante le resultaba tan novedosa: Borges, el Capote de *A sangre fría* o *Música para camaleones*; el García Márquez de las últimas Notas Periódicas y el *Náufrago*; el Rilke de las *Cartas a un joven poeta*; el Orwell de *Homenaje a Cataluña* y el Victor Hugo de *Los Miserables*, entre otros, hasta un total de unos 14 libros a los que se sumó, mediado el curso, *La cartuja de Parma*. Y se sumó por la sencilla razón de que un día descubrí, no sin un gran asombro y frustración, que ni uno solo de mis alumnos —ni uno— sabía quién era Stendhal. No digo que no lo hubieran leído. Es que no sabían quién era. El año anterior sólo dos alumnos habían sabido quién era Cortázar. (Y después de escribir estas líneas me entero de que al menos quince alumnos de mi clase de



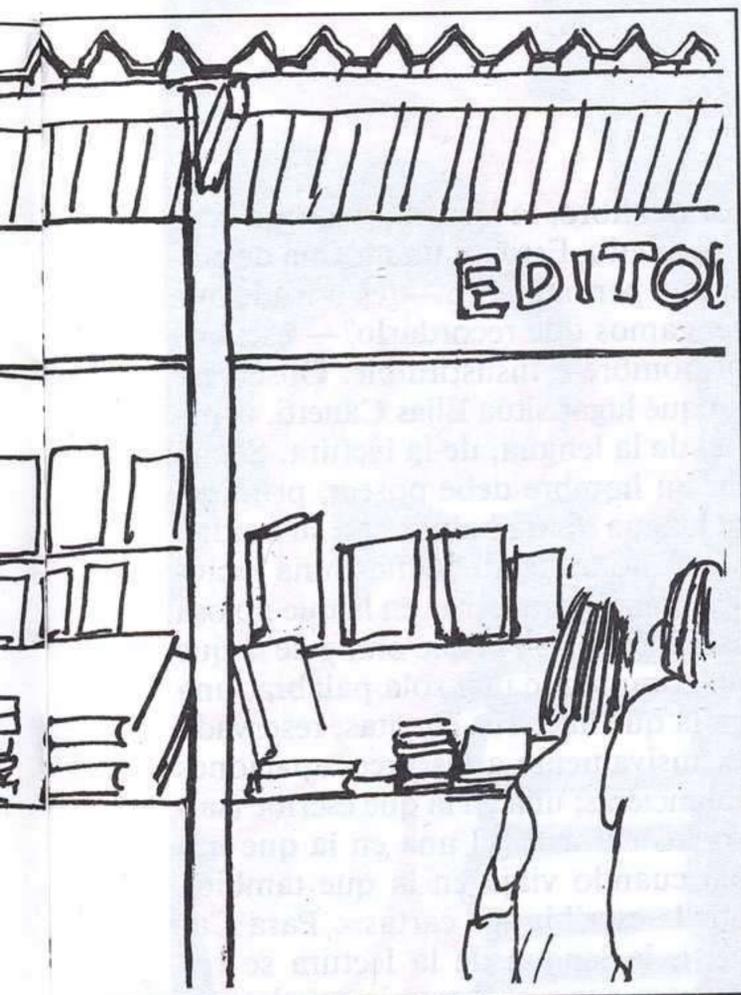
este año —alumnos españoles— no saben quién fue León Felipe, ni tampoco quién es Maigret; sí, el detective Maigret.)

Estas anécdotas, u otras parecidas que se pueden encontrar con facilidad en cualquier parte de España, hacen que el debate histórico se imponga en urgencia a otros aspectos igualmente graves del problema; esto es, ¿de dónde vienen nuestros lectores?, y ¿por qué son así y no de otra manera? Perdónenme la obviedad —necesaria— de recordar, pues a veces se nos olvida, que vienen de la guerra civil y del sistema educativo impuesto por los vencedores de la guerra civil. Es decir, vienen de la ruptura de una tradición literaria y de un comienzo de serio intento pedagógico nacional —la Institución Libre de Enseñanza—, ruptura tras la cual el libro recobró una vez más, y para mucho tiempo, la condición de objeto sospechoso. Y los escritores —la inmensa mayor parte de los escritores españoles de la época— pasaron a estar muertos o en el exilio, exterior o interior, y en todo caso confirmaron su condición de seres no recomendables, a cuya presencia y voz el sistema se empeñaba en

poner sordina. Hoy cuesta creerlo o explicárselo a los más jóvenes, pero yo, que tengo 42 años, me eduqué en una universidad española en la que a *La Regenta* se le ponía bozal, el *Requiem por un campesino español* circulaba en fotocopia a partir de ejemplares traídos de contrabando de Buenos Aires, buena parte de García Lorca, Hernández o Neruda debía ser leída en los pasillos, y Unamuno podía ser despachado en un cuarto de hora por un supuesto profesor con el científico criterio de que «estaba equivocado».

Cultura de escaparate

No creo que remitirse a la guerra sea remontarse ni demasiado lejos ni demasiado a un lado, toda vez que la guerra viene a ser como el hecho fundacional, aún, de esta época. Pues los universitarios de nuestros días, para quienes Franco es un personaje de las batallitas de sus padres, han sido educados de niños por adultos que a su vez fueron producto directo del ambiente cultural y educativo franquista. Esto es, estos padres y maestros



Y llegamos: en los últimos 17 años la cultura ha tomado un enorme protagonismo en la vida pública española, pero no descubro nada si digo que más como efímera moneda de mercado político y de imagen que como verdadera inversión: es decir, en silencio, a largo plazo, con inciertos resultados. Por ejemplo, la cultura española ha reivindicado numerosos nombres durante estos años —Picaso, García Lorca, Machado, Unamuno, Dalí, Miró, etc.—, y después de cada una de estas grandes celebraciones es lícito preguntarse qué ha quedado en beneficio de esos artistas y del pueblo que les ha celebrado. Me temo que lo que ha quedado es una imagen grave, institucional y pomposa, ajena por completo a lo que fueron y que a mi modo de ver simboliza mejor que ninguna esa horrible plazoleta que, no veo con qué derecho, los fabricantes del complejo Azca, en Madrid, llamaron Plaza Picasso.

A la elaboración de esa imagen también han contribuido los medios informativos, en un fenómeno de contagio por la acrítica atmósfera general, en lo que a mi modo de ver constituye una de sus principales debilidades en España. De todos modos no hay que pedir utopías: los medios informativos, a los que algunos desearían poder atribuir misiones redentoras radicales, dependen de un mercado, y éste es producto de un sistema económico, cultural y educativo que a su vez, etcétera, etcétera. No les pidamos a los medios informativos la luna. Exijámosles tan sólo —y les aseguro que no es poco, visto lo que hay que ver— que la pinten con más verdad y originalidad que una postal. De todas formas, en lo que a la prensa se refiere, sería de todo punto injusto no mencionar el notable esfuerzo que, contra viento y marea —esto es, contra un ambiente nada propicio— algunos de los principales periódicos han realizado y realizan en favor de la cultura escrita, reconocién-

fueron formados en un país en el que acontecimientos culturales eran el Premio Planeta y el Festival de Eurovisión, o en su defecto la entrega de los Premios Goya.

Y lo siguen siendo. Pues, ¿qué es lo que ha cambiado en la cultura española desde la muerte de Franco? Desde luego han cambiado muchas cosas y fundamentalmente nuestra relación con las libertades básicas. Es un hecho que las disfrutamos, y que vivimos en una cierta atmósfera de liberalismo y tolerancia, aunque menor de lo que nos quieren hacer creer: véase por ejemplo el ambiente sofocante impuesto por los nacionalismos en las Autonomías, o la creciente presencia del llamado «pensamiento políticamente correcto», y también el «pensamiento culturalmente correcto», del que muy poco se habla y que merecería un seminario. Los exiliados han regresado y Miguel Hernández ya no es pretexto para banderas del más diverso tipo; a cambio, me temo, del exilio interior y la marginación, ha pasado, sin escalas, al no menor exilio de lo institucional. Pues los monumentos oscurecen a los poetas e impiden que se les lea.

Educar para leer y leer para educar

Creer, hoy día, en alguna manera de educación que no sea la atlética, los entrenamientos deportivos que, según dicen, son de resultado seguro, es cosa deslucida, y que no se lleva en los círculos intelectuales elegantes. Allí, la moneda de más curso es la agudeza del ingenio, con su punta de desprecio ante todo lo que huele a educación. Y la única salida que los propios educadores tienen de hacerse perdonar que lo son es burlarse, ellos también, de serlo.

A esta situación no se ha llegado sin porqué. Maestros y maestritos, y sobre todo los maestros profesionales de los maestros, han cogido por su cuenta a la noble, hermosa figura de la educación, la han sometido a tales maltratos, deformaciones, embadurnos y pintarrajos, y han sobrepuesto a su habla natural una jerga técnica, tan cómicamente esotérica, que hoy ya no se la ve sino como espantajo y adefesio, que da risa o ganas de huirla. Y, sin embargo, la educación, conforme los que más entienden de estas cosas, es un hecho natural, una realidad que se impone al hombre, antes de que éste la convierta en un sistema reflexivo. Y ya que inevitable, parece conveniente que sea lo mejor que pueda. La solución del gran drama de la lectura está, para mí, en la enseñanza de la lectura. En la formación del lector.

¿Por quién, y desde cuándo? Por la escuela y desde que se entra en contacto con las letras; en cuanto se empieza a enseñar las letras. Al precepto del dómine forzado, «la letra con sangre entra», sustitúyase el del pedagogo inteligente: «la letra con letra entra». Porque si se repasan esos remedios que hemos venido examinando, saltará a la vista que todos convienen en su

dole una importancia que a menudo pasa por delante de sus intereses económicos. En Europa no hay muchos periódicos que puedan rivalizar con algunos de los españoles en ese aspecto —en México sí, todo hay que decirlo—, aunque también es verdad que esos países europeos tienen otros medios de apoyo al libro.

Tampoco toda la responsabilidad es de los políticos que, a fin de cuentas, se limitaron a proporcionar lo que creían que les pedían sus votantes, en uno de los característicos círculos viciosos que enferman la cultura. Porque reconozcamos que no ha sido el ambiente español el más propicio a la cultura, durante los últimos años, pese a las apariencias, sino más bien todo lo contrario. Esto daría para una tesis, o para veinte, pero digamos de una vez que el ambiente de zarzuela posmoderna que tan bien refleja Almodóvar en sus películas, o las que se han dado en llamar «cultura del escarapate» y «cultura del pelotazo», con cínicos y elegantes pillos autopropuestos como héroes populares de nuestro tiempo, no constituyen el caldo más propicio para crear una nueva Florencia, como parecía, a juzgar por el triunfalismo ambiente, que estábamos construyendo. De nuevo, esa cultura fue producto de nuestros inmediatos antecedentes; esto es, de la desoladora indefensión en la que nos ha dejado nuestra historia, por la que nunca pasó más que un coletazo de la Ilustración, y sólo a ráfagas.

La lectura en España: una grave carencia

Me gustaría insistir en que estoy hablando del problema de la lectura en España. Pues el raquíto nivel de los índices de lectura en este país se debe tanto al hecho de que un Galdós pudiese ser sospechoso hace tan sólo veinte años como al hecho invertebrado de que el *yuppismo* haya sido propuesto con total impunidad como el

remedio, el único remedio, para suplir nuestras graves carencias. Ojalá que la crisis que vivimos se decante, por una vez, no hacia cualquier extremismo que sólo agravaría la situación, pero sí hacia un sano escepticismo creador. De todas formas quizá la cri-



CESC (NO PUBLICADO), 1987.

sis no sea tan mala, desde el punto de vista de la creación. Y no la crisis, sino la incertidumbre. Pues me parece que la creación tiene muy poco que ver con la seguridad y la certeza. En síntesis:

—Vivimos una cultura de lo leve que no sólo es el reflejo de la posmodernidad universal sino que en este país, agravada la situación por nuestra historia, hemos cultivado con auténtico mimo, quizá porque parecía una especie de remedio mágico a problemas centenarios, algo así como el milagro de la venta a España de la colección Thyssen.

—Sólo en esta frivolidad ambiente es concebible que se pueda poner entre interrogantes —y se pone— el va-

lor del libro, la lectura, y lo que lleva aparejado. Esto es, una forma de cultura y pensamiento —¿es posible que tengamos que recordarlo?— esencial al hombre e insustituible. Obsérvese en qué lugar sitúa Elías Canetti, el papel de la lengua, de la lectura. Según él, un hombre debe poseer, primero, la lengua «para hablar con su madre, y que no utilizará ya más; una exclusivamente para leer, y en la que no osa escribir; una en la que ora, y de la que no comprende una sola palabra; una en la que hace sus cuentas, reservada exclusivamente a las preocupaciones financieras; una en la que escribe (salvo sus cartas); [y] una en la que habla cuando viaja en la que también puede escribir sus cartas». Para Canetti, la lengua de la lectura se encuentra entre el lenguaje con la madre y el lenguaje de la oración, y en ella, además, no osa escribir.¹

Incluso entre los lectores, y por consiguiente entre algunos escritores, temerosos de ser expulsados al limbo por las leyes del mercado, tiende a imponerse la idea de que la lectura ha de ser lo menos parecido a lo esencial de la lectura. Esto es, no ha de requerir imaginación e inteligencia —a menudo triunfa la anécdota y la trivialidad sobre todo lo demás— y ha de emparentarse lo más estrechamente posible con lo que no es literatura; el cine, por ejemplo. (En las Facultades de Letras la gente no lee y una alumna de quinto de Filología Española reconoce con toda tranquilidad que nunca ha leído a Borges y que no cree que sea fundamental. Lo grave no es que lo diga. Lo grave es que esta analfabeta funcional haya podido llegar a quinto de Filología: su título, que será mentira como una sopa de sobre, simboliza sin embargo las muchas máscaras de las que se recubre la cultura en España.)

—Ausente del panorama por completo lo clásico —es decir la tradición, el rigor y la inteligencia contrastados por el tiempo; el conocimiento de quiénes somos y de dónde venimos—,

LOS 50 AÑOS DEL DÍA DEL LI- BRO



y ausente no sólo de la actualidad, sino de la formación de nuestros formadores y de nuestros lectores, se abre camino sin pudor la idea de que calidad es repercusión sobre el gran público, cifras de venta y posibilidades de ser traducido al cine o, mejor aún, a la televisión, y de que cultura es también cierta combinación de tomates con anchoas y determinados caprichos de los modistos. Es decir, la temible posmodernidad, que en la invertebración española ha encontrado inmejorable abono.

—La televisión, habitual acusada en el debate sobre la lectura, no es tanto una causa como un síntoma del nivel cultural del que se desprende con toda naturalidad la ausencia de lectu-

ra. Lejos de mí la tentación radical; pero se me antoja evidente que una persona que aguanta con naturalidad los concursos de la televisión, o los culebrones, o incluso las películas, mutiladas impunemente por todo tipo de barbaries publicísticas y doblajes infames, pueda sentarse a continuación a leer a Leon Tolstoi o a Peter Matthiessen; ni siquiera a los autores que han vendido su alma y pretenden rivalizar con los culebrones, que siempre les ganarán en su propio terreno. Visto que, al parecer, esa televisión-basura concita el interés de la inmensa mayoría de los españoles, las conclusiones son obvias. Las responsabilidades también.

—Pero el de la televisión es un buen

territorio para el debate, por cuanto es un síntoma del estado de la cultura, siempre difuso, y a la vez algo muy concreto. Pues cabe la televisión de *La máquina de la verdad*, en el extremo de la aberración, televisiva y lingüística, y la televisión de *Retorno a Brideshead*, excelencia programada hace por lo menos ya diez años y que no ha tenido continuación alguna. Las dos emisiones simbolizan la ambigüedad del debate sobre la televisión, pues si es poco probable la lectura entre los espectadores de *La máquina*, apostarí a que la proyección de *Brideshead* la aumenta. De hecho *Brideshead* es uno de los grandes éxitos de Tusquets, en un fenómeno parecido al de *Los gozos y las sombras*, que rescató a Torrente Ballester de la desmoralización y la tentación del silencio.

—De todas formas, y quizás esta observación fuese más conveniente en un debate sobre Sanidad, resulta urgente quebrar muchas de las supersticiones en vigor sobre la libertad de expresión, y hacer una llamada al gobierno cultural y educativo para que asuma sus responsabilidades: es preciso advertir a los ciudadanos, desde el colegio, que la televisión puede ser un objeto peligroso, ya que es posible la adicción y en ocasiones llega a ser perjudicial para la inteligencia. Como suena. Ya existe una literatura médica suficientemente abundante. No estoy hablando de intervención, ni de censura. En lo que a las televisiones públicas se refiere, estoy hablando de libertad de expresión y de recepción para todos. En otras palabras, de una programación que cumpla con sus objetivos de informar y distraer, y también formar, qué diablos, sin que nos arrepintamos por haber pagado impuestos.

Temas para el debate

Quiero dejar clara mi convicción de que el problema de la lectura tiene profundas raíces culturales, históricas

BARCELONA: GREMIO DE EDITORES, 1976.

...y además un libro!

DIAS DEL LIBRO



y económicas, y no se soluciona con irrelevantes e inefables campañas publicitarias con la reciente del mono, que fue en sí misma un síntoma: «No asustemos a los analfabetos —venía a decir—; seamos como ellos». Confiar a los publicistas el que a mi modo de ver es el más grave problema de la cultura española revela mucho de lo que se entiende en este país por administración cultural.

Dicho esto, adelantaría tres propuestas para el debate:

—El abandono por el Gobierno de la perniciosa idea de que la Televisión Española ha de regirse con el mismo mercantilismo ramplón que una *boutique* de modas, cuyos resultados —creo que los económicos son secundarios— están a la vista de quienes quieran mirar, que no somos todos, ni mucho menos. Estoy convencido de que una elevación del tono en las dos o tres cadenas públicas incidiría en el tono cultural del país, e inevitablemente en la demanda de lectura.

—Reconozcamos de una vez que la biblioteca pública no pertenece todavía a los hábitos culturales españoles, y que es inútil seguir intentando edificarla por el tercer piso. La experiencia demuestra que las bibliotecas públicas se suelen pudrir de aburrimiento antes de ser derribadas por el especulador, y ello, salvedad hecha de algunas iniciativas excelentes por toda la geografía española. Propongo, pues, la creación, desde el Ministerio de Educación, de una red de bibliotecas escolares que no requieren más que unas líneas en el BOE, como han demostrado ingleses, alemanes y franceses, con quienes lo aprendí, y una dotación relativamente discreta para liberar a un cuerpo de profesores que se encargue de ellas en exclusiva. Y en el caso de que ello no siempre sea posible, refuércense las bibliotecas de aula, creadas por el profesor con los muy respetables medios de un armario, un candado y unos treinta libros traídos por los alumnos, y recuperados a fin de año, a partir de una lista

de libros *buenos y atractivos* propuesta por el profesor. Nada más sencillo y barato, y, por experiencia propia de una década como escolar, nada más eficaz.

Claro que este procedimiento requiere el milagro de que el profesor *sepa* elaborar una lista de títulos atractivos para cada edad. Lo llamo milagro porque yo también he sido víctima de las Facultades españolas de Filología de las que egresan los profesores de Literatura, en donde demasiado a menudo se entiende que el estudio de la literatura es el aprendizaje de las fechas de edición de *La Celestina* o, entre los más contemporáneos, la deconstrucción aplicada a insufribles edificios de ladrillo y cemento. Como profesor, a menudo maldigo a mis colegas que, en cursos posteriores al que yo dicto, simplemente destruyen la poca afición que yo haya po-

dido inculcar a la literatura, en un período, el universitario, que de todas formas es ya demasiado tardío.

—De ello se deduce pues la tercera y quizá más ambiciosa propuesta: la utópica e imposible reforma de la educación española de tal modo, que se logre frenar un poco el ingreso en la docencia de parados sin otra salida, burócratas apegados a normas y programas que son fotocopias, como dice el don Josep de la última obra de Els Joglars —obra que propongo para ilustrar este debate—, y gente contaminada ya de televisión, para quien el libro es un obstáculo existente con el único propósito de aumentar su cansancio. Reforma igualmente vital —y cuya demanda parece una broma de ficción política— es la urgente reintroducción, en los colegios, de estudios, si no clásicos, que sería pedir la luna, al menos serios. Y una vez más,

1964.

no se confunda *seriedad* con sofocantes lenguajes academicistas y burocráticos.

Un buen lector: un milagro

Que la sociedad cultural y la Administración educativa de este país hayan permitido el ninguneo de los estudios de Humanidades en los colegios —estudios que son los que a la larga importan, digámoslo claramente—, para su sustitución por tecnologismos y modas no demasiado contrastadas, y con el resultado que padece ya más de una generación de españoles y por tanto hipoteca a todo el país, es índice de muchas cosas pero sobre todo de la gravedad de la situación: uno estaría dispuesto a creer en conspiraciones orwellianas, como mínimo, si fuera posible tanta imaginación en esas cabezas. Pero la experiencia demuestra que la imaginación suele estar penalizada entre los administradores de la educación y la cultura.

El de la educación es el problema central de este país, a mi juicio, pero nadie parece querer verlo, o tener el coraje de afrontarlo. En otros países lo saben, saben de su importancia, a menudo menos urgente, y actúan en consecuencia. Nosotros estaremos pagando la cuenta mucho tiempo, y a un costo mucho mayor del que imaginamos.

«Los buenos lectores son cisnes aún más tenebrosos y singulares que los buenos autores —dejó dicho Borges—, [y] leer, por lo pronto, es una actividad posterior a la de escribir: más resignada, más civil, más intelectual.»² Un buen lector es, por tanto, un milagro aún mayor que el de un buen profesor o el de un gobernante de verdad interesado por la cultura, que socava su poder. Pero un buen lector es algo azaroso sólo hasta cierto punto, como demuestra la geografía estadística. En la creación de lectores intervienen decisiones políticas no forzosamente costosas —y aunque

lo fueran—, pero cuya rentabilidad, sin duda, sólo se ve a largo plazo; es decir, una rentabilidad poco atractiva para la política más inmediata. Quizá por ello habría que pensar en imponerla, pues las decisiones políticas, a fin de cuentas, dependen de nosotros.

Aunque no lo parezca, todo lo que he dicho se desprende del ritmo, el tono y la historia cuyo comienzo voy a contarles, privilegio que sólo tiene la literatura cuando merece el nombre:

«Quizá no hubo días en nuestra infancia más plenamente vividos que aquellos que pasamos con un libro favorito [...]. Quién no recuerda como yo aquellas lecturas hechas en tiempo de vacaciones, que íbamos a ocultar sucesivamente en todas las horas del día que eran lo suficientemente apacibles e inviolables para darles asilo. Por la mañana, al volver del parque, cuando todo el mundo había salido a *dar un paseo*, me deslizaba en el comedor donde, hasta la hora todavía lejana de almorzar, no entraría nadie más que la vieja Félicie relativamente silenciosa, y donde no tendría por compañeros, muy respetuosos de la lectura, más que los platos pintados colgados en la pared, el calendario cuya hoja de la víspera había sido recién arrancada, el reloj de pared y el fuego que habla sin esperar respuesta y cuya amable conversación vacía de sentido no tiende, como las palabras de los hombres, a superponerse a las palabras que estáis leyendo...».³

Sí, han adivinado ustedes, ese niño feliz era Marcel Proust. Gracias por su atención. ■

* Pedro Sorela es escritor.

Ponencia del II Seminario «La sociedad lectora». Madrid, 1994.

Notas

1. Elías Canetti: *Die Provinz der Menschen*, citado por Catharine David: *El profeta Elías*, Bogotá: ECO, marzo de 1982.

2. Jorge Luis Borges: *Historia universal de la infamia*, Madrid: Prólogo, Alianza/Emecé, 1971.

3. Marcel Proust: «Sobre la lectura», Prefacio a la traducción del autor de *Sésamo y lirios*, de John Ruskin, Valencia: Pre Textos, 1989.

propósito de enseñar a leer a la gente. Pero ¿a quién? A los mayores, a las personas hechas y derechas, a los que ya saben leer. ¡Estupenda situación y asombroso embolismo! Sabios, letrados, profesores universitarios, almas filantrópicas, empeñándose en enseñar lo ya enseñado, lo primero que la escuela tiene obligación de enseñar: ¡el arte de la lectura! O estamos todos poseídos de mental desbarato al andar así por el mundo ofreciendo a diestro y siniestro lo que ya todos tienen, o estamos todos diciendo, al par que nos lo llamamos, una verdad como un templo: en las escuelas ya no se enseña a leer. Y que luego, cuando esos párvulos salen de su parvulez y ya están bien crecidos y con los huesos duros, lo único que se nos ocurre es ofrecerles los tres o cuatro mejores libros del mes o los cien y pico mejores de todos los tiempos. O acaso brindarles un libro sobre cómo leer, donde, con las mejores intenciones del mundo, se aspira a que un hombre de treinta años aprenda de memoria, en un par de vigiliadas, lo que sólo se puede aprender debidamente a fuerza de años de práctica y escolaridad, y en muchas veces y en muchos libros.

No hay más tratamiento serio y radical que la restauración del aprendizaje del bien leer en la escuela. El cual se logra, no por misteriosas y complicadas reglas técnicas, sino poniendo al escolar en contacto con los mejores profesores de lectura: los buenos libros. El maestro, en esto de la lectura, ha de ser fiel y convencido mediador entre el estudiante y el texto. Porque todo escrito lleva su secreto consigo, dentro de él, no fuera como algunos creen, y sólo se la encuentra adentrándose en él y no andando por las ramas. Se aprende a leer leyendo buenas lecturas, inteligentemente dirigido en ellas,



11a. FIRA DEL LLIBRE DE BARCELONA, 1987.

La enfermedad de leer

por Constantino Bértolo*

A la luz de un trágico episodio ocurrido en Francia, en el que un niño mató a su madre clavándole en el corazón una estaca de madera, porque creía que era una vampira,

el autor analiza algunos tópicos sobre la lectura, como sus posibles influencias peligrosas para los niños, o sus pretendidas cualidades de

entretenimiento. Para Bértolo, sin embargo, la lectura de ficción es una enfermedad, que proviene de una carencia, de un disgusto con la realidad.



12a. FIRA DEL LLIBRE DE BARCELONA

Passeig de Gràcia
3-12 juny 1988

En noviembre de 1982, una pequeña tragedia conmovió al tranquilo municipio francés de Cignac, a treinta kilómetros escasos de Montpellier. Un niño de 7 años, cuyo nombre nunca fue facilitado, mataba a su madre clavándole una estaca de madera en el corazón. Cuando se le preguntó qué le había llevado a cometer aquella acción, el niño se limitó a decir: «Cada noche se acercaba a mi cama y me mordía en el cuello, era una vampira». Las autoridades francesas, siempre tan cartesianas, encargaron a un Departamento de Pedagogía la elaboración de un informe acerca de las posibles influencias peligrosas de la lectura en los niños. El informe nunca se llegó a publicar. El profesor Audat, uno de los encargados de su elaboración, manifestó que su redacción había sido imposible: nadie de los llamados a colaborar estuvo dispuesto a llevar el trabajo hasta el final. Ningún Departamento

universitario estaba dispuesto a jugarse su prestigio agarrando la patata caliente que se les venía encima. Nadie estaba dispuesto a cuestionar la columna vertebral de tantos siglos y siglos de humanismo. Nadie quería tirar piedras sobre su propio tejado. Se llegaron a conclusiones parciales: la necesidad de seleccionar el material literario —sobre todo en los géneros de terror y misterio— para la lectura de niños problemáticos o demasiado sensibles; algunas distorsiones que la lectura de determinados libros podrían producir en determinados grupos de lectores, pero nunca nadie se atrevió a entrar en terrenos más peligrosos para la propia salud académica o pedagógica. «Al menos en Francia —afirmó el profesor Audat— la lectura entendida como algo claramente positivo y beneficioso para el lector es un dogma o una creencia profundamente arraigada digna de figurar en el *Diccionario de lugares comunes*

que en su momento escribió el gran Flaubert.»

Los peligros de leer

Y los lugares comunes son difíciles de poner en duda y es casi imposible entrar en ellos para ver lo que encierran de cierto o verdadero. Difíciles de analizar porque cuando se expresa o se intenta expresar su contenido real las respuestas —por un mero acto de contaminación— se llenan también de esa vaciedad tópica y típica de todo lugar común. La lectura es buena porque forma, porque entretiene, porque da placer, porque nos despierta la mente, porque nos hace más libres, porque nos descubre otros mundos, porque nos hace compañía, porque nos hace más sabios, porque nos hace mejores. Detrás de todas y cada una de esas respuestas tan aparentes no hay nada: ¿qué es entretenerse?; ¿qué es el placer?; ¿qué tipo de compañía es la lectura?; ¿qué tipo de sabiduría? Haría falta todo un Sócrates para poner en evidencia la vacuidad que encierra tanta retórica hecha. Y Sócrates ya sabemos como acabó —lo hemos leído—, así que no es extraño que nadie se ponga a la labor.

No deja de ser curioso que la obra mayor de nuestra literatura, el *Quijote*, nos cuente a través de las aventuras del ingenioso hidalgo los trastornos a los que puede conducir la lectura. Y no deja tampoco de sorprender que el autor citado por el profesor Audat, Gustave Flaubert, haya escrito también toda una obra maestra de la narrativa universal, *Madame Bovary*, en la que «la enfermedad de leer» muestra sus más duros estragos. Nuestra narrativa se abre con un *Farenheit* en el que los libros de lectura de Don Quijote —con muy escasas excepciones— son condenados a la hoguera. Hay quien piensa que con tales orígenes no es difícil entender la escasa tradición lectora en nuestro país. Aunque nuestro analfabetismo

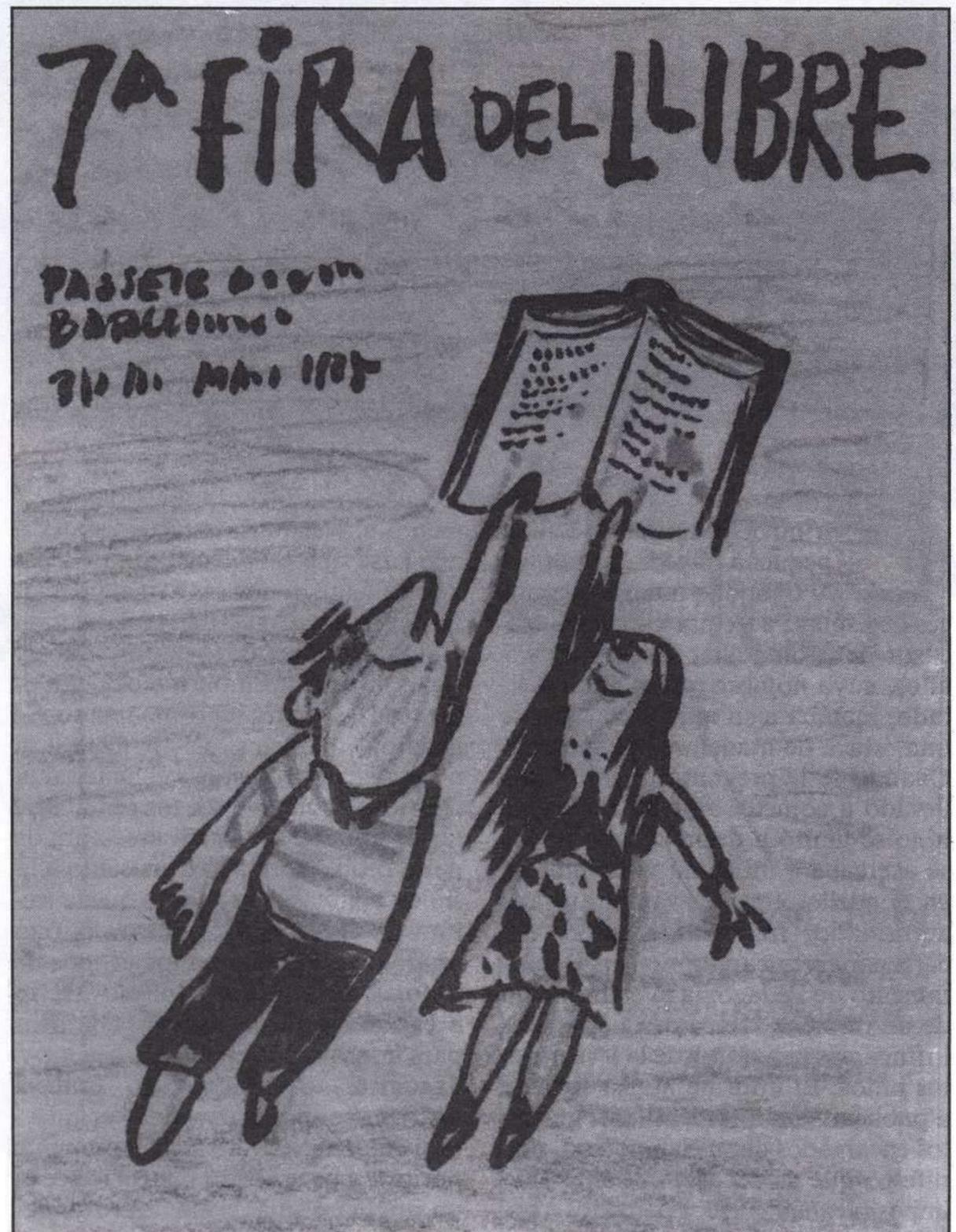
avanzando gradualmente por la difícil escala. Y al final de ella se alcanza a la posesión de una inteligencia formada, de un gusto propio, de una *conciencia de lector*, personal y libre, que es el único órgano adecuado de selección atinada, en el mundo de los libros, y en el otro. Estos dos problemas, artificialmente separados, el *qué se lee*, y el *cómo se lee*, van siempre resueltos juntamente en una buena educación. Se leen los clásicos, para cada edad el suyo; los mejores libros, señalados no por Fulano o Mengano acorde con su capricho, sino por la tradición culta del mundo, con las variantes propias de cada país. Y se leen delicadamente aclarados, diariamente vividos, en la clase, año tras año, de suerte que el cómo leer se aprende sin saber cómo, al igual que el andar o el respirar, por natural ejercicio de la función. No de otro modo aprendieron a leer los grandes lectores de la humanidad, los Bacon, los Erasmos, cuyos maestros de lectura no fueron, por cierto, manuales facilitones, que quieren enseñar todo a la carrera, de una sentada, sino en despaciosa lectura tras lenta lectura, en muchas sentadas, en toda la vida. Esta forma de enseñanza integral del leer podrá ser difícil, hoy, dado el bajo nivel a que han llevado los educadores de los educadores a tantos pobres maestros, pero a ella hay que aspirar, cueste lo que cueste, so pena de catástrofes que ya se anuncian. Un maestro de letras como el famoso profesor de Cambridge Sir Arthur Quiller Couch expresó su fe en ella con palabras muy mejores que las mías: «Creo que el Humanismo debía ser no decorativo adorno adquirido ya tarde en el proceso de la educación, sino más bien una cualidad que puede y debe condicionar toda la enseñanza, desde la primera lec-

literario es en realidad más «religado» con el papel de la Iglesia y su voluntad inquisitorial en el fomento de la no lectura.

En la obra de Flaubert, la lectura aparece como la responsable directa de los pájaros en la cabeza que llevan a Enma Bovary al extravío. Lecturas de novelas más o menos románticas que inflaman el corazón y el cerebro de la protagonista, del mismo modo

que los Amadis y Palmerines desamueblaron la cabeza de Don Quijote. Pero ya antes Platón desalojó a los poetas de la *República* y más tarde el Dante avisó sobre los peligros de la lectura con la historia de Paolo y Francesca.

Peligros en la lectura se han visto desde siempre, pero también es verdad que salvo excepciones como las citadas de Cervantes y Flaubert —y por



CESC (NO PUBLICADO), 1992.

razones que más tarde señalaremos— los enemigos de la lectura se han encontrado casi siempre en las zonas más reaccionarias de la sociedad. Fue la Inquisición la que creó el rígido sistema de censura que hasta hace poco hemos conocido; Floridablanca y otros ilustrados asustados por la Revolución Francesa crearon un «cordón sanitario» en las fronteras para que «el mal» no se propagase vía letra impresa. La quema de libros por los nazis fue algo más que un episodio, la censura franquista es todavía carne viva y todas las dictaduras han tratado de controlar la lectura. Todo poder parece sospechar de los lectores y unas veces los persigue y otras simplemente trata de convertirlos en simples tragalibros, o en monos de repetición.

La lectura: una enfermedad

Pero no se trata aquí de atacar o defender la lectura desde esos sistemas de aproximación. No se trata de analizar la lectura en cuanto aparato ideológico de los Estados. Lo que nos interesa es la lectura en cuanto actividad íntima, personal e intransferible. Y nos referimos a la lectura de obras de creación que como poemas o novelas constituyen el alimento estético y ético de eso que llamamos público lector sin que ninguno sepa exactamente cuáles son sus límites exactos.

¿Qué es lo que lleva a una persona a encerrarse o enfrascarse en la lectura de una novela? ¿Qué es lo que hace que se aparte de los demás y prefiera el trato con personajes de ficción? ¿Qué es lo que subyace en la necesidad de leer? ¿De qué hablamos cuando hablamos del *vicio* de leer? ¿Existe la enfermedad de leer?

La única respuesta es que ese deseo o necesidad de entrar en los mundos de ficción proviene del sentimiento profundo de que la vida —la no ficción— no es suficiente. La lectura proviene de una carencia, de un *disgusto* con la realidad, de una herida,

de la conciencia de que la vida es incompleta por definición y absurda y «dura y amarga y pesa». Más que compañía la lectura es consuelo. No entretiene, narcotiza el dolor del paso del tiempo. No nos hace más sabios sino que nos hace olvidar eso que sabemos y no queremos saber. No nos enseña la realidad sino a defendernos de ella.

La lectura es una enfermedad, el síntoma de una herida que no tiene remedio. A veces hace gracia pensar que las campañas de promoción del libro y la lectura deberían basarse más en la estrategia de la epidemia —el contagio— que en la de la prevención —el preservativo—. Sin embargo, el equívoco continúa. Las Administraciones públicas fomentan la lectura amenazando a los que no leen como si el miedo pudiera hacer algo para crear el deseo. En las escuelas se obliga a leer como si la lectura no fuera precisamente un acto contrario a toda obligación. Muchos padres regalan libros a sus hijos que ellos nunca leerían. En los medios de comunicación, la lectura se trata más como un valor de cambio —la marca— que como valor de uso. Los jóvenes desconfían de tanta recomendación. Su olfato debe ponerles en sobreaviso.

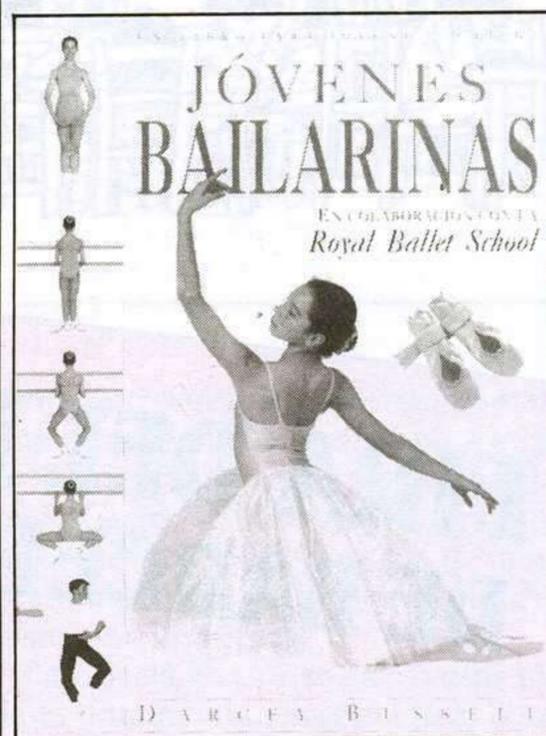
Dejemos en paz a los lectores. Dejémosles que vivan su enfermedad y no hagamos de la enfermedad necesidad y de la necesidad virtud. Que cada uno escoja la enfermedad que quiera: la *tele*, el cine, la música, el hipermercado, el matrimonio, el chalé en la sierra, el coche, el campo, los viajes, la bicicleta o la pura pereza. Que cada uno se haga responsable de su enfermedad.

La enfermedad de leer tiene sus ventajas. Otorga silencio, consuelo, oscuridad, compasión y dulce cansancio. Si hay que hacer campaña, hágase de esto. Leer para estar en silencio. Leer para aceptar la muerte, la soledad, la herida y el consuelo. ■

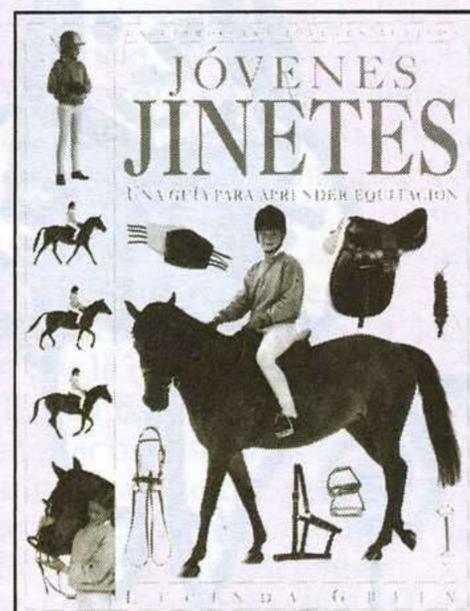
* Constantino Bértolo es escritor.



Jóvenes
FUTBOLISTAS



Jóvenes
BAILARINAS



Jóvenes
JINETES



EDITORIAL MOLINO
Calabria, 166 - Apartado 25 - 08015 Barcelona

DEFENSA DE LA LECTURA

El lector como explorador

por Felicidad Orquín*

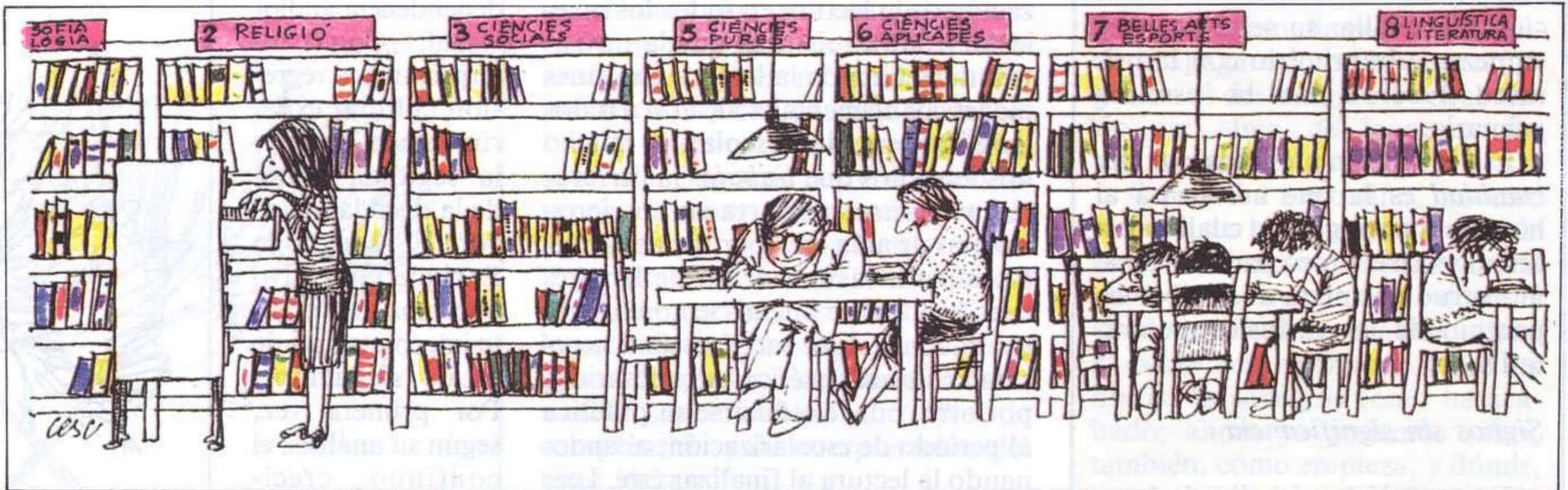
18ª FIRA DEL LLIBRE DE BARCELONA



Passeig de Gràcia
27 maig / 5 juny 1994

cesc

Llegar a ser lector es un aprendizaje que comienza o debería iniciarse en la infancia, aunque no únicamente, y en el espacio privado de la familia. Este aprendizaje, según la autora, debe ser siempre placentero y, en este sentido, obligar a leer, como se suele hacer en la escuela, puede resultar una torpeza de «incalculable alcance». Sobre estos aspectos y acerca de la valoración del acto de leer trata el siguiente artículo.



«La literatura es una de las posibilidades de la felicidad humana, hacerla y leerla.»

Julio Cortázar.

A través de su propia pasión por la lectura, los escritores intuyeron que el lector podía ser no sólo un pasivo receptor, sino un activo co-autor y que la actividad del lector intervenía en su obra dándole quizás un significado distinto que además podía ser tan diverso como puedan ser los lectores.

Ya Fernando de Rojas en un prólogo a la segunda o tercera edición de *La Celestina* hacía referencia a las distintas lecturas que los lectores habían hecho del texto. Invocar a Paul Valéry, cuando se habla del lector, resulta obligado: «Mis poemas tienen el sentido que se les dé», escribió, adelantándose a la escuela crítica de la estética de la recepción que investiga el papel activo del lector en la configuración de la obra literaria.

La educación lectora pasa por la lectura de libros útiles pero se asienta en la lectura de libros inútiles, o sea, de literatura. Comienza en los primeros años y no concluye nunca porque es una educación de la sensibilidad, más allá de la comprensión del texto.

Desarrollo de la sensibilidad

El lector se forma, aunque no únicamente, en la infancia. En el espacio privado de la familia. Incluso antes de saber leer, a través del placer de la palabra oída, ritmo y rima, de las canciones de cuna, los cuentos breves, las retahílas de la literatura oral que llegan con la cadencia de una voz cercana. Este primer encuentro se produce desde y en la afectividad; desde el espacio de la libertad del acto gratuito, del libro oído. El placer de la lectura recibida al terminar el día, en el que no importa el sentido de las palabras porque lo principal es su sonido. En la complicidad entre el autor, el niño y el lector-narrador adulto se inicia el futuro lector.

Un entorno motivador y padres que lean es cuanto necesita el niño para desarrollar su deseo de leer. Pero, ¿qué ocurre cuando los padres no tienen esa palabra para dar, historias que contar? Cuando el niño no puede adquirir hábitos ni tener modelos de comportamiento porque los padres no leen, entonces viene la escuela, cada vez más pronto, y sobre ella recae, en gran medida, la posibilidad, la responsabilidad también, de formar lectores.

«El desarrollo de la sensibilidad y el cultivo de la inteligencia se adquieren mediante la lectura, vicio saluda-

ble que se contrae en edad temprana», señala certeramente Francisco Ayala. El niño aprende a leer en la escuela pero el lector se forma en la obra literaria. De ahí, la importancia de la literatura infantil en el desarrollo del gusto por la lectura.

La escuela no es ajena a los usos sociales dominantes, en relación al libro y la lectura, al asociarlos con el conocimiento formativo, con el aprendizaje penoso, con el trabajo disciplinado, con la obligatoriedad de estudiar. El ocio, el placer, el descubrimiento de otros conocimientos no reglados, están, parecen estar, fuera de los libros y así se consigue, como constata Pennac, rebajar la lectura al papel de tarea y elevar la televisión a la dignidad de recompensa.¹

El disfrute estético de la lectura pasa por la obra literaria que se define (Robert Escarpit) por su gratuidad, por no ser un instrumento sino un fin en sí misma que debe proporcionar, tanto al lector como al autor, cierto placer que la haga deseable.²

Obligar a leer, como hoy se hace en la escuela, nos tememos que mayoritariamente sea una torpeza de incalculable alcance, un eficaz factor de exterminio más potente que una consola de juegos de ordenador. Porque quizás a éstos se dirija un niño no lector (niños en mayor proporción que niñas, ya que parece cierta una femini-

ción de cartilla; su sello hay que empezar a imprimirlo con la primera lección de la escuela primaria.»

Esa educación presidida *por una cualidad* es la que adiestrará al hombre a distinguir de cualidades: armamento el único para vencer al monstruo enemigo, al terrible espantajo de la confusión cuantitativa.

Signos sin significancia

Los analfabetos disminuyen, como ha dicho Bergamín, de una manera alarmante. Pero acaba de verse que los alfabetizados no saben leer, y han de entregarse en manos, cuando ya presumen de andar solitos por el mundo, de pastores que nutran a sus enormes rebaños con el primer forraje que se les ofrezca. La crisis de la lectura resalta, entonces, en la mayoría de edad de las gentes; pero empieza, y es donde hay que atacarla, en su minoría, en la infancia. Por lo que gracias a mi trato con estudiantes de varios países he podido observar, me parece que el mal viene de haber dejado de tomar la enseñanza de la lectura como un centro de actividad total del espíritu, en cuya práctica se movilizan y adiestran las cualidades de la inteligencia, de la sensibilidad, se enseña a discernir de valores morales y estéticos, en resumen se educa al niño, por todos lados. Y se ha angostado, a la adquisición de un mecanismo para la comprensión elemental del alfabeto, sus signos y sus combinaciones más sencillas. La criatura desdichada se queda en los puros signos, no pasa a los significados. Y, en consecuencia, no sabrá más tarde percibir el sentido de los libros, ni las cosas, porque se le enseñó a leer por los sentidos, pero sin sentido. Nada tiene sentido. Todo son palabras, que parpa-

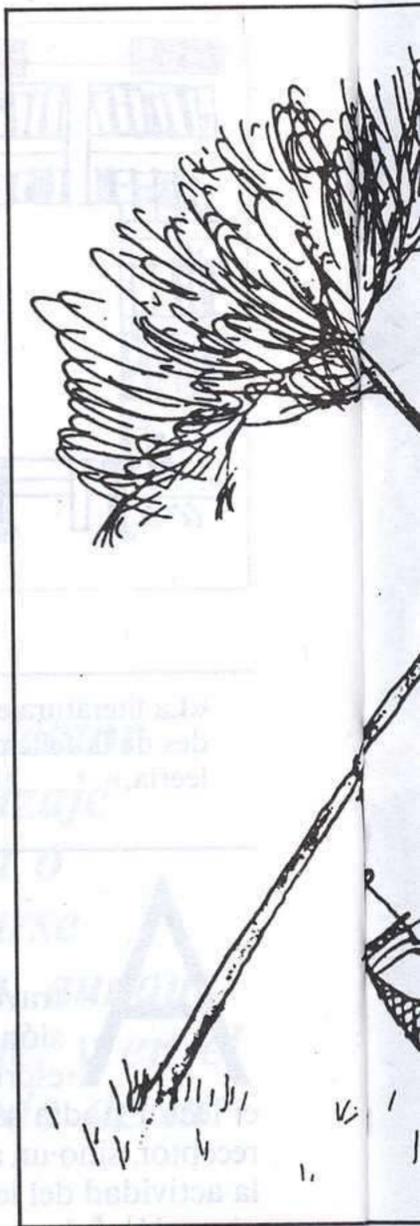
zación de la lectura en todos los niveles de edad), mientras que la instrumentalización de la lectura con fines didácticos elementales alcanza a todos los niños en edad escolar. Y mucho nos tememos que *trabajar* la literatura en clase se convierta en un ejercicio más de aula que, por un lado, puede impedir la formación de lectores cualificados, de buenos lectores, para los que la lectura satisface una necesidad cultural, estética, no utilitaria y, por otro, puede reducirse su práctica al período de escolarización, abandonando la lectura al finalizar éste. Leer hace lectores, no hay duda alguna, pero no todos los libros llevan a otros libros ni desarrollan capacidades de reflexión y disfrute estético.

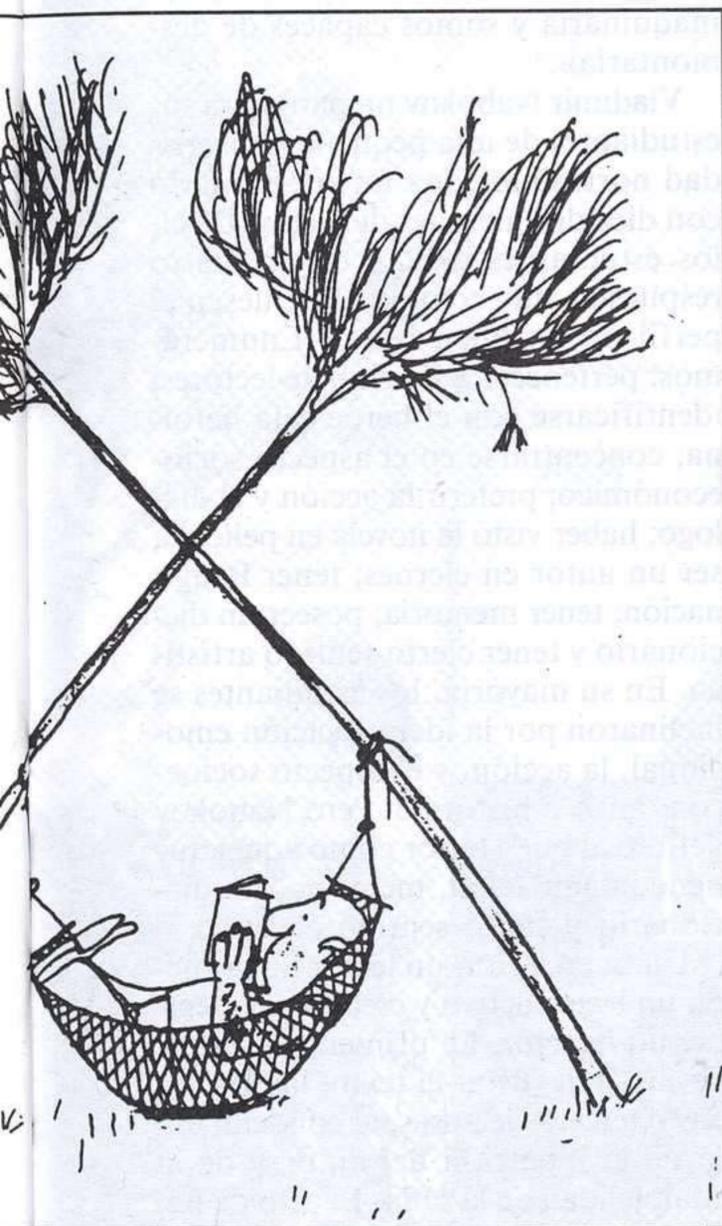
Aprender a ser lectores

Creo que se produce una curiosa paradoja: la sociedad, me refiero al Estado y a la sociedad civil, quiere y no quiere que la lectura sea un bien compartido, cree y no cree que la lectura siga teniendo su función (muy importante) en una sociedad dominada por lo audiovisual. Recientemente, el filósofo Emilio Lledó, en un encuentro sobre «La sociedad lectora», defendió el poder de la palabra escrita, como expresión de un pensamiento abstracto, como el factor esencial de conocimiento, «son las palabras las que forjan el pensamiento, porque un universo visual no funciona sin el cauce del lenguaje. Las imágenes sólo se entienden con la palabra».

La escolaridad se alarga y alcanza a prácticamente toda la población infantil en nuestro país, la industria editorial produce un número considerable de libros y, sin embargo, se han disparado los indicadores de la crisis de la lectura, sin duda indicadores de una crisis más global de la sociedad. Los índices de tiempo destinado a leer libros van descendiendo. Y esto se acusa, sobre todo, en el grupo de edad de los 20-30 años, que intensifica su

dependencia audiovisual. ¿Cómo interpretar esta regresión cultural experimentada durante la segunda mitad de la década de los 80? El sociólogo Enrique Gil Calvo hace una interesante interpretación de esta situación.³ Por primera vez, según su análisis, el continuo crecimiento intensivo y extensivo de la actividad cultural, en términos de su mayor democratización, parece haber retrocedido. La caída en picado de los índices de lectura es el síntoma más llamativo de esta regresión cultural. Hasta los años 80, los índices de lectura crecían conforme aumentaban el nivel de escolarización y la renta *per cápita*. Pero Gil Calvo constata que esta tendencia progresiva de la lectura ha dejado de producirse y se ha reducido extraordinariamente el nivel de lectura de los jóvenes, en comparación con las generaciones previas. Si la lectura cae, se debe, a su entender, no tanto a los efectos del síndrome audiovisual, sino a que la lectura está dejando de ejercer las funciones socialmente selectivas que antes ejercía, señalando asimismo la incapacidad de la enseñanza para fomentar los hábitos de lectura. Prácticamente todas las encuestas oficiales sobre lectura se realizan con personas mayores de 18 años, quedando fuera la edad lectora por excelencia. Ahora bien, si los adultos leen poco (la última encuesta del CIRES, abril de 1994, sitúa en un 50 % los es-





CESC, CAVALL FORT, 1982.

pañoles que no leyeron ningún libro durante 1993), el índice de lectura entre los menores de 18 años no sólo parece estancarse, sino que éstos leen peor. Sencillamente: no entienden lo que leen. No han aprendido a ser lectores.

En un estudio sobre la lectura (1990-1991) de la IEA (International Association for the Evaluation of Educational Achievement), en el que participaron unos 210.000 escolares de treinta y un países, los escolares españoles ocuparon el puesto 16º en la lectura de textos narrativos y una mejor posición, el puesto 13º, en la lectura de textos expositivos. Lo alarmante de este estudio es descubrir que los escolares españoles leen peor cuando terminan la EGB, resultando que su capacidad lectora es menor a los 14 años

que a los 10. Así, este estudio evidenciaba que, al final de la EGB, esos mismos escolares retrocedían a los puestos 23º y 24º en lo que a la lectura de textos narrativos y expositivos se refiere. ¿No sería correcto interpretar que nos encontramos ante un lector débil que reduce la lectura a una lectura funcional, en relación directa con su aprendizaje escolar, y que no ha accedido a otro tipo de lectura, más compleja, que sería la lectura narrativa que indica un alto nivel de comprensión y de interpretación del texto literario?

Toda la lectura conlleva extraer significados, realizar representaciones y responder preguntas pero, sin duda, es distinta la lectura funcional de la lectura literaria. La lectura funcional discurre siempre en una sola dirección, del emisor al receptor. Por el contrario, la lectura literaria no tiene un significado unívoco. Se produce un camino de doble dirección: su significado reside en la acción recíproca autor-lector. La obra es acabada definitivamente por el lector que reelabora el sentido del texto. Michael Ende evoca en *La historia interminable* que: «Hay muchas puertas para ir a Fantasía y hay todavía más libros mágicos. Todo depende de quién coge uno de esos libros. La historia interminable es distinta para cada uno».

Degustar el texto

Muchos escritores han valorado el acto de leer por encima del acto de escribir. Borges siempre se sintió más orgulloso de los libros que había leído que de los libros que había escrito. También Roa Bastos ha señalado la transformación que produce la actividad lectora al considerar al lector como: «Alguien que abre un libro, lee y es leído al mismo tiempo por ese texto que se va introduciendo en su espíritu, al tiempo que produce en él extrañas metamorfosis. Nadie lee impunemente un gran libro. Nadie sale

dean, se agitan, llaman y en seguida se apagan, como los que refulgen en el deslumbrante vocabulario sin alma de los anuncios luminosos.

Así se verá a ese niño, inocente víctima de la degeneración de la enseñanza, cuando ya es mayor, tal como se nos ha aparecido desde el comienzo de estas páginas, como el extraviado errabundo entre los libros. Ya sabemos cómo ha acabado; ahora ya podemos saber, también, cómo empieza, y dónde, ese desventurado tipo. Si se halla inerme ante los monstruos es porque la sociedad no le dio las justas armas, a su hora, durante los años de su educación, y éstas con que acude ahora a su precario auxilio son de palo y engañoso sustituto.

No saber andar por entre los libros, ni por entre las cosas, por el mundo, porque no hubo quién le enseñara las letras de tal modo que se apercebiera de que ellas son trastos del mundo, en general, y que aprendiendo a caminar a derechas por aquel mundo —para los superficiales imaginario— estaba enseñándose a no andar a sinietras por éste, escenario también que Dios le montó en obra de siete días, para que sobre sus tablas se jugara el gran drama de su salvación o su desgracia.

III. La soledad del lector

En medio de este tumulto y confusión de libros, en el vórtice de tanto desbarajuste, zarandeado de un lado a otro por las alborotadas confusiones, triste y desventurada figura hace el hombre, el lector. Supuesto señor de la baraúnda y, verdaderamente, su víctima. Porque el lector ya no sabe casi de qué serlo ni cómo serlo. Perdido su señorío,



CAVALL FORT.

de él idéntico al que entrara. El lector, extraño a la obra, va reescribiéndola a medida que la lee y haciéndose parte de esa lectura».

El privilegio concedido a la iniciativa del lector y a su libertad de interpretación de la obra debe comenzar con una defensa del sentido literal del texto. El lector ideal será aquel que avanzando en la comprensión de la obra ejerce de explorador del texto, preparándose para su interpretación. En tres ejes articula Umberto Eco la interpretación del sentido del texto.⁴ Los dos primeros corresponden a la investigación o búsqueda de la «intención del autor» y de la «intención de la obra», y el tercero, a la «intención del lector». Buscar en el texto lo que el autor quiere decir debe complemen-

tarse con lo que el texto dice, según su propia coherencia interna y sus sistemas de significado, independientemente de la intención del autor. El lector, sin embargo, busca en el texto un nuevo significado según sus propios gustos, deseos, necesidades y... lecturas anteriores. Pero la libertad de la «intención del lector» no puede hacer olvidar la relatividad de todos los juicios de valor. Sabiamente Georges Steiner puntualiza que la arbitrariedad de *todas* las proposiciones estéticas es inherente a la conciencia y al discurso humano.

Frente al temor o al rechazo que pueda provocar la interpretación del texto, quiero recordar aquí una frase de Nabokov: «La belleza de un libro es más asequible si comprendemos su

maquinaria y somos capaces de desmontarla».⁵

Vladimir Nabokov preparó para sus estudiantes de una pequeña Universidad norteamericana un cuestionario con diez definiciones de lector. De él, los estudiantes debían elegir cuatro respuestas que combinadas fuesen el perfil de un buen lector. Enumeramos: pertenecer a un club de lectores; identificarse con el héroe o la heroína; concentrarse en el aspecto socioeconómico; preferir la acción y el diálogo; haber visto la novela en película; ser un autor en ciernes; tener imaginación; tener memoria; poseer un diccionario y tener cierto sentido artístico. En su mayoría, los estudiantes se inclinaron por la identificación emocional, la acción, y el aspecto socioeconómico o histórico. Pero Nabokov definió al buen lector como aquel que tiene imaginación, memoria, un diccionario y cierto sentido artístico.

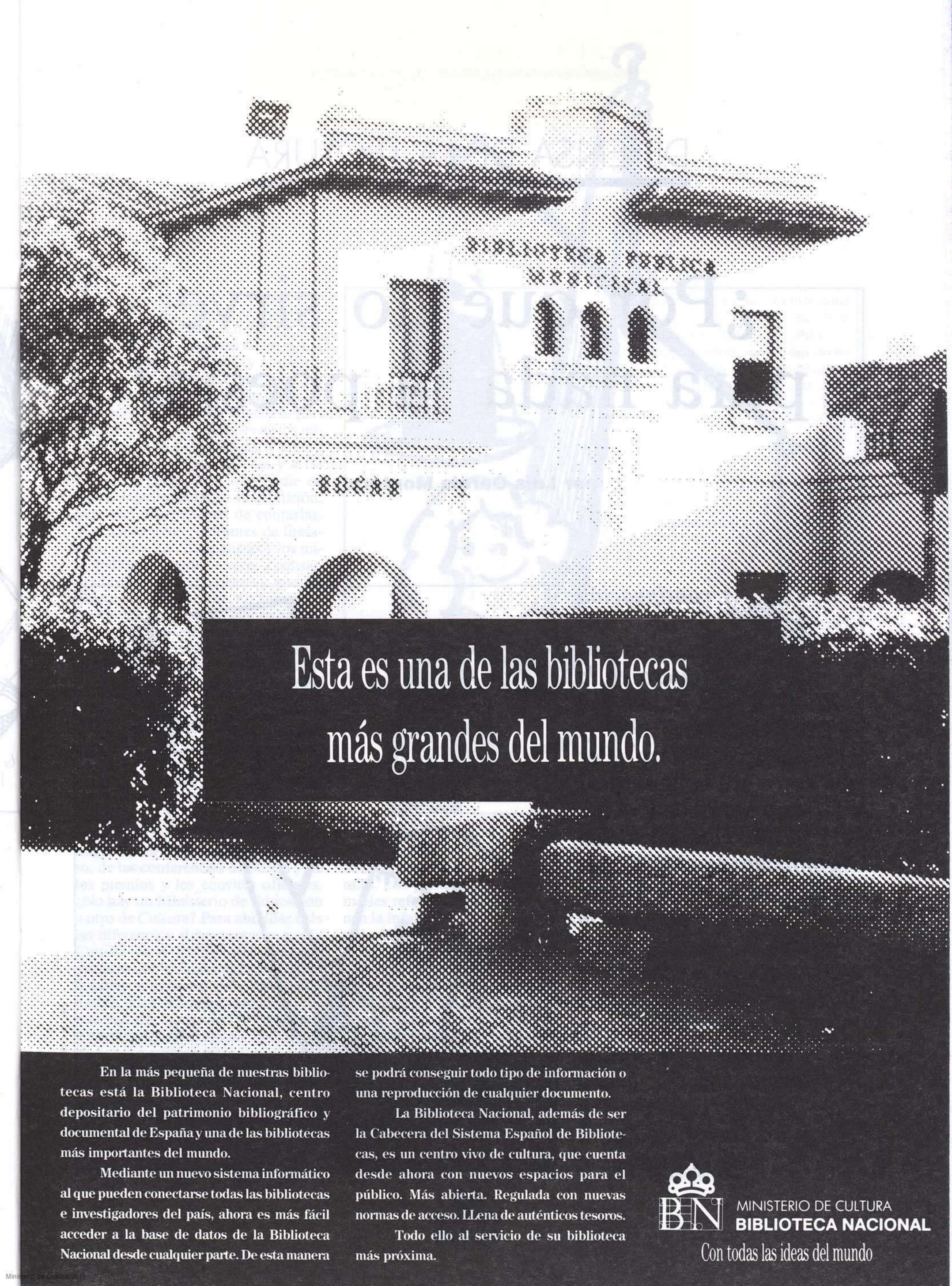
Un buen lector, un lector de primera, un lector activo y creador, es siempre un *relector*. La primera lectura le llevará a degustar el texto; las segundas o terceras lecturas, al conocimiento de la intención del autor y de la complejidad de la obra. El acto de paladear exige conocimiento, y a éste se llega por sucesivas degustaciones.

Un texto literario debe concebirse de tal modo que comprometa la imaginación del lector (Henry James se refiere a la ilusión de vivir otras vidas como la cualidad decisiva de la prosa narrativa), pues la lectura únicamente se convierte en placer cuando es activa y creadora. ■

* Felicidad Orquín es editora y crítica literaria.

Notas

1. Pennac, D.: *Como una novela*, Barcelona: Anagrama, 1993.
2. Escarpit, R.: *Sociología de la literatura*, Buenos Aires: Cía Gral. Fabril Editora, 1962.
3. Gil Calvo, E.: *Futuro incierto*, Barcelona: Anagrama, 1993.
4. Eco, U.: «El extraño caso de la *intentio lectoris*», *Revista de Occidente*, 69, Madrid, 1987.
5. Nabokov, V.: *Curso de literatura europea*, Barcelona: Bruguera, 1983.



Esta es una de las bibliotecas
más grandes del mundo.

En la más pequeña de nuestras bibliotecas está la Biblioteca Nacional, centro depositario del patrimonio bibliográfico y documental de España y una de las bibliotecas más importantes del mundo.

Mediante un nuevo sistema informático al que pueden conectarse todas las bibliotecas e investigadores del país, ahora es más fácil acceder a la base de datos de la Biblioteca Nacional desde cualquier parte. De esta manera

se podrá conseguir todo tipo de información o una reproducción de cualquier documento.

La Biblioteca Nacional, además de ser la Cabecera del Sistema Español de Bibliotecas, es un centro vivo de cultura, que cuenta desde ahora con nuevos espacios para el público. Más abierta. Regulada con nuevas normas de acceso. Llena de auténticos tesoros.

Todo ello al servicio de su biblioteca más próxima.



MINISTERIO DE CULTURA
BIBLIOTECA NACIONAL

Con todas las ideas del mundo

¿Por qué no sirve para nada la poesía?

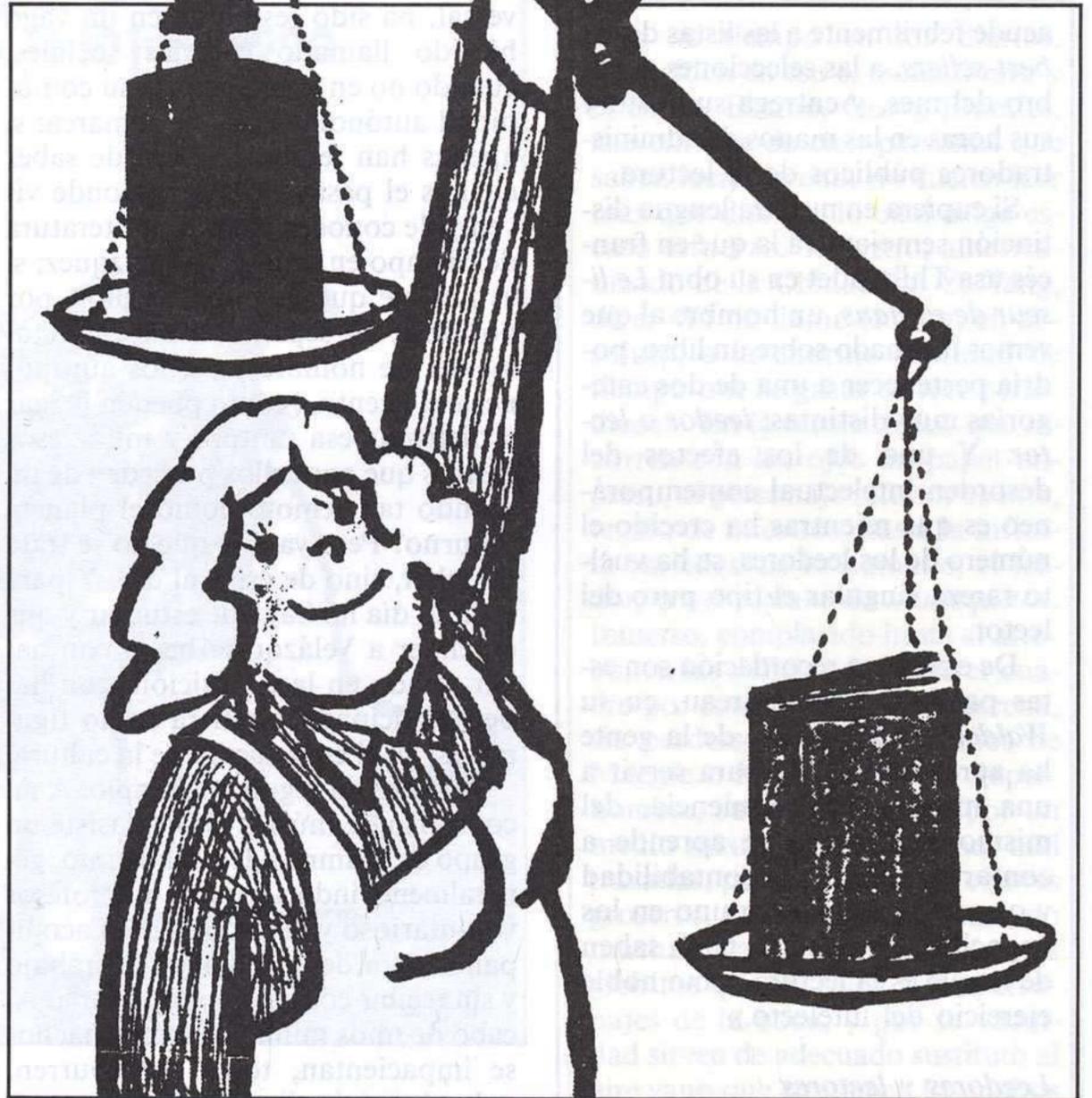
por Luis García Montero*

A continuación reproducimos una conferencia leída por García Montero en la Biblioteca de Andalucía, en Granada, en 1992, y recogida en el libro ¿Por qué no es útil la literatura? (Hiperión, 1993). En ella, el escritor hace un lúcido y ponderado elogio, más que defensa, de la lectura y, concretamente, de la poesía. Su mensaje final es éste: «Yo les aconsejo el mundo de los libros, por ejemplo el mundo de los libros de poesía, porque son una buena provincia de libertad y un buen fuego para pasar el invierno».



Que un novelista pronuncie la primera conferencia de un congreso de literatura

puede ser tan razonable, y al mismo tiempo tan extraño, como que un atracador inaugure un congreso de criminalistas o que una bacteria participe en las conversaciones de los microbiólogos. Los novelistas, y en eso se parecen a los atracadores y a las bacterias, saben más que nadie de ciertas interioridades de su condición, pero son poco amigos de contarlas. En cuanto a los profesores de literatura, como los criminalistas y los microbiólogos, tienden a veces a pensar, desdichadamente con razón, que los objetos de sus desvelos no son conscientes del trabajo que dedican a ellos. Creo que este malentendido mutuo procede de esa absurda y rígida separación que ha venido estableciéndose en España entre lo que se llama educación y lo que se llama cultura. Los escritores muertos o momificados por la gloria pertenecerían, para entendernos, al reino de la educación, y los vivos al de la cultura, según aquel siniestro refrán del muerto al hoyo y el vivo al bollo. El muerto al hoyo de los manuales, de los apuntes y de los comentarios de texto, y el vivo al bollo exiguo, pero en ocasiones sustancioso, de las conferencias de postín y de los premios y los convites oficiales. ¿No hay un Ministerio de Educación y otro de Cultura? Para ahondar más las diferencias, debe anotarse que la Cultura es el ámbito del prestigio, mientras que la Educación, sobre todo la pública, cada vez sufre una degradación y un descrédito mayores, que padecen por igual quienes la imparten y quienes deberían ser sus beneficiarios. La cultura es un escaparate y una coartada, en ocasiones de lujo. La educación es un oficio que ha sido despojado en los últimos años de toda su dignidad pública y de gran parte de su legitimidad moral. No es necesario saber, pero sí estar al día. Más que el maestro ilustrado e irónico impor-



CESC, 16a. FIRA DEL LLIBRE DE BARCELONA, 1992.

ta el nebuloso gestor de actos culturales. Los planes de estudio y las terribles reformas educativas, que tienen la infatigable virtud de empeorar todo desastre, marginan cada vez más a los saberes humanísticos, pero al mismo tiempo ese poder que perpetra lo que alguna vez he llamado la exaltación de la ignorancia se inviste de cualquier manera y a cualquier precio de los oropeles más lujosos de la Cultura. Les pondré un ejemplo que me parece de una claridad aleccionadora. Hace unos meses se celebró en Madrid una magnífica exposición de Velázquez a la que acudieron no sé cuántos cientos de miles de alumnos de enseñanza primaria —discúlpenme si me niego a la hortera de las si-

glas— y de institutos de bachillerato. En apariencia era una oportunidad de encuentro entre esos dos ámbitos ajenos de la educación y de la cultura. Pero, dejando a un lado que la mayor parte de los cuadros pueden verse diariamente en el Prado y que las colas y las multitudes difícilmente permitían la contemplación serena de tantas obras maestras, cabe preguntarse con tranquilidad en qué medida estaban adiestrados la mayor parte de los alumnos para mirar y entender la pintura. Si desde los primeros años de la escuela no se han desarrollado en ellos sus habilidades casi innatas para el dibujo y la valoración del color; si en los planes de estudio la Historia de España, por no decir la Historia Uni-

acude febrilmente a las listas de los *best-sellers*, a las selecciones del libro del mes, y entrega su gusto y sus horas en las manos de administradores públicos de la lectura.

Si cupiera en nuestra lengua distinción semejante a la que en francés usa Thibaudet en su obra *Le li-seur de romans*, un hombre al que vemos inclinado sobre un libro, podría pertenecer a una de dos categorías muy distintas: *leedor* o *lector*. Y uno de los efectos del desorden intelectual contemporáneo es que mientras ha crecido el número de los leedores, se ha vuelto rareza singular el tipo puro del lector.

De oportuna recordación son estas palabras de Thoreau, en su *Walden*: «La mayoría de la gente ha aprendido a leer para servir a una mezquina conveniencia, del mismo modo que se aprende a contar para llevar la contabilidad y que no le engañen a uno en los negocios; pero poco o nada saben de lo que es la lectura como noble ejercicio del intelecto.»

Leedores y lectores

La galería de leedores es copiosa. El estudiante que se desoja en víspera de examen sobre el libro de texto; el profesor que trasnocha entre tratados, acopiando datos para su elección; la matrona que, parada junto al fogón, recita en voz alta las instrucciones coquinarias que conducen al suculento plato; el funcionario en retiro que demanda a las páginas del libro la mejor manera de invertir sus ahorros; o la dama, muy cursada ya en la treintena, que se retira al secreto de su tocador y corre renglón tras renglón en procura de experimentados avisos que la devuelvan sus gracias fugitivas; todos ellos —y mil más no pasan de leedores.

Leedor, y también, el que em-

versal, ha sido resumida en un vago híbrido llamado ciencias sociales, cuando no en la historia de su comunidad autónoma o de su comarca; si apenas han tenido ocasión de saber cuál es el pasado del país donde viven y de conocer y gozar la literatura del tiempo en que vivió Velázquez; si es posible que muchos de ellos, por no saber, no sepan escribir correctamente ese nombre y menos aún ponerle el acento, ¿cómo pueden juzgar y disfrutar esa pintura y mirar esos rostros que para ellos proceden de un mundo tan remoto como el planeta Saturno? Pero ya dije que no se trata de saber, sino de estar al día. Y para estar al día no hay que estudiar y que entender a Velázquez: basta con haber estado en la exposición, con haber participado, siquiera como figurantes, en el espectáculo de la cultura.

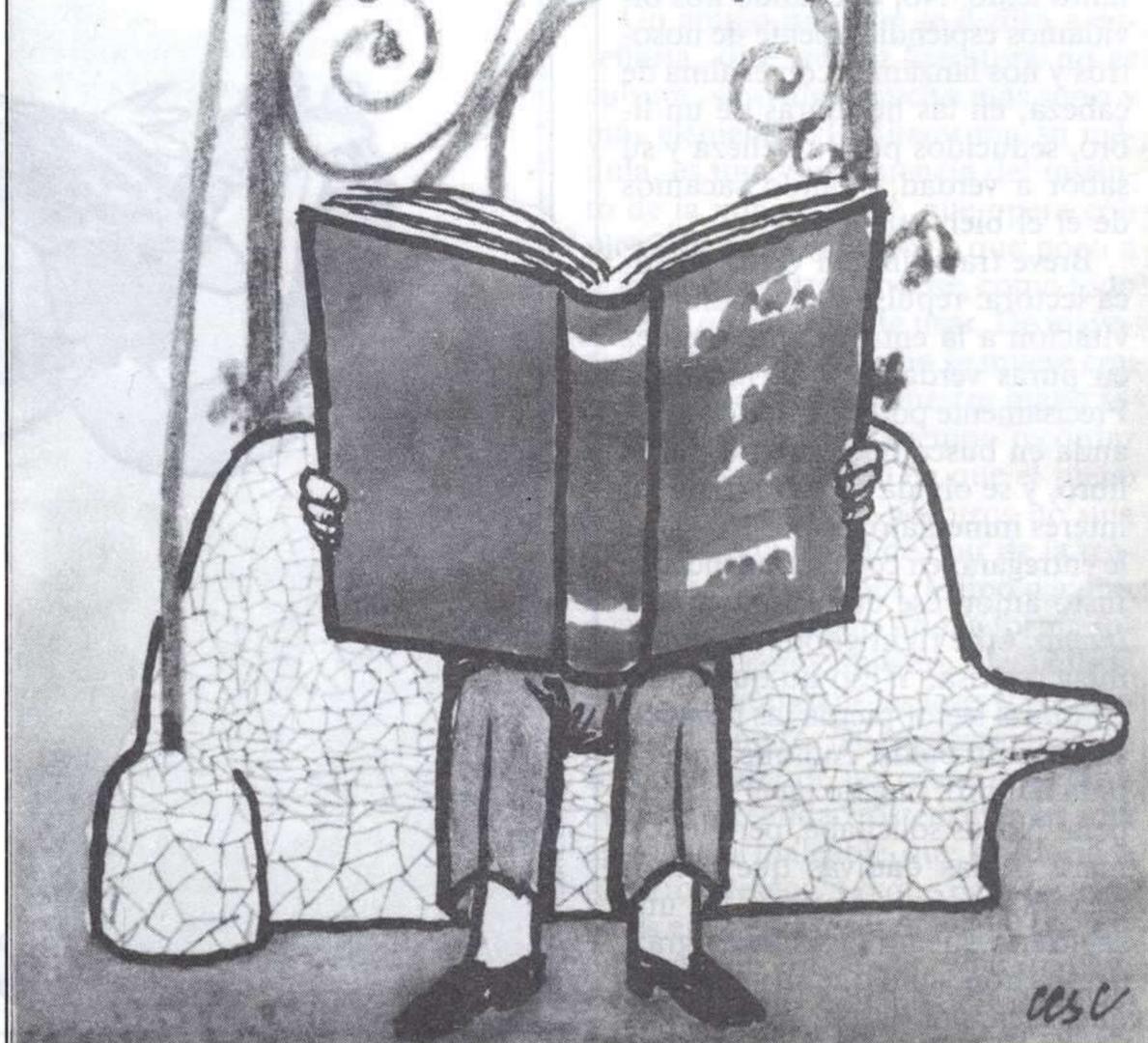
Añadiré un segundo ejemplo. A un concierto de música clásica asiste un grupo de alumnos de bachillerato, generalmente inducidos por un profesor voluntarioso y heroico que los acompaña fuera de su horario de trabajo y sin recibir compensación alguna. Al cabo de unos minutos los muchachos se impacientan, tosen, se aburren, aplauden a destiempo, provocan miradas de disgusto de los acomodadores y de los entendidos. Es inútil llevarlos, dirán, porque no entienden de música, porque ni les interesa ni tienen sensibilidad. Invasión por los bárbaros el ámbito de la cultura, sin más remedio hay que reintegrarlos al gueto de la educación. Y con una estupidez muchas veces aliada al cinismo, al repudio le sucede el lamento. La gente no tiene oído, la televisión y los deportes los han embrutecido, se organizan exposiciones que permanecen desiertas y conciertos a los que no acude casi nadie, se publican libros y no se venden ni se leen más que los éxitos más zafios, nuestros índices de lectura son, y aquí viene la repulsiva y extendida palabra, tercermundistas. Y aceptado este hecho sin molestarse en indagar sus razones, se acentúa sin

embargo el gran carnaval de la alta cultura y se abandona a su suerte a quienes viven extramuros de ella, a los que nunca amarán la ópera ni leerán a Joyce ni merecerán comprender, por ejemplo, la pintura de vanguardia. Los escritores se lamentan de la falta de lectores, los concejales de cultura comprueban con resignación que sus salas de conferencias permanecen vacías, pero nadie parece darse cuenta de que la razón de que no exista esa asidua multitud a la que llamamos el público está en el gran foso abierto entre la educación y la cultura, entre el saber y el estar al día, entre el trabajo lento, disciplinado y sólo fértil a muy largo plazo y la pirueta instantánea concebida para recibir al día siguiente el halago de un titular de periódico y condenada a extinguirse sin dejar ni un rastro de ceniza. Con frecuencia, por un impulso de militancia residual que me queda de los tiempos en que estaba convencido de que la voluntad libre y la solidaridad de los hombres podían hacer más habitable el mundo, voy a dar conferencias a institutos de bachillerato, y siempre compruebo, con tanto entusiasmo como melancolía, una doble verdad. Primero, que en esas aulas está el mejor público que puede desear un escritor, el más receptivo, el más limpio de vanidad y de prejuicios; segundo, que hay muy pocas cosas tan hirientes como el contraste entre el dispendio ilimitado de las ceremonias culturales organizadas por cualquier ayuntamiento, diputación o comunidad autónoma y la penuria absoluta en que casi siempre se desenvuelven los centros públicos de enseñanza. Pero ya saben que el nuestro es un país en el que al mismo tiempo que se celebran conciertos de las mejores orquestas del mundo los conservatorios de música se encuentran en condiciones nigerianas.

Se preguntarán por qué todavía casi no he hablado de literatura. Pero lo cierto es que desde el principio no he parado de hacerlo, pues no es posible

14a. FIRA DEL LLIBRE DE BARCELONA

Passeig de Gràcia / 1-10 juny 1990



reflexionar sobre el sentido de la literatura sin establecer las condiciones precisas en que se produce y las relaciones entre el acto de escribir y el acto de leer, entre la solitaria invención de un libro y la reinención simétrica que a su vez lleva a cabo el lector, ese personaje desconocido, imprevisible y con frecuencia inexistente. Si la literatura, como tiende ahora a creerse, es un adorno, un fetiche de prestigio para pavonearse ante los ojos embobados de la tribu, si es una materia fósil y apartada de la vida que sólo puede interesar a los eruditos, entonces tienen razón quienes la desdennan y quienes poco a poco la eliminan de los planes de estudio, y también tiene razón esa abrumadora mayoría del público que jamás se interesa ni se interesará por ella. Si la literatura es superflua, ustedes y yo,

que de un modo u otro nos ganamos la vida gracias a ella, tendremos razón si nos sentimos impostores y si en rachas de desaliento pensamos que carece de sentido u oficio que a nadie más que a nosotros le importa. Recuerdo que cuando yo estudiaba sexto de bachillerato, la clase de literatura consistía en una ceremonia entre tediosa y macabra. Un profesor de cara avinagrada subía cansinamente a la tarima con una carpeta bajo el brazo, tomaba asiento con lentitud y desgana, abría la carpeta y comenzaba a dictarnos una retahíla de fechas de nacimientos, títulos de obras, características de diversa índole y fechas de defunción que era preciso copiar al pie de la letra, porque en caso de que no supiéramos el año de la muerte de Calderón de la Barca corríamos el peligro de suspender el examen. Afor-

plea su tiempo en los diarios. Coinciden en eso el escandinavo y el chino. El uno, Georg Brandes, asevera que de cien personas que saben leer, noventa no suelen leer más que diarios, lo cual exige escaso esfuerzo. Y el otro, americano de la China, Lin Yu Tang, dice: «Yo no llamo lectura, en absoluto, a la enorme cantidad de tiempo que se gasta en leer periódicos». En la escala de los que recorren con los ojos un papel impreso, el personaje inferior es uno, regalo de nuestros días a la infinita variedad de lo humano, el lector, o «el vista», de *muñequitos*. Inmerso, complacido hasta el arrebato, en las delicias de recorrer cuadro por cuadro, escena por escena, sin perderse una, los trabajos de Maggie o las hazañas del Superhombre, sus ojos avanzan por un medio mixto, parte imágenes mal trazadas, pintarrajeadas de colores groseros, parte palabras; éstas, no muchas, van encerradas en unos globitos que les salen a los personajes de la boca, y por su vacuidad sirven de adecuado sustituto al aire vano que contienen los globos de veras. El veedor o el lector de semejante cosa recuerda al anfibio, que entra y sale de lo leído, insignificante, a lo visto, vulgarísimo, sin saber nunca a derechas por dónde se anda. ¿Mira, lee, promiscúa? Pero atrevido sería decir de estos ciudadanos, doblados, regocijados, sobre el papel, que están leyendo. Ni siquiera rozan por lo bajo los cielos y lecturas a donde se transporta el lector de verdad, ya que las actividades superiores del alma no asisten, están de sobra, en esta jenízara operación visual. Comparo al aficionado a los *muñequitos* al denodado masticante de chicle, por cuantos ambos no ahorran esfuerzo ni tiempo en sendas operaciones que parecen las dos dirigidas al noble menester de



10a. FIRA DEL LLIBRE DE BARCELONA, 1986.

cesario, y buscamos fuera de nosotros lo que existe como un esbozo o una intuición dentro de nosotros mismos. Por eso sólo amaremos los libros si nos damos cuenta de que no son inútiles y de que pertenecen al reino de nuestra propia vida. Leer no es hacer méritos para aprobar un examen ni para demostrar que se está al día. Un libro no se puede adquirir por lo que se compra un temario de oposiciones o una camisa de moda. Un libro verdadero —porque también hay libros impostores— es algo tan material y necesario como una barra de pan o un jarro de agua. Como el agua y el pan, como la amistad y el amor, la literatura es un atributo de la vida y un arma de la inteligencia y de la felicidad. Pero no hay que culpar a la mayor parte de los posibles lectores de que no lo sepan. Tampoco parecen sa-

berlo muchos escritores, o si lo saben lo guardan en secreto.

Un amigo mío que se dedica a enseñarla, dice que la literatura no es cultura, sino algo mucho más serio y más elemental. La literatura, su médula, es una consecuencia del instinto de la imaginación, que opera con plenitud en la infancia y que poco a poco suele ir atrofiándose, como todo órgano que se deja de usar. De mayores nuestra imaginación se mueve con tanta torpeza como nuestra mano izquierda, y ya no sabemos recordar que hubo un tiempo en que el juego y la fábula eran en nosotros no una manera desmañada de huir de la realidad cuando tenemos tiempo o ganas o cuando nos dejan, sino la forma soberana del conocimiento. Mediante el juego aprendíamos las leyes y las normas del mundo. Nuestra imaginación se apoderaba de las cosas, transmutando su realidad ostensible en una apariencia maleable que obedecía a nuestros deseos. Lo que para los mayores era siempre un desván o un jardín también era desván y jardín para nosotros, pero teníanos el poder de convertirlo en gruta y en selva. Nuestro padre, que según luego descubrimos con cierta decepción es un hombre común, entonces era un héroe y un gigante bondadoso o temible. El tiempo, ahora tan fugitivo, tan cuadrículado en horas y en minutos, era tan vasto entonces como el tamaño que tienen las habitaciones del pasado en nuestro recuerdo. Para los griegos del tiempo de Hesíodo la poesía era la expresión más detallada de las leyes de la naturaleza. Del mismo modo, en esa edad de oro de la que todos somos supervivientes mediocres, nuestra primera infancia, placer y aprendizaje, juego y verdad, imaginación y descubrimiento, eran términos sinónimos. Como los pueblos primitivos, nuestra forma de conocimiento era la mitología: el papel que ésta ocupa en la memoria y en la vida cotidiana de una tribu amazónica la ocupaban los cuentos en nuestra in-

nas, con la faz vuelta hacia lo amado. La terrenal Browning, el San Juan Divino, usan los dos el mismo concepto, *olvidarse*. Y por eso, por la necesidad del olvido, escasa hoy tanto el lector. El hombre de hoy, entre otras muchas desgracias, no puede olvidarse, ni sobre lo amado. Los mil ojos del tiempo dividido, los ojillos del minuto, los ojazos de las horas, le espían desde su propia muñeca. Leer se ha vuelto grave dificultad.

Ámbito del lector

Si la lectura pide tiempo, tiene *su* tiempo, ¿no demandará también un espacio suyo, en el mundo, un ámbito propio? Y, entonces, ¿no resultará ya favorecida, ya contrariada, según las facilidades que el mundo y la sociedad la ofrezcan para lograrse ese espacio? Aquí empiezan a diferir las opiniones. A un cabo, nos encontraremos con el lector melindroso, para el cual no es posible la lectura como no coincidan en torno suyo toda suerte de circunstancias favorables, de bienestar físico, de comodidad material. Al otro extremo, el indiferente tomará esto por mera exquisitez y remilgo, afirmando que todos los lugares, lo mismo el claustro que la imperial del tranvía, son indistintamente acogedores para el lector. Parece de razón conceder un cierto margen de discrepancia, fundado en las diferencias entre las personas y sus variables capacidades de no darse por enterados de lo que pasa por su alrededor. Concedido esto, aún sigo creyendo en la existencia de ese *espacio de la lectura*.

Pide la lectura su ámbito al mundo, como se lo exigen los pulmones al aire para vivir. Necesita el lector crearse su hueco, instalarse en un especial habitáculo, que va-

ría infinitamente según la persona, y que lo mismo puede hallarse bajo techo, y abrigado, que al cielo raso y a los cuatro vientos. Esa *área* del lector hay que ganársela al espacio total que nos circunda y apropiársela momentáneamente. Se trata de sustituir el espacio comunal, indiferente, por una órbita personalizada, diferenciada, sin fronteras visibles, pero sí sensibles para el espíritu delicado.

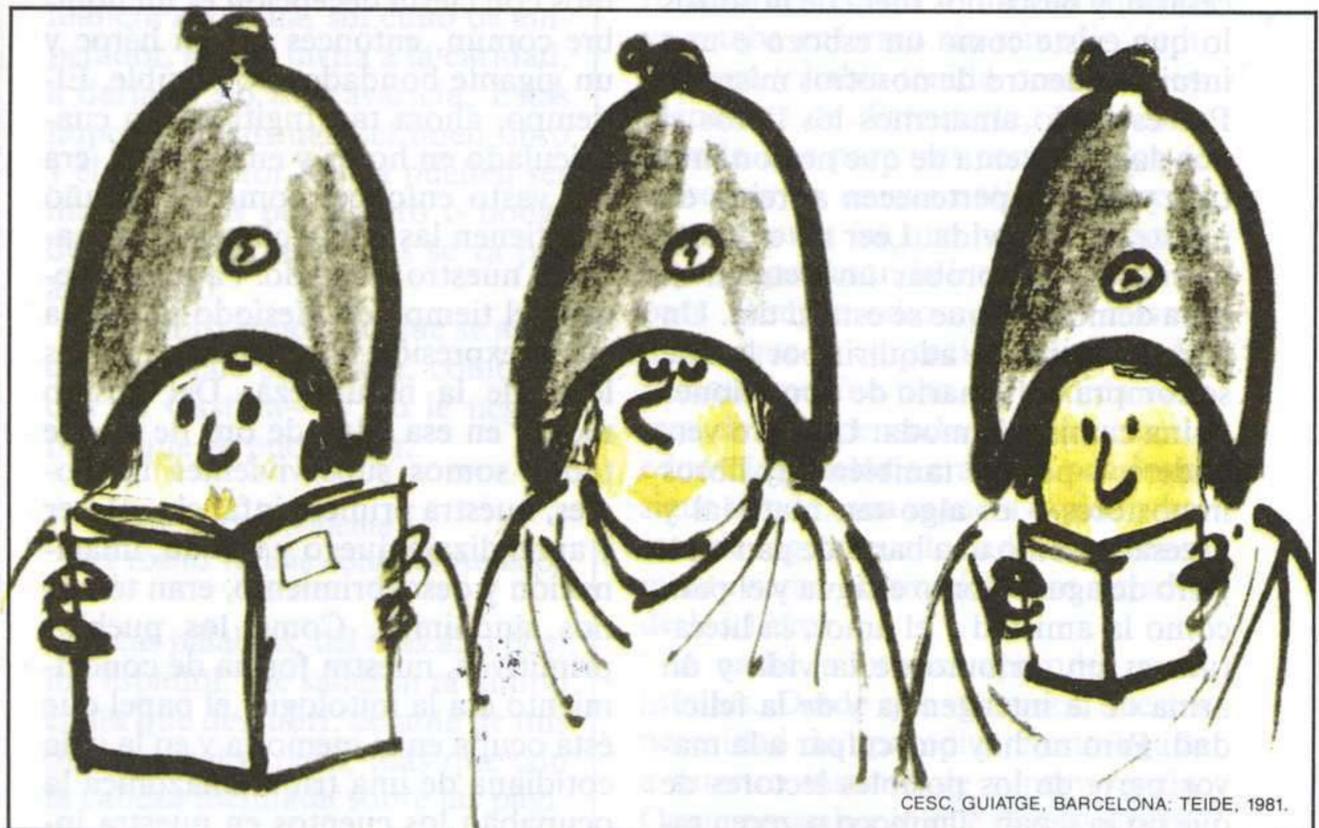
Semejante ámbito de lectura lo conquista y aneja el lector no para sí mismo en cuanto persona, sino como leyente; es decir, para el libro, para sus acciones y personajes. Porque hay un punto en que el mundo actual y presente debe detenerse: allí da comienzo el otro, el que el libro crea, y al que invita o arrastra al lector, mundo de tiempo distinto y de hechura irreal. Que tal recinto de lectura no se pueda medir cúbicamente, que los materiales que le componen sean difíciles de precisar —ya que los hay de orden físico y de orden psicológico— y muy variables, puesto que algunos de ellos son perceptibles para muchos, y otros apreciables sólo para ciertas personas, no quiere decir que no exista. El libro tiene que desplazar una parte de la atmósfera que nos rodea, y plantar allí la suya. Se objetará que tal área es de condición puramente espiritual; pero como todo lo espiritual, necesita ciertas avenencias y concordias con el mundo de la materia, del cual no es separable más que por analítica operación intelectual. Como lo dijo Góngora del sueño, se puede decir de la lectura:

En su teatro sobre el viento armado
Sombras suele vestir de bulto bello.

fancia. A medida que crecemos y que empezamos a adiestrarnos para el trabajo, para la mansedumbre y para la infelicidad, el hábito de la imaginación se vuelve peligroso o inútil, y sin darnos cuenta lo vamos perdiendo, no porque éste sea un proceso tan natural como el del cambio de voz, sino porque hay una determinada y eficaz presión social para que no nos convirtamos en seres saludables y felices, sino en súbditos dóciles, en empleados productivos, en lo que antes se decía hombres de provecho. Se rompe entonces lo que al principio estuvo unido, se trazan las fronteras rigurosas que ya seguramente no sabremos romper, y el juego, la fábula, la imaginación, quedan despojados de su soberanía y convertidos en proscritos o, lo que es peor, en bufones, como esos jefes sioux que después de la rendición de sus tribus lanzaban sus gritos de guerra y se pintaban la cara no para cabalgar con libertad y orgullo por praderas ilimitadas sino para actuar de comparsas en el circo sinietro de Buffalo Bill.

Pero la imaginación es muy fuerte y tarda en ser vencida. Yo creo que el período de nuestras vidas en el que se

libra la batalla más difícil, que también resulta ser la definitiva, transcurre al final de la infancia y en la adolescencia, y no es casual que sea en ese tiempo cuando nos aficionamos a la literatura y a la rebeldía y cuando se decide inapelablemente nuestro porvenir. Es entonces cuando los libros, si nos han educado para acercarnos a ellos, nos importan más, porque intuimos que ocupan un lugar estratégico en la disputa, con frecuencia desconcertada y amarga, entre la realidad y el deseo, que por desgracia ya no son evidencias iguales. Estoy convencido de que el escritor lo es en la medida en que al crecer ha seguido guardando consigo el fuego sagrado de la imaginación, el impulso antiguo y nunca desfallecido por interpretar el mundo no mediante el análisis sino mediante la fábula, y de suspender de vez en cuando las leyes inflexibles de lo evidente para mirar al otro lado y descubrir lo que las apariencias aceptadas ocultan. Pero hay veces en que la literatura, fingiendo ser leal a la imaginación y a sus severas responsabilidades —pues no hay responsabilidad mayor que la de conocer el mundo y averiguar qué lugar ocupa en él nues-



CESC, GUIATGE, BARCELONA: TEIDE, 1981.

tra propia vida—, en realidad se ha convertido en criada, y emplea la ficción no para decir la verdad, sino para mentir, y establece un juego que es profundamente tramposo porque para lo que sirve es para enajenarnos de la verdadera vida, para no dejarnos distinguir entre los fantasmas y los seres reales, entre las voces y los ecos. Los juegos y los cuentos nos enseñaban a vivir, igual que los mejores libros. Esa literatura farisea contra la que yo quisiera estar siempre en guardia a lo único que nos enseña es a permanecer encerrados, a desconfiar de la vida e incluso a desdeñarla. La literatura que importa, ya lo dije, es como el agua y como el pan, y su lectura nos contagia el vigor de la lucidez. La literatura de simulacros es como un narcótico que nos induce a la pasividad de los fumadores de opio. Comprenderán que es natural que esta última sea la más alabada. Comprenderán también que desde mi punto de vista la tarea del que se dedica a introducir a los adolescentes en el reino de los libros es la de enseñarles que éstos no son monumentos intocables o residuos sagrados, sino testimonios cálidos de la vida de los hombres, palabras que nos hablan con nuestra propia voz y que pueden darnos aliento en la adversidad y entusiasmo en la desgracia. Decía Ortega y Gasset que los grandes escritores nos plagian, porque al leerlos descubrimos que están contándonos nuestros propios sentimientos. En este sentido, yo no creo que el escritor sea alguien aislado de los otros y singularizado por el genio o por el talento. El escritor, más bien, es el que más se parece a cualquiera, porque es aquel que sabe introducirse en la vida de cualquier hombre y contarla como si la viviera tan intensamente como vive la suya propia.

La literatura, pues, no es aquel catálogo abrumador y soporífero de fechas y nombres con que nos laceraba aquel profesor del que les hablé antes, sino un tesoro infinito de sensa-

ciones, de experiencias y vidas que están a nuestra disposición igual que lo estaban a la de Adán y Eva las frutas de los árboles del Paraíso. Gracias a los libros nuestro espíritu puede romper los límites del espacio y del tiempo, de manera que podemos vivir al mismo tiempo en nuestra propia habitación y en las playas de Troya, en las calles de Nueva York, en las llanuras heladas del Polo Norte, y podemos conocer a amigos tan fieles y tan íntimos como los que no siempre tenemos a nuestro lado pero que vivieron hace cincuenta años o veinticinco siglos. La literatura nos enseña a mirar dentro de nosotros y mucho más lejos del alcance de nuestra mirada. Es una ventana y también un espejo. Quiero decir: es necesaria. Algunos puritanos la consideran un lujo. En todo caso es un lujo de primera necesidad.

Pero que sea necesaria, que responda a un impulso que late en cada uno de nosotros, que se parezca al juego y al sueño, no quiere decir que sea un

tesoro puesto al alcance de la mano, que cualquiera pueda sin esfuerzo escribirla y leerla. Cunde en los últimos años la superstición irresponsable de que el empeño, la tenacidad, la disciplina, no sirven para nada, y de que cualquiera puede hacer cualquier cosa a su antojo. Eso que llaman lo lúdico se ha convertido en una categoría sagrada, aunque he de confesarles que yo no sé lo que es. Creo que un síntoma de esa tendencia a la pereza y a la falta absoluta de rigor es una repugnante película que se estrenó hace unos años y que obtuvo todos los Oscars posibles. Me refiero a *Amadeus*, de Milos Forman. En ella se nos presenta a Mozart como un joven cretino al que el genio le ha sido concedido por una especie de capricho de Dios. Salieri, que es estudioso, perseverante, concienzudo, resulta ser un fracasado. Mozart, un idiota que no para de reír y de emborracharse y que lleva la peluca torcida se sienta de pronto al clave y compone una música irrepetible. El genio, pues, según



7a. FIRA DEL LLIBRE DE BARCELONA, 1983.

Soledad

Entra, y quizá por mucho, en el ámbito del lector un factor relacionado con el grupo de ideas, soledad, retraimiento, retiro y hasta clausura. Tiende el que lee a lo señero. Hay una página de las que más honran al *homo sapiens* en los *Essais* de Montaigne, la dedicada a su biblioteca. Si escrita en prosa, todos los amantes de los libros la trocarán al ir la leyendo en pura fruición poética, entendiéndola por poesía. Describe la torre, donde tenía sus libros, de piso en piso, como de estrofa en estrofa, y cuando llegamos a lo alto se nos entrega, como en un verso final, toda la hermosura del alma contemplativa. Así dice uno de los grandes Migueles de su librería: «Ésta es mi sede. Hago lo que puedo por sujetarla a mi puro dominio, por sustraer este único rincón a la comunidad conyugal, filial y civil». Errará el que tome estas palabras por misantropía y esquividad; rezuman sensibilidad pudorosa, alta delicadeza de alma.

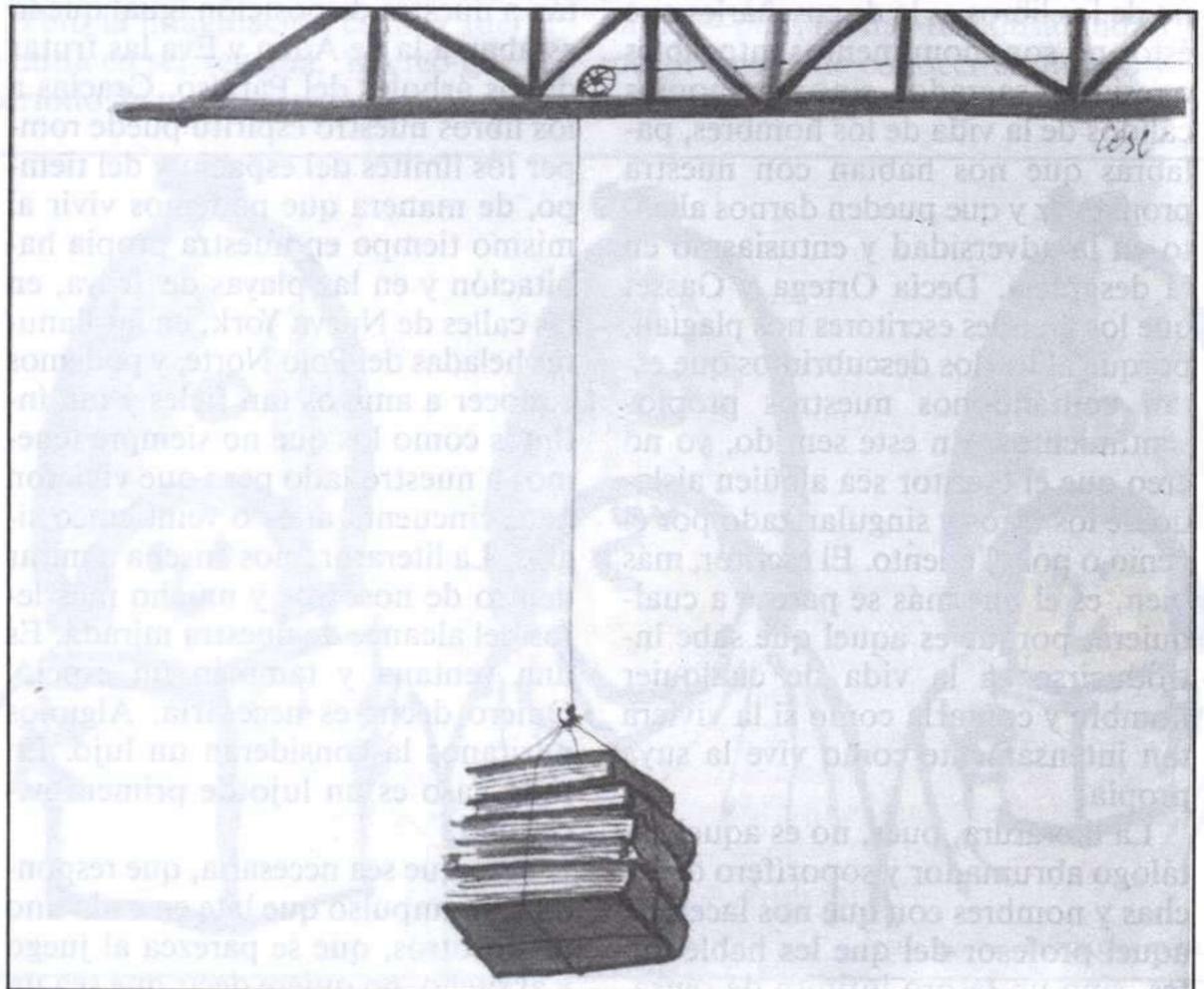
Porque la soledad del lector es más aparente que verdadera, y sólo puede llamarse soledad si se piensa en la compañía de coetáneos, de prójimos de carne y hueso. Entre los variados matices de la situación de soledad, éste del que lee tienta mucho a la curiosidad. Porque representa un estado intermedio entre el estar solo y acompañado; se está solo sin estarlo, y es viva contradicción entre una apariencia y una realidad. Habría que revesar el verso campoamorino, «la soledad de dos en compañía», lastrado de pesimismo escéptico, y convertirlo en «compañía de dos, en soledad», rebotante de creencia optimista.

Larga será la lista de referencias a los libros como una sociedad, grupo, de socios o amigos, siem-

esa película, y según la creencia que se impone en la actualidad, no requiere trabajo ni disciplina, sino nada más que espontaneidad y juventud, y algo de suerte. Pero todos sabemos, aunque de vez en cuando se nos olvida, que las cosas que más instintivamente llevamos a cabo, las que nos parece que nos salen sin esfuerzo, han requerido un aprendizaje muy lento y muy difícil, y que la lentitud y la dificultad nos han templado mientras aprendíamos. Hablamos con naturalidad nuestro idioma, pero nos costó años aprenderlo. Caminamos sin dificultad y sin ser conscientes de nuestros pasos, pero hizo falta que nos cayéramos cientos de veces y que venciéramos el miedo y el vértigo para que pudiéramos andar erguidos por primera vez. Los mayores logros del arte, de la música, de la literatura, incluso del deporte, tienen en común una apariencia singular de facilidad. Pero a ese atleta que en menos de diez segundos corre cien metros ese instante único le ha costado años de entre-

namiento, y ese músico que toca delante de nosotros sin mirar la partitura y ese aficionado que se la sabe de memoria y goza cada instante de música han pasado horas innumerables estudiando aquello que más amaban, negándose al desaliento y a la facilidad. Se nos educa para disciplinarnos en nuestros deberes, pero no en nuestros placeres. Por eso nos cuesta tanto trabajo ser felices.

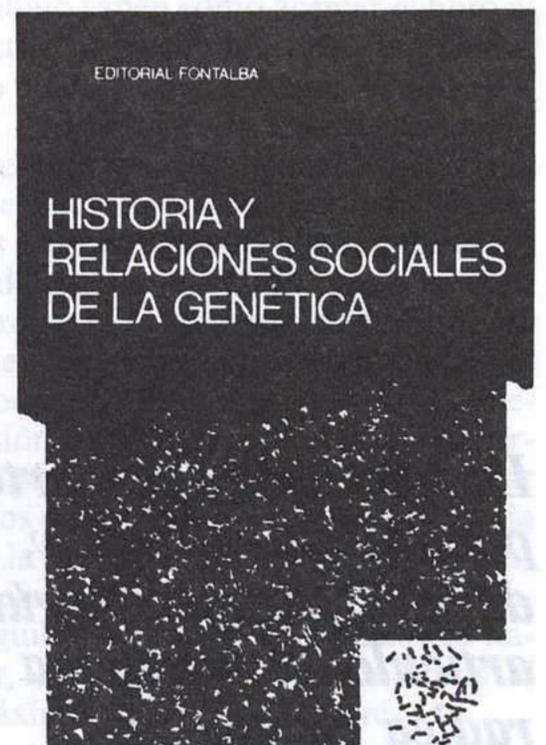
Aprender a escribir libros es una tarea muy dura, un placer extremadamente laborioso que no se le regala a nadie. Lo que se llama la inspiración, la fluidez en la escritura, la sensación de que uno no arranca las palabras al papel, sino de que ellas van por delante señalando el camino, sólo llega, cuando llega, después de mucho tiempo de disciplina diaria. Esos genios de la novela que andan a todas horas por los bares son genios de la botella más que de la literatura. Y aprender a leer los libros y a gozarlos también es una tarea que requiere un esfuerzo largo y gradual, lleno de entrega y de pa-



15a. FIRA DEL LLIBRE DE BARCELONA, 1991.

105

HISTORIA Y RELACIONES SOCIALES DE LA GENETICA



¿Por qué unas determinadas ideas científicas o ciertas tecnologías surgen en un momento dado?

¿Cuál ha sido la relación entre la genética y la sociedad a lo largo de la historia?

Formato: 21 x 14,5 cm

Páginas: 192

Fotografías e ilustraciones

ISBN: 84-85530-43-8

P.V.P. 778 Ptas. (Incluido IVA)

Pídalo a su librero o
contra reembolso a:

**Editorial
Fontalba, s.a.**

Valencia 359, 6º 1ª
08009 - Barcelona (España)



ciencia, y también de humildad. Pero decía el maestro Lezama Lima que sólo lo difícil es estimulante. Ya sé que todo esto que digo suena a herejía en estos tiempos, y que todo aquel que, en el oficio de ustedes o en el mío, defienda estas convicciones está condenado a la extravagancia o a la marginalidad. Pero también sé que, frente a la mansedumbre, a la codicia y a la zafiedad que quieren ahogarnos, la imaginación y la libertad son las armas más nobles de las que disponemos, y que tampoco pasa nada por predicar en desierto. La mayor parte de las cosas que ahora nos parecen naturales —el derecho a voto, la libertad de expresión, la igualdad jurídica, la jornada de ocho horas— fueron durante mucho tiempo imposibles. Parece imposible que el número de lectores crezca en España y que la gente ame la literatura y haga placentero el trabajo de ustedes, pero vale la pena la temeridad de intentarlo. Porque la literatura no está en esos grandilocuentes actos oficiales, en las conversaciones chismosas de los escritores, en las entrevistas de la televisión. Donde está y donde importa la literatura es en esa habitación cerrada donde un hombre escribe a solas a altas horas de la noche, en el dormitorio de un niño que se desvela leyendo a Emilio Salgari, en el aula de un Instituto donde un profesor sin más ayuda que su entusiasmo y su coraje le transmite a uno solo de sus alumnos el amor por los libros.

Conferencia inaugural del 1º Simposio de la APE, celebrado el día 8 de mayo de 1990 en el Paraninfo de la Universidad Complutense de Madrid. ■

* Luis García Montero es escritor.

Texto extraído de la obra: *¿Por qué no es útil la literatura?*, de Luis García Montero y Antonio Muñoz Molina (Madrid: Hiperión, col. Libros Hiperión, 1993).

Libros y televisión

por **Emili Teixidor***

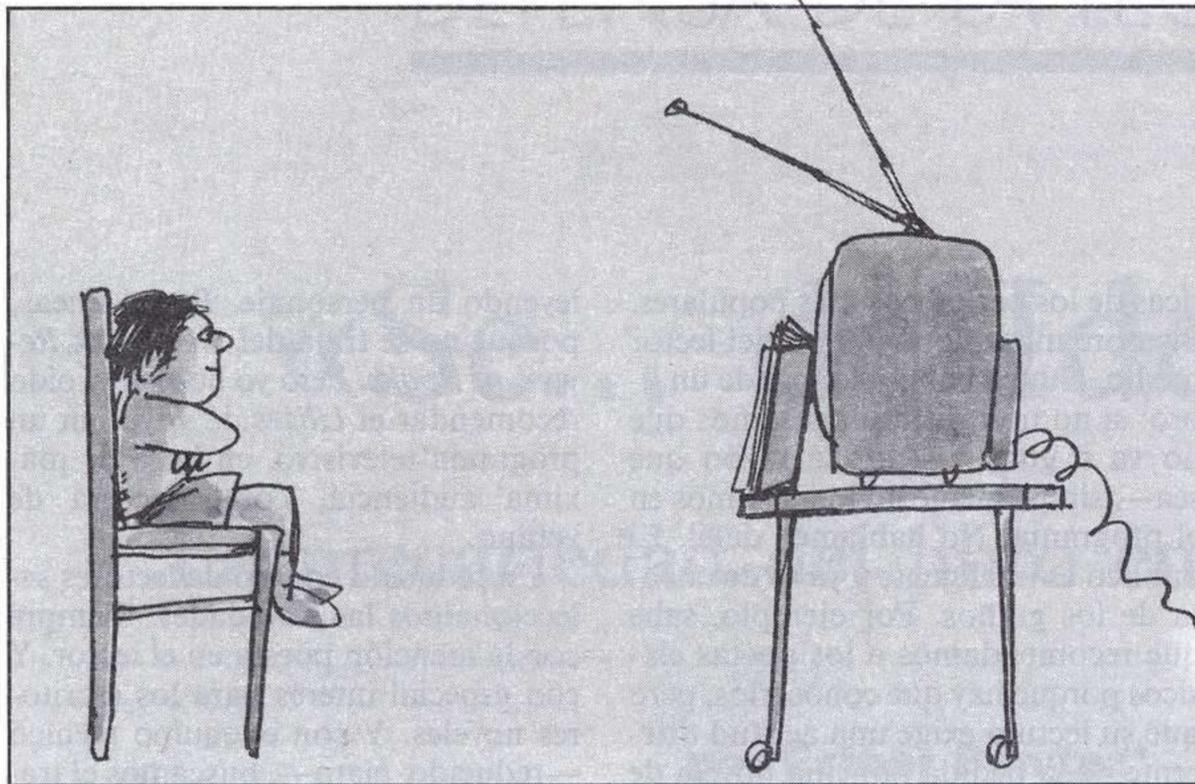
La televisión, es cierto, se ocupa poco de la cultura y, menos aún, de la literatura. Según el autor del artículo, el problema radica en que los programadores no creen que la cultura pueda ser divertida y, por lo tanto, los medios materiales y económicos que se destinan a los escasos programas culturales que existen en las televisiones públicas y privadas de nuestro país son insuficientes para hacerlos atractivos. Sin embargo, se dan algunas tentativas válidas, como el programa Mil paraules (Mil palabras) de TV3, dirigido y presentado por Emili Teixidor.

La historia interminable entre la televisión y la cultura en general, y la literatura en particular, se ha saldado hasta el momento a favor de la televisión. Y es natural que así sea. Lo mismo sucedió en los enfren-



5a. FIRA DEL LLIBRE DE BARCELONA, 1981.

tamientos entre radio y cultura, cine y literatura o divulgación científica y grandes medios populares. Todos los medios tienen su poética irremplazable y a la larga imponen su carácter a todo lo que se les acerca, sobre todo



CESC, 1985.

si llevan intenciones misioneras.

La polémica sobre si la televisión podría o debería prestar más atención a la literatura tiene varios aspectos. El primero es que la literatura puede y debe defenderse por sí misma, aunque todas las ayudas que reciba en forma de información o de culto son bien recibidas. Si la sociedad demandara a la televisión más información y más formación sobre temas culturales, seguramente que los programadores no tendrían más remedio que intentar complacer a los demandantes. Otra cuestión es la sensación que tenemos todos de que las televisiones públicas olvidan demasiado a menudo su carácter de públicas y el respeto y la exigencia mínimas que el estatuto público comporta, y ofrecen programas de entretenimiento de un nivel de vergüenza, esa vez sí, pública.

Entretenimiento inteligente

El problema es que los programadores no creen que la cultura pueda ser divertida porque confunden diversión con superficialidad y distracción. No han sido capaces de crear un *entretenimiento inteligente*. Los presupuestos de los programas culturales son los más bajos, a nivel de miseria. Los horarios, los más difíciles. La publicidad, la más escasa. Los intentos, las pruebas, mínimos.

A los programas culturales se les pi-

den unos resultados inmediatos que no se exigen a otros programas. Si se hubieran permitido la cantidad de fracasos en programas de gran presupuesto, en *prime time*, con estrellas de todo tipo, nacionales y extranjeras, y no vamos a decir nombres de fracasos espectaculares, si se hubieran permitido la mitad de intentos fallidos con los mismos medios para programas culturales, hoy tendríamos en alguna cadena algún programa cultural, literario en nuestro caso, de gran impacto.

Pero los programas culturales son siempre como las tres *marías* en los currícula académicos: el programa o la clase de religión, el programa o la clase de gimnasia, y el programa o la clase de lectura, de música o de teatro. Somos la coartada cultural de los programas espectaculares, deportivos o recreativos. El paño de lágrimas de las malas conciencias televisivas. Etcétera. Lo digo sin rencor pero creo que se podría, y debería, intentar ir más lejos.

Una distinción. Una cosa son los programas educativos, académicos, tipo BBC, entre los cuales hay algunos de humanidades, literatura y arte, espléndidos. Pero cuando se habla de programas culturales, se olvida esa función educativa importante de la televisión. Se pide un programa espectacular, de éxito, deslumbrante... y, seamos sinceros, que obligue al público a leer. Lo piden sobre todo los edi-

tores, libreros y algunos escritores y críticos.

Pero los editores que hacen bien su trabajo saben cómo acercar el libro al lector sin necesidad de la televisión. Lo cual no significa que, con la ayuda televisiva, se facilitarían más encuentros. Pero no se puede pedir a la televisión el esfuerzo que deben hacer los profesionales del libro en todos los órdenes. La televisión puede ayudar, pero no es el milagro. La televisión no puede convertir un libro malo o mediocre en una obra maestra. La televisión no puede suplir el esfuerzo personal exigente, aunque puede ayudar a los espectadores a tomar conciencia de la necesidad de intentarlo, si la escuela o la Universidad no lo han conseguido. Lo que puede, y debería hacer, es acercar los buenos libros al máximo número de lectores.

Experiencia en Cataluña

Hace cuatro años, iniciamos en TV3 (Televisión autonómica de Cataluña), para el Canal 33, un programa de información sobre libros. De cinco minutos de duración. Diario. En una buena hora. Antes de las noticias. Todo tipo de libros, no sólo literatura: novela, biografía, clásicos, poesía, libros infantiles y juveniles, libros de medicina, de derecho, de arte, de regalo, diccionarios... incluso libros para la tercera edad o para iniciación a la lectura.

No hacemos crítica. Ya hay revistas especializadas para eso. Sólo informamos de la manera más amena y accesible del contenido del libro. Unas palabras sobre el autor, si es importante conocerlo. Advertimos del nivel de dificultad. Y al final, la recomendación de a qué público puede interesar, preferentemente. Con las mejores imágenes que el equipo puede encontrar. Así, cuatro años.

A los dos años variamos ligeramente la fórmula, la despersonalizamos un poco y añadimos al final unas crí-

pre ofrendando su compañía. A lo que Quevedo escribe, en un soneto, de sus horas de lectura:

Vivo en conversación con los
[difuntos,
y escucho con mis ojos a los
[muertos,

hace eco Unamuno, con encendidas palabras en un ensayo. Petrarca, en su *Epistola de Rebus Familiaribus*, registra su trato con ellos, y cómo los siente a él unidos por una viva familiaridad. «Se sientan a desayunar conmigo, y conmigo vienen de paseo antes de cenar», asegura Hazlitt. Cuenta Leight Hunt de haber visto a Charles Lamb dar un beso a la traducción de Homero, de Chapman. Y, por su parte, añade: «Cuando hablo de estar en contacto con mis libros, lo digo literalmente. Me gusta poder apoyar la cabeza en ellos». Lo cual es casi reclinar el rostro sobre el amado.

Porque esa busca de apartamiento, cuando llega el momento de la lectura, en algo se toca con el impulso que lleva a los enamorados hacia las soledades para sus pláticas. El lector se recrea con el libro; pero para eso tiene que recrearlo él. Anatole France decía que en fin de cuentas un libro tiene tantos ejemplares como lectores; aludía a ese acto de mutua posesión y entrega incluso en la lectura profunda. Va el leer mejor más allá del enterarse, del entender, del disfrutar: es recibir y vivirse reviviendo. Y así el creador del libro se siente seguido en los siglos por un largo séquito de recreados y recreadores, participantes todos en la faena de mantener la obra en vida. Es probable que así como el agua del Ganges o del Amazonas no ha parado de correr, desde su origen, haya habido ciertos libros que no dejaron de ser leídos ni un solo día,

de los periódicos más populares. Siempre mirando el interés del lector medio. Nunca hablando mal de un libro: si no nos gusta o pensamos que no va a gustar —por la razón que sea—, simplemente no lo incluimos en el programa. No hablamos de él. El público es inteligente y ya se da cuenta de los guiños. Por ejemplo, sabe que recomendamos a los poetas clásicos porque hay que conocerlos, pero que su lectura exige una actitud diferente de la pedida por una novela de actualidad. Hemos recibido multitud de felicitaciones: de Martí de Riquer a Miguel Delibes, de Isabel-Clara Simó a Juan Marsé, de Miguel Ángel Riera a Miquel Martí i Pol. Y colaboraciones como las de Jesús Moncada, Quim Monzó, Álex Susanna, Josep Piera, Sergi Pàmies, Jordi Sarsanedas, Maria Antònia Oliver o Maria Barbal.

La fórmula de pocos minutos no debe ser mala, ya que nos han copiado por todas partes. Incluso el *Herald Tribune* publica unas pocas líneas cada día comentando el libro que está

leyendo un personaje. Pocas líneas, porque no se trata del *New York Review of Books*. Pero yo he visto y oído recomendar el *Ulises* de Joyce en un programa televisivo, en hora de máxima audiencia, como lectura de verano.

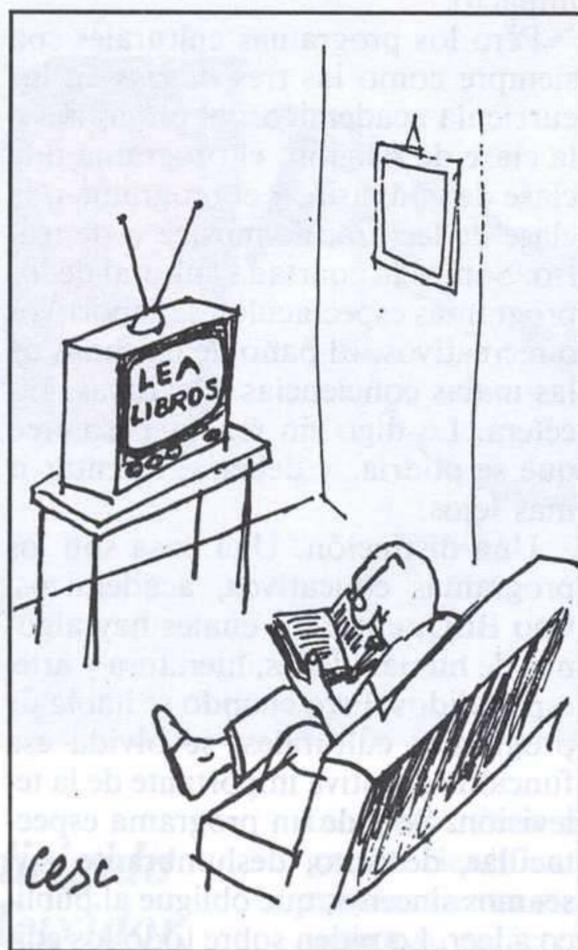
Un reducido equipo de lectores seleccionamos las novedades. Siempre con la atención puesta en el lector. Y con especial interés para los escritores noveles. Y con el equipo técnico —reducido, claro—, buscamos el tratamiento en imágenes.

Pasada la novedad, cambió el horario y la incidencia es menor. Sorprendentemente, el programa de mayor influencia —según los libreros— fue el dedicado a los libros de matemáticas. Seguido por los libros infantiles. La experiencia nos ha enseñado que el público pide más información. Seguro que si supiera lo bien que puede pasárselo con muchos libros, se precipitaría a las bibliotecas públicas —¿dónde están?, ¿por qué no las exigen con la misma insistencia que programas de libros en televisión?—, pero eso quizá sería perjudicial para los intereses de los programadores televisivos.

Pero no he hablado de *Apostrophes*, ni de Bernard Pivot, que es lo único que parecen saber algunos periodistas sobre programas literarios. Sería interesante hacerlo en otra ocasión, sobre todo para borrar la fijación que tienen con él. ¿Por qué no hablamos un día de las páginas literarias de los periódicos y revistas?

¿El futuro? Que alguna cadena se atreviera a dejarme hacer el programa que quiero hacer después de *Mil palabras* (Mil palabras). Para demostrar que una palabra vale más y es más divertida que mil imágenes. Veremos. Mientras tanto, cabe agradecer a la dirección de TV3, al equipo y a los espectadores, la confianza y el esfuerzo. ■

* Emili Teixidor es escritor.



UNA HISTORIA D'UN PAÍS, BARCELONA: CAIXA DE BARCELONA, 1986.

DEFENSA DE LA LECTURA

«Se... de Iden...»

La precariedad del libro en la televisión

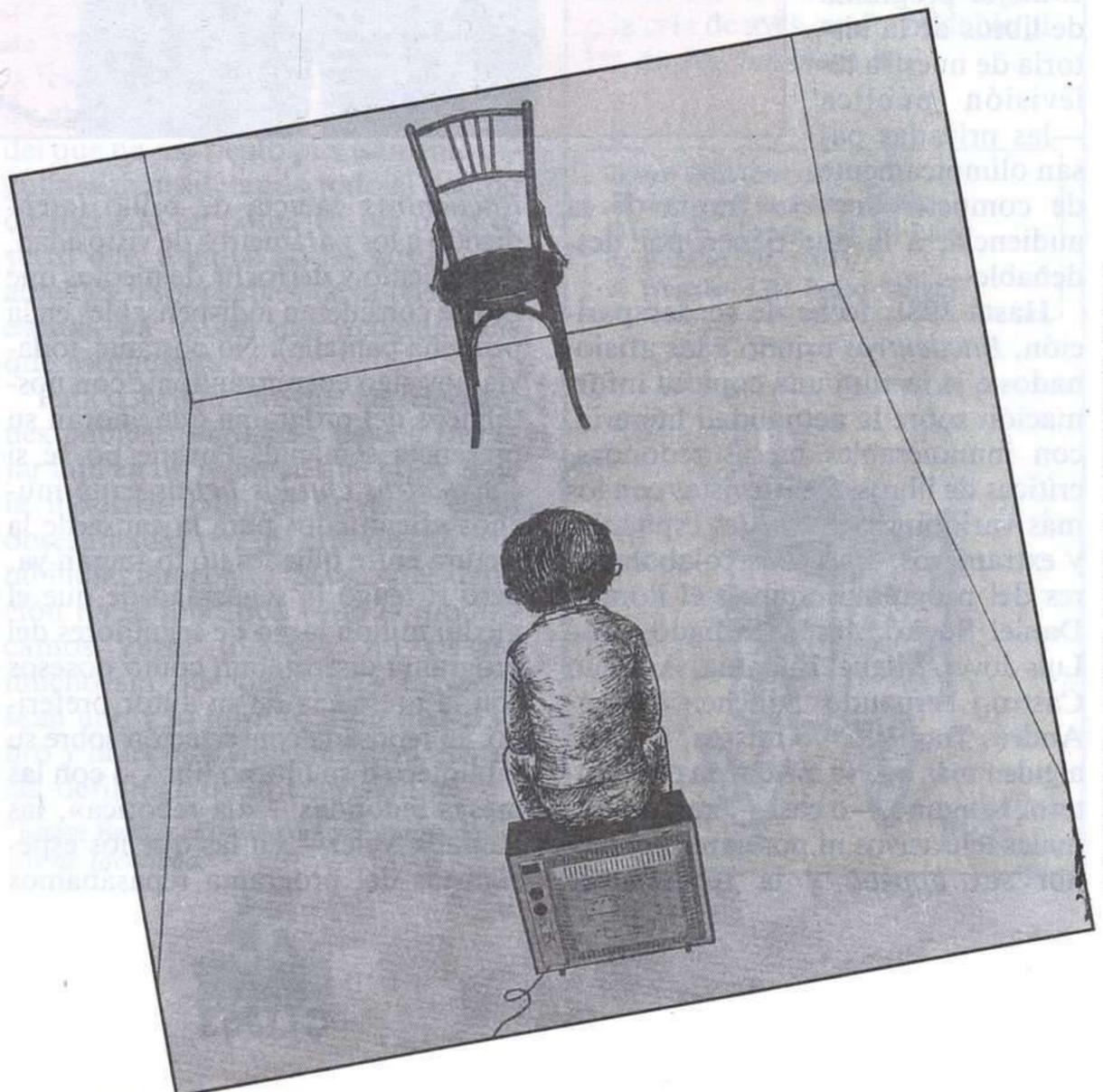
por Esther Benítez*

El libro y la lectura reciben escasa atención por parte de las televisiones públicas, y ninguna en los canales privados. El pasado 29 de junio, desaparecía de la pantalla Señas de Identidad, el único programa literario de TVE, cuya trayectoria de Señas de Identidad.

continuidad o no después del verano está todavía por confirmar. Su directora, Esther Benítez, repasa en el siguiente artículo la corta historia de los programas literarios en TVE, así como la breve trayectoria de Señas de Identidad.

Puedo decir que *Se... de Iden...* no se trata de un acertijo, ni de una charada. Cuando CLIJ me pidió un artículo sobre el programa que dirijo (todavía) en televisión, éste aún se llamaba *Señas de Identidad...* Pero acontecimientos recientes me hacen temer por su futuro. Y de momento lo veo sólo como *Se... de Iden...*, a la espera de que pronto se desvanezca y de tal identidad no queden ni las señas.

Como no estoy, pues, en el momento más propicio para hablar con sosiego del asunto, mi reflexión irá por otros derroteros y trazaré la escuálida historia de los libros en la televisión pública. Por supuesto, si tuviera que hablar de programas de variedades no me llegarían cien folios; pero,

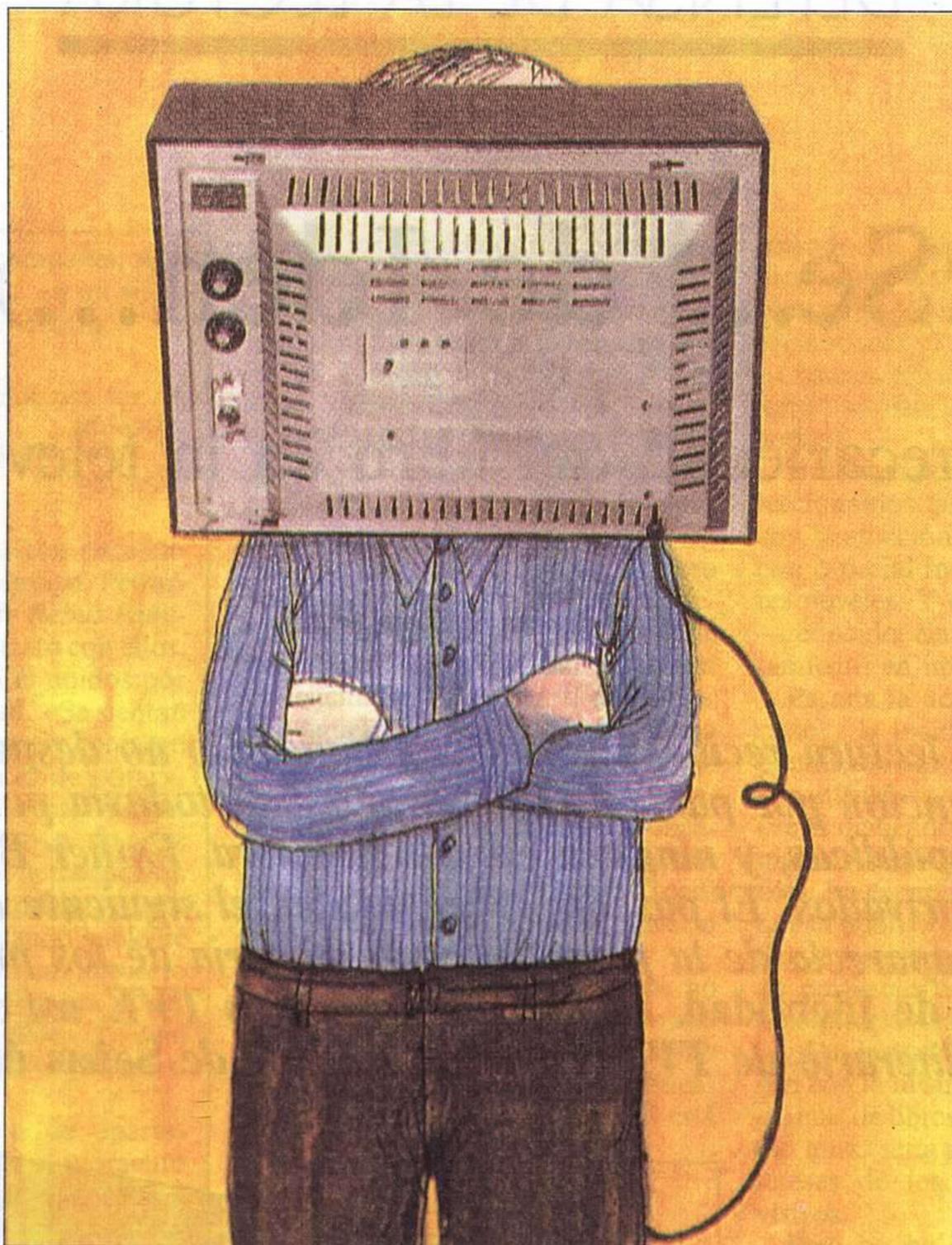


tratándose de libros, me alcanzan los que *CLIJ* me ha asignado.

La primera gran experiencia se remonta a 1976: nace, de la mano de Carlos Vélez, *Encuentros con las Letras*. Vélez era hombre moderadamente bien visto en las alturas —dato importante para confiarle, al comienzo de la transición, un programa cultural—; había dirigido una notable revista durante el franquismo: *Acento Cultural*, y crea y dirige desde 1976, durante seis años, *Encuentros*, sin duda el mejor programa de libros de la historia de nuestra televisión pública —las privadas pasan olímpicamente

de competir por esa franja de la audiencia, a la que tienen por desdénable—.

Hasta 1981, fecha de su desaparición, *Encuentros* brindó a los aficionados a la lectura una copiosa información sobre la actualidad literaria, con innumerables mesas redondas, críticas de libros, y entrevistas con los más variopintos escritores españoles y extranjeros. Entre los colaboradores del programa estaban el llorado Daniel Sueiro, Jesús Torbado, José Luis Jover, Miguel Bilbatúa, Antonio Castro, Fernando Sánchez Dragó, Andrés Trapiello, yo misma, y acaso alguien más que se me queda en el tintero. Ninguno —o casi— éramos animales televisivos ni poseíamos el menor *sex appeal*, y la fórmula de



CESC. UNA HISTÒRIA D'UN PAÍS, BARCELONA: CAIXA DE BARCELONA, 1986.

Encuentros carecía de brillo (atendiendo a los parámetros de vistosidad, espectáculo y derroche de medios que hoy se consideran indispensables en la pequeña pantalla). No obstante, todavía hoy sigo encontrándome con nostálgicos del programa que añoran su presencia semanal. Porque no sé si *Encuentros con las Letras* ganó muchos aficionados para la causa de la lectura entre quienes no lo fueran ya, pero sí tengo la seguridad de que el medio millón largo de seguidores del programa disfrutaban como poseos con la presencia de su autor preferido, en reposada conversación sobre su biblioteca o su último libro, o con las mesas redondas —«la rebotica», las llamaba Vélez— en las que los especialistas del programa repasábamos

las novedades de la última Feria del Libro o proponíamos a su atención los títulos más interesantes de una narrativa extranjera o de un género literario.

En cualquier caso, en 1981 empezaba a primar entre los responsables de TVE —con la llegada de las privadas en el horizonte— la idea de que no se podía mantener en pantalla un programa «aburrido» —entre comillas— o incapaz de competir con las cadenas rivales por una adecuada cuota de pantalla. Pese a todo, TVE siguió ofreciendo espacios dedicados al libro, si bien relegados a una franja horaria imposible y

cada vez más breves: *Biblioteca Nacional*, dirigido por Fernando Sánchez Dragó entre noviembre de 1982 y octubre de 1983; *Tiempo de papel* (de junio de 1983 a junio de 1984), dirigido por Isaac Montero; *La hora del Lector*, un espacio *sui generis* de difusión de la lectura a través del análisis de un libro en una entrevista con famosos, de abril de 1987 a febrero de 1988, también bajo la dirección de Isaac Montero; les siguieron *Entre líneas*, desde febrero de 1988 a diciembre de 1990, y *A pie de página*, desde mayo de 1991 a enero de 1992. Todos ellos de vida corta —el más largo no llegó a cumplir los dos añitos— y de duración también acortada con respecto a *Encuentros*. Asimismo, había rinconcitos para libros y autores en

otros programas de corte cultural más genérico: *Tiempos modernos*, dirigido por Miguel Rubio, y *El Nuevo Espectador*, a cargo de Eduardo Sotillos (octubre 1989-enero 1991), aunque, eso sí, sin pasarse. A partir de enero de 1992, prácticamente nada... salvo los escasos cinco minutitos diarios que empezó a ocupar en octubre de ese mismo año *La Isla del Tesoro*, un espacio interesante siempre que existieran otras cosas, pero en sí claramente insuficiente, y que de todas formas pronto abandonó la pantalla, dejándonos huérfanos de toda orfandad, para reaparecer en abril de este año, también en las precarias condiciones anteriores.

Protagonista: el libro

El pasado mes de enero, Ramón Colom, director de TVE, me encarga un programa de libros, en teoría de duración indefinida, y esbozo *Señas de Identidad*, planteándomelo como una emisión de carácter cultural que, a través de la selección y difusión de fondos editoriales, aspiraba a profundizar en la actualidad a través de los libros y sus autores. La audiencia a la que apuntábamos era la formada por grupos sociales cultos o que sentían la necesidad del contacto con las diversas formas de cultura, pues la suma de esos espectadores arroja una cantidad nada despreciable para una televisión pública.

Desde el punto de vista de sus rasgos formales, *Señas de Identidad* recogía experiencias anteriores —coloquios y debates— y les añadía una aportación original, la del Club de Lectores. Cada uno de los programas giraba en torno a un tema monográfico, basado en la relación de una selección de libros —tres, cuatro— con un tema de la actualidad duradera, aunque tratando de compaginar este criterio con la novedad editorial. Los protagonistas invitados eran autores, traductores o expertos en la materia

que tocaba el programa, capaces de transmitir en tono divulgador los contenidos de los libros y las sugerencias que los textos proponían. Un grupo de seis lectores presentes en el plató, parte de un club más amplio de lectura —cincuenta o sesenta personas—, formulaba sus preguntas a los invitados, tras haber leído previamente los libros. Aunque en principio estaba previsto otorgarles sólo una cuarta parte del tiempo de que disponíamos, la experiencia de los primeros programas y la viveza de sus intervenciones aconsejaron atribuirles un mayor protagonismo, como fuimos haciendo en emisiones sucesivas.

Ahora bien, a mediados de mayo, con la experiencia aún en sus primeros tanteos, llegó el batacazo: la Dirección de TVE decidió interrumpir el programa el 15 de junio, para dar paso a una programación de verano más chispeante y *light*, sin garantizar su continuidad en el mes de septiembre, aunque también sin anunciar claramente que lo liquidaba. Si los malos presagios se confirman, *SdI* (*Señas de Identidad*) habrá sido el programa de libros más breve de la historia de la televisión: ¡nueve emisiones, del 20 de abril al 29 de junio! Triste récord del que no me siento precisamente orgullosa, considerando todo el tiempo derrochado en poner en pie un proyecto que, aunque no les guste a los actuales responsables de la televisión estatal, ha tenido una acogida más que estimulante.

Para concluir, diré que las televisiones públicas europeas, pese a trabajar aún en un régimen que no es el de la industria cultural privada, están obsesionadas por los criterios de rentabilidad inmediata. Si esa consideración no se modifica —no la modificamos entre todos—, no pasará mucho sin que públicas y privadas sean uno y lo mismo, y sin que el libro y la lectura consoliden su ausencia definitiva de la televisión. ■

*Esther Benítez es traductora y directora de *Señas de Identidad*.

desde que se escribieron, por ojos humanos tras ojos humanos, en los lugares más distanciados de la tierra. Que en estos momentos haya alguien que reviva a Helena en su Troya, a Fausto en su laboratorio, a Emma Bovary en su provincia, y haciéndolo, se convierta momentáneamente en una onda de esos enormes caudales alumbrados por Homero, Goethe o Flaubert, la vida incesante del libro, misión encargada a sus lectores sucesivos. Para mí, si el lector se inclina a retraerse cuando va a leer, es porque se siente encaminado a un acto de amorosa comunicación, al que conviene cierto recato. El mismo recato que se imponía a otras formas más groseras de la relación de amor, las osculatorias, antes de que Hollywood se las entregara a las miradas de la humanidad, a cada cinco minutos, a lo más tardar, de cada película, convirtiendo el beso en fuente de ingresos dinerarios, tan productiva como la manufactura de tostadores eléctricos o la cría de aves, en formidable pilar de *big business*. ■

Textos extraídos de *El defensor*, de Pedro Salinas (Madrid: Alianza, col. El Libro de Bolsillo, 79, 1967).
© Herederos de Pedro Salinas.

